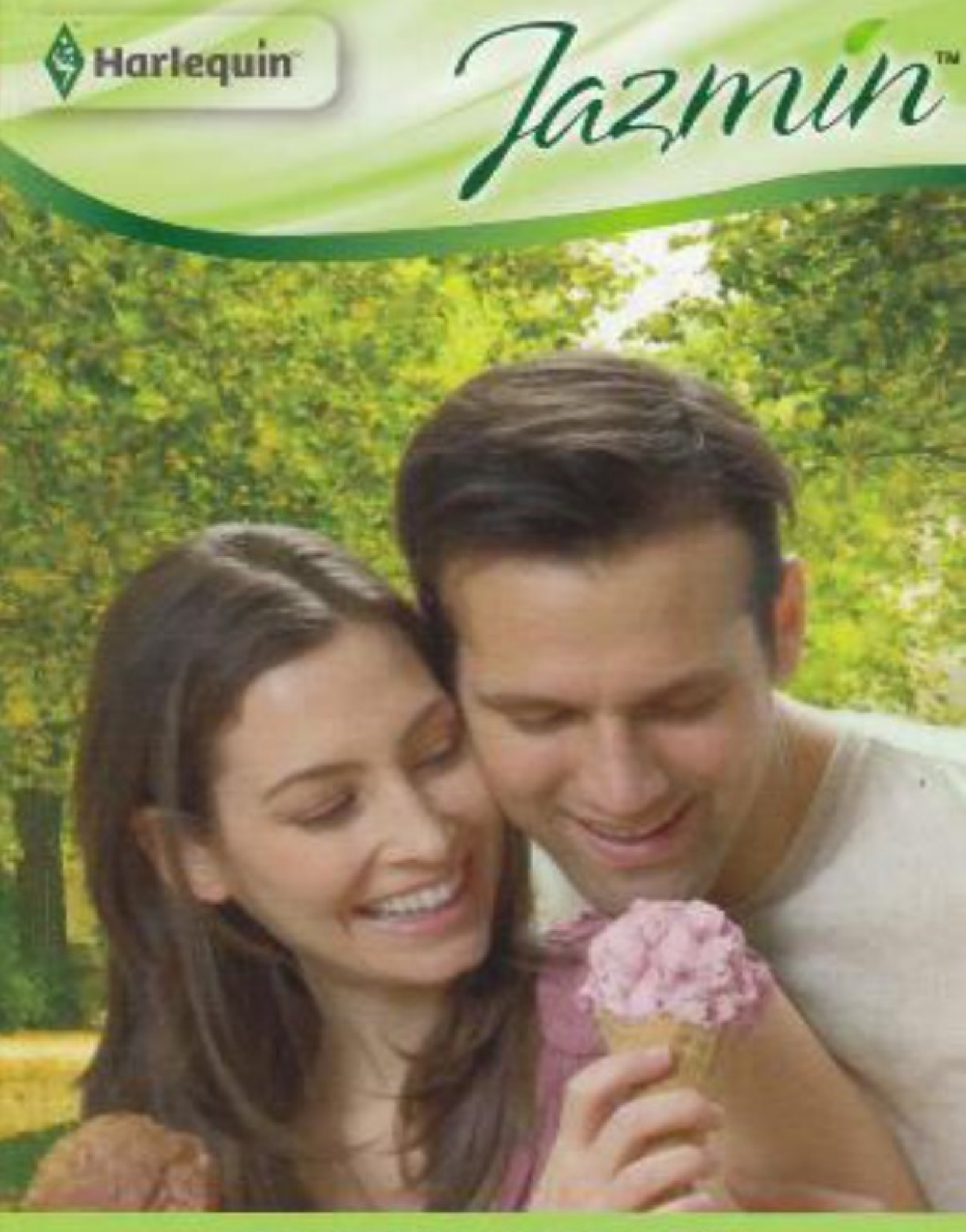


Un amor persuasivo

LIZ FIELDING

Un amor persuasivo

Liz Fielding

Un amor persuasivo (2011)
Título Original: Tempted by trouble (2011)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2413
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Sean McElroy y Elle Amery

Argumento:

Quizá fuera una complicación… pero también podía ser lo mejor que le había pasado en la vida.

Elle era una auténtica luchadora. La fama de su difunta madre de sentir debilidad por los chicos malos no era precisamente algo que quisiera heredar. Por eso cuando apareció en su casa el guapísimo Sean y le dijo que aquella camioneta llamada Rosie era suya, Elle intentó no dejarse llevar por aquella inmediata atracción.

La última mujer por la que Sean debería haberse sentido atraído era alguien tan dedicado a su familia como Elle. Pero quizá aquel viaje lleno de sorpresas les descubriera que estaban hechos el uno para el otro.

Capítulo 1

La vida es como el helado: hay que tomarla a pequeños lametazos. El diario de Rosie.

Elle pensó que nunca mejor que entonces para haber seguido el ejemplo de su abuela y haberse mirado al espejo antes de abrir la puerta.

El timbre de la puerta la había sorprendido arrodillada en el suelo, con los guantes de goma y empapada de agua y jabón, por lo que ni siquiera se había detenido un segundo a arreglarse un poco el pelo. Claro que tampoco habría podido hacer mucho en un segundo para disimular el aspecto acalorado que tenía después de llevar todo el día inmersa en las tareas de la casa mientras todo el mundo estaba fuera.

Estaba haciendo la tabla de ejercicios de Cenicienta.

No podía permitirse pagar la cuota de un buen gimnasio y, como solía decirles a sus hermanas, limpiar era mucho más productivo que caminar sobre una cinta. Lo cierto era que aquel argumento nunca las había impresionado lo bastante como para que siguieran el ejemplo.

Qué suerte tenían.

Hasta con la ropa de lycra sudada del gimnasio habría tenido mejor aspecto que con aquella camisa vieja anudada a la cintura con un pañuelo igualmente antiguo. Sin duda habría estado mucho más sexy que con esos vaqueros empapados.

Normalmente no se habría preocupado por eso y, para ser sincera, el tipo que había al otro lado de la puerta, tampoco parecía haber prestado demasiada atención a su imagen. Tenía el pelo como si acabara de levantarse y una sombra de barba en la cara que delataba que no le gustaba afeitarse los sábados, quizá porque no tenía que trabajar.

Eso si tenía trabajo.

Al igual que ella, llevaba unos vaqueros viejos, pero él los había combinado con una camiseta que debería haber tirado a la basura ya hacía algún tiempo. La diferencia era que su aspecto era deliciosamente bueno. Tan bueno que Elle ni siquiera se había dado

cuenta de que se había referido a ella con un nombre que llevaba intentando mantener en secreto desde la infancia.

Se quitó rápidamente los guantes de goma con los que había abierto la puerta para parecer muy atareada, por si era algún vecino que quería echar un vistazo a la casa para después comentar el mal estado en el que se encontraba.

—¿Quién pregunta por ella? —dijo Elle.

Tenía las hormonas tan disparadas que en cualquier momento podría olvidarse del sentido común y hacer alguna locura. No era de extrañar, eran las hormonas de las Amery. Pero Elle las tenía bajo control.

—Sean McElroy.

Su voz era tan sexy como su imagen. Una voz grave y con un ligero acento irlandés que le revolucionaron aún más las hormonas a la vez que aceptaba la mano que él le había tendido.

Una mano ligeramente suave y grande que envolvió la suya mientras ella lo saludaba con el tipo de voz que utilizaba su abuela cuando conocía a un hombre guapo. Una voz que anunciaba problemas.

—Muy bien, gracias —respondió él con una sonrisa en los labios.

Al ver aquella sonrisa Elle llegó a olvidarse de la pinta que llevaba con el pelo despeinado, la falta de maquillaje y los pantalones mojados en las rodillas. Una sonrisa que hizo que le formaran arruguitas alrededor de aquellos increíbles ojos azules.

Elle había empezado a creer que no había heredado ese gen que hacía que las mujeres de la familia Amery se derritieran delante de un hombre guapo. Ahora sabía que había sido una ingenua por creerlo.

Lo que ocurría era que hasta ese momento nunca se había encontrado con un hombre que tuviera los ojos de ese color tan intenso. Un hombre con los hombros lo bastante anchos como para cargar con los problemas del mundo y tan alto que ella no se sentía incómoda con su propia altura, algo que la acomplejaba desde que a los doce años había dado el estirón. Un hombre con una voz que parecía susurrarle al oído.

Tenía ese aspecto desenfadado y peligroso de los viajeros que, desde hacía siglos, llegaban al pueblo la primera semana de junio para asistir a la feria anual y se marchaban unos días después

dejando a su paso un montón de corazones rotos y algún que otro hijo sin padre.

Muy peligroso.

En aquel momento, aún con la mano en la de él, sólo habría faltado que empezara a sonar una música de fondo para que empezara a flotar en una nube sin un solo pensamiento en la cabeza.

Al darse cuenta, recuperó de pronto el sentido común y apartó la mano al tiempo que daba un pequeño paso atrás.

—¿Qué quiere, señor McElroy?

El abrupto cambio de la bienvenida más dulce a aquella pregunta algo agresiva lo sorprendió.

—Tengo una entrega para Lovage Amery.

Ay, no…

De vuelta a la tierra con un golpe.

Elle no había pedido nada, no podía permitirse nada que requiriera una entrega a domicilio, pero tenía una abuela que vivía en un mundo de fantasía. Y que también se llamaba Lovage.

Todos los pensamientos se evaporaron en el momento en el que él sonrió de nuevo y le hizo sentir algo que no conseguían las sonrisas normales.

Se le aceleró el pulso y se le aflojaron las rodillas.

Bajó la mirada para descubrir que aquel bombón que le había revolucionado las hormonas le estaba ofreciendo un sobre marrón.

La última vez que había llegado uno de ésos para su abuela Elle lo había agarrado sin la menor preocupación, sin sospechar que la vida le tenía preparado un nuevo golpe. Claro que entonces era más joven; se disponía a comenzar la universidad, a embarcarse en el futuro.

—¿Qué es? —preguntó mientras se arrepentía de haberse quitado los guantes y de haber abierto la puerta.

—*Rosie* —respondió él como si eso lo explicase todo—. ¿La esperaba?

Sin duda se dio cuenta de que Elle no comprendía nada porque se giró ligeramente para señalar a un lado de la casa, donde había aparcada una camioneta rosa y blanca, justo delante de la puerta del garaje.

Elle le había prohibido a su hermana que llevara más perros

abandonados a casa, pero Geli era muy capaz de haberle pedido a otro que lo hiciera.

—¿Dónde está? —preguntó Elle antes de darse cuenta de que eso podría hacer pensar que lo aceptaba—. No. No importa lo que le haya dicho Geli, no quiero otro perro. Las facturas que tuve que pagar al veterinario la última vez…

—*Rosie* no es un perro —la interrumpió él—. Ésa es *Rosie*.

Elle volvió a mirar la camioneta y se fijó en que tenía la foto de un helado en la puerta.

—¿*Rosie* es una camioneta de helados?

—Felicidades.

Elle frunció el ceño. ¿Felicidades? ¿Habría ganado algún concurso de los muchos en los que había participado desesperadamente después de que se le estropeara la lavadora el mismo día que había recibido la factura de la luz?

No podía ser.

Por muy desesperada que hubiera estado, nunca habría participado en un concurso cuyo premio fuera una camioneta de helados usada. No sabía mucho de camionetas, pero era evidente que aquélla era tan vieja que ni siquiera vendiéndola podría obtener lo suficiente como para comprar una lavadora nueva que gastara menos electricidad, con lo que habría podido resolver dos problemas al mismo tiempo.

Ya tenía un coche destartalado, así que lo que menos necesitaba era otro vehículo que tener que reparar a cada momento.

—¿Felicidades? —repitió.

—Veo que no tiene muy buena vista —bromeó él.

—Veo una camioneta vieja —dijo mientras intentaba no fijarse en la sonrisa arrolladora, ni en la camiseta negra que le marcaba ligeramente los brazos para tratar de comprender qué estaba pasando.

—En realidad es una camioneta Commer de helados del sesenta y dos con su color original —explicó con orgullo, como si realmente fuera algo bueno.

—¡De 1962!

Superaba el trasto que tenía en el garaje, que había salido de la fábrica cuando ella aún estaba en el colegio, hacía unos treinta años. Comparado con *Rosie*, su coche era nuevo.

—*Rosie* es el orgullo de su tío abuelo Basil, pero ahora necesita un buen hogar —dijo, mirando al interior de la casa para dar mayor énfasis a la afirmación—. Un modelo *vintage*.

No parecía haberse asustado por el aspecto del vestíbulo, pero lo cierto era que toda la casa necesitaba una buena mano de pintura. Allí había además un montón de zapatos, abrigos y muchas otras cosas que las chicas pensaban que podían dejar en el suelo.

Al menos todo eso ocultaba la alfombra mordisqueada que había debajo, unos mordiscos obra de aquel perro que había llevado Geli y que les había dado tantos disgustos.

—*Vintage* —repitió Elle, obligándolo a que la mirara y apartara la vista del caos que reinaba en la casa—. Sin duda encajaría bien aquí. Pero hay un pequeño problema.

En realidad, si era completamente sincera, había más de uno. No sabía muy bien qué iba a hacer con un vehículo con pocos asientos y muchos gastos.

Como bien les decía siempre a sus hermanas, andar era muy bueno para la salud. Sin embargo preferían utilizar el transporte público y ella era la única que iba caminando a todas partes.

—¿De qué se trata? —preguntó él.

Prefirió no aburrirlo con sus penurias económicas.

—Que no tengo ningún tío abuelo Basil.

Eso sí hizo que frunciera el ceño, pero no le restó ni un ápice de atractivo, sólo le dio un aspecto pensativo. Pero igualmente sexy.

—¿Usted es Lovage Amery? —cayó en la cuenta de que, si bien no lo había negado, tampoco había llegado a confirmarlo—. Y esto es Gable End, en The Common, Longbourne.

De nada servía intentar negarlo cuando el nombre de la casa figuraba en la enorme puerta de madera del jardín.

—Es evidente que ha habido algún error —dijo con toda la convicción que pudo. Quizá su abuela conociera a algún Basil que necesitaba un lugar donde aparcar su camioneta, pero desde luego no era su tío—. Así que le agradecería mucho que se llevara el vehículo.

—Eso haré —dijo él, pero añadió algo más que frenó en seco la sonrisa de alivio de Elle—. En cuanto me ayude a comprender lo que ha ocurrido.

—Supongo que alguien se habrá equivocado —le sugirió—.

Háblelo con Basil.

—Lovage no es un nombre muy habitual —dijo él, haciendo caso omiso a su sugerencia.

—Es lógico —murmuró ella.

McElroy enarcó una ceja y, sin darse cuenta, Elle se fijó en si llevaba anillo de casado. Ni rastro de alianzas, pero eso no quería decir nada. Era imposible que un hombre tan guapo estuviera libre. En cualquier caso, la que no era libre era ella; tenía a su cargo un sinfín de responsabilidades.

Dos hermanas que aún estaban estudiando, una abuela que vivía en un mundo de fantasía y una casa que se tragaba hasta el último penique que ganaba trabajando por turnos en un lugar que detestaba.

—¿No le gusta?

—No… Sí… —no era que no le gustara su nombre—. Es una lástima, pero suele despertar el lado más infantil de los hombres, por mayores que sean.

—Así somos los hombres —admitió él y luego volvió a decirlo—: Lovage…

Esa vez lo pronunció lentamente, en un tono deliciosamente suave. Fue entonces cuando Elle se dio cuenta de que no hacía falta que sonriera para hacerla derretir.

Tuvo que apoyarse en la puerta para no perder el equilibrio.

—¿Está bien? —le preguntó él.

—Perfectamente —dijo, al tiempo que se conminaba a controlarse.

Estaba intentando endilgarle un trasto viejo. O aún peor, quizá estuviera intentando distraerla mientras su cómplice se colaba en la casa y le robaba todo lo que podía… que no sería mucho. Fuera como fuera, estaba claro que no podía evitar coquetear. Y ella se estaba dejando embaucar por sus dotes de seducción.

—¿Eso es todo? —le preguntó.

—¡No, espere!

Elle titubeó más de lo que habría debido.

—Nombre correcto, dirección correcta…

Levantó la mirada del papel al oírla resoplar, pero en lugar de molestarse, sonrió, y eso la puso aún más nerviosa.

—Puede que no conozca a su tío abuelo Basil, pero me parece

que está claro que él a usted sí la conoce —miró de nuevo el sobre y luego volvió a levantar la vista—. Dígame, ¿en su familia todas tienen nombres de planta?

Elle abrió la boca, pero enseguida decidió no seguirle el juego.

—Dígame, señor McElroy. *Rosie*… la camioneta —corrigió de inmediato, negándose a caer en la trampa de tratar al vehículo como si fuera algo más que un objeto inanimado—, ¿funciona?

—He venido conduciéndola —respondió con una sonrisa increíblemente seductora. Se sentía seguro porque había conseguido su propósito—. Si quiere, puedo llevarla a dar una vuelta en ella para contarle sus pequeñas excentricidades —continuó hablando antes de que Elle pudiera terminar lo que pensaba decirle, que si funcionaba, la arrancara y se la llevara de allí—. Es maravillosa, pero tiene sus manías.

—Comprendo. Es una vieja maniática y gruñona.

—Digamos que tiene sus peculiaridades —matizó, apoyándose en el marco de la puerta, completamente relajado.

—Lo siento mucho, señor McElroy… —trató de decirle Ella, al tiempo que intentaba controlar unas hormonas que le pedían a gritos que, por una vez en la vida, se olvidara de todo y dijera que sí.

—Sean…

—Lo siento, señor McElroy —repitió con más énfasis—, pero mi madre me enseñó que nunca me montara en coche con desconocidos.

Algo que ella, sin embargo, hacía todo el tiempo. En las mismas circunstancias, su madre no lo habría dudado ni un segundo; habría aprovechado la oportunidad y se habría paseado por el pueblo con aquel desconocido, encantada de escandalizar a los vecinos.

Pero, por muy guapo que fuera Sean McElroy, Elle no iba a cometer los mismos errores que su madre. Así pues, dio un paso atrás y cerró la puerta.

Él no se movió, podía verlo al otro lado de la cristalera de colores que había junto a la puerta. Al darse cuenta de que quizá él también pudiera verla, agarró los guantes del suelo y se alejó corriendo hacia la cocina.

Se arrodilló de nuevo para seguir limpiando. Tenía el pulso acelerado, a la espera de que él volviera a tocar el timbre.

Pero no lo hizo.

No sabía si sentirse aliviada o arrepentirse porque lo cierto era que la idea de darse un paseo en camioneta con un hombre tan increíble guapo había despertado ese lado juvenil y frívolo que nunca dejaba salir. Hacía un día maravilloso y hasta el aroma de las lilas que entraba por la ventana parecía tentarla a abandonar sus obligaciones durante una hora y divertirse un poco.

Meneó la cabeza con fuerza. La diversión era demasiado peligrosa, así que siguió frotando el suelo con más ímpetu, descargando la frustración que sentía mientras intentaba olvidarse de los increíbles ojos azules de Sean McElroy y concentrarse en el problema que tenía entre manos. Cómo reunir doscientas cincuenta libras para pagar el viaje de estudios de Geli a Francia.

No había manera. Iba a tener que pedirle a su jefe que le diera más horas de trabajo.

Sean trató de respirar con normalidad.

Había empezado a resultarle difícil hacerlo desde que se había abierto la puerta de Gable End y había aparecido Lovage Amery, con las mejillas sonrojadas y el pelo alborotado cayéndole sobre unos enormes ojos castaños.

Un escalón por encima de él, había quedado a su altura, por lo que Sean no había podido evitar fijarse en esos seductores labios. El hecho de que ella no sospechara el efecto que estaba teniendo sobre él la había hecho aún más atractiva. Más peligrosa.

A pesar de lo furioso que estaba con Basil, debía reconocer que había disfrutado de aquel inesperado encuentro y, aunque no era tan tonto como para creerse irresistible, sí tenía la sensación de que ella también había disfrutado del momento.

Hacía mucho tiempo que ninguna mujer le hacía sentir algo tan intenso, y sin haberlo intentado siquiera.

Quizá ahí residiera parte de la atracción.

La había pillado desprevenida y, a diferencia de la mayoría de las mujeres que conocía, la señorita Amery no le había mostrado lo que creía que él quería ver.

Parte de la atracción y todo el peligro.

Prácticamente se había olvidado del motivo por el que estaba allí y se había quedado de piedra cuando ella le había cerrado la puerta en las narices. No recordaba la última vez que una mujer lo

había despachado de esa manera. Tenía la impresión de que sería una pérdida de tiempo volver a tocar el timbre.

Miró el sobre que Basil Amery le había dejado en casa mientras él estaba en Londres, acompañado de una nota en la que le pedía que se lo entregara a Lovage Amery junto con *Rosie*.

Sean se había enfadado mucho. Era muy típico de Basil abusar de la gente de ese modo, sin pararse a pensar si tendrían algo mejor que hacer y después desaparecer sin dar la menor explicación.

Aunque lo cierto era que en el momento en que se había abierto la puerta se había olvidado por completo de su enfado. Sintió la tentación de colarse por una puerta lateral que vio abierta y continuar charlando con la deliciosa señorita Amery, pero en esa ocasión decidió ser más prudente.

Hacía falta algo más que un par de ojos bonitos para que Sean se dejara involucrar en los dramas familiares de otra persona. Ya tenía bastante con los suyos propios.

Era una lástima, pero en al menos había entregado a *Rosie*. Misión cumplida.

Capítulo 2

Haz bastante ejercicio. Corre tras la camioneta de los helados. El diario de Rosie.

Después del encuentro con Sean McElroy, Elle se quedó nerviosa y acalorada, incapaz de pensar en otra cosa y pendiente de oír el motor de la camioneta, alejándose de la casa.

Era absurdo, se dijo mientras frotaba el suelo. Nunca había oído el nombre de Basil Amery, así que tenía que ser un error. El silencio la inquietaba. No había oído llegar la camioneta, pero entonces no había estado escuchando, ahora sin embargo sí estaba escuchando para oírla marcharse.

Lo que oyó entonces fue la puertita del buzón, un ruido que la sobresaltó. Fue el susto lo que le aceleró el corazón, nada más, al menos eso se aseguró a sí misma mientras se ponía en pie. No solía salir corriendo a recoger el correo, normalmente sólo había facturas, por lo que nunca tenía ninguna prisa por verlas, pero esa vez le sirvió de excusa para comprobar si McElroy se había ido.

Una vez en la puerta, encontró dos cosas: el sobre marrón que Sean McElroy había estado sujetando y un juego de llaves. No podía ser, se dijo. Pero al ver que el llavero era un cucurucho de helado, Elle abrió la puerta.

Allí seguía *Rosie*, aparcada en el mismo sitio donde la había dejado McElroy.

—¡Sean McElroy! —gritó Elle, con la esperanza de que siguiera sentado en la camioneta, regodeándose de haberla hecho salir.

Pero no estaba allí. Miró a uno y otro lado de la calle, pero no había ni rastro de él, lo cual era muy extraño porque había tenido que marcharse caminando, a no ser que alguien lo hubiera acompañado con un coche.

Miró a su alrededor. Nada.

Estaba claro que se había equivocado.

Parecía que sí que podía ser. Y de hecho era.

Había abandonado a *Rosie* frente a su casa.

—Elle, si buscas al conductor de la camioneta, se ha ido pedaleando por ahí.

Elle gruñó en silencio. La señora Fisher, su vecina de al lado, había salido de su casa, entusiasmada con la idea de tener algo que comentar en el pueblo.

—¿Pedaleando?

—Sí, en una de esas bicis plegables. ¿Te vas a dedicar a vender helados? —le preguntó la vecina.

La familia Amery era como la telenovela del pueblo, así que cualquier cosa que dijera Elle sería comentada y analizada en profundidad.

—Disculpe, señora Fisher, tengo que entrar porque está sonando el teléfono —mintió para poder volver adentro.

Ya en casa, se sentó en la escalera, abrió el sobre y sacó lo que contenía. Una libreta en la que podía leerse: *Reservas*. Un moderno teléfono móvil, de ésos que les encantaban a sus hermanas. Unos documentos oficiales entre los que estaban los papeles de la camioneta, donde figuraba como propietario Basil Amery, de Keeper's Cottage, Haughton Manor. El último papel era un seguro.

También había un sobre más pequeño de color crema.

A diferencia del otro, no tenía ningún nombre escrito, pero se entendía que también era para ella, así que lo abrió y sacó una hoja del mismo color.

Querida Lally, leyó Elle y sintió un escalofrío al ver el nombre con el que se dirigían a su abuela sólo los más allegados.

¿Te acuerdas de cuando me encontraste hace años? Sentado junto a la laguna, estaba confuso, asustado y dispuesto a acabar con todo.

Ese día me salvaste la vida y me devolviste la cordura. Lo que ocurrió después no fue culpa tuya. Y tampoco de Bernard. Mi hermano y yo éramos como la noche y el día, pero somos como somos y no podemos cambiar. Quizá si nuestra madre hubiera estado aún con nosotros, las cosas habrían sido de otra manera, pero ya no sirve de nada pensarlo. No se puede cambiar el pasado.

Como prometí que haría, me he mantenido alejado de la familia. Sé que os hice daño, además las hijas de Lavender y tú ya teníais suficiente después de perder a Bernard y a Lavender sin que yo apareciera a remover el pasado, recordando viejos escándalos. Pero la verdad es que me estoy haciendo viejo y sentía nostalgia de mi tierra, así que el año pasado alquilé una casita de campo en Haughton Manor. Llevo desde

entonces intentando reunir el valor necesario para escribirte, pero nunca he sido muy valiente y al final lo he hecho cuando era demasiado tarde.

Hace unos meses conocí a tu nieta. Fue a comer al Blue Bar y me atendió ella. Se parece tanto a ti, Lally… tiene tu sonrisa y tu encanto, por eso pregunté quién era. Así fue cómo me enteré de que también se llama como tú. Aquí es donde llega la mala noticia, sospecho que ya sabías que habría alguna, ¿verdad?

Supongo que ya conocerás a Rosie, es una pequeña afición que tengo. De vez en cuando salgo a trabajar con ella, hago alguna fiesta o un acontecimiento público para cubrir los gastos que ocasiona el mantenimiento. También hago cosas benéficas que me alimentan el alma. Por desgracia últimamente han sucedido algunas cosas que me obligan a marcharme algún tiempo, pero debo cumplir con ciertos compromisos que tengo con personas a las que no puedo defraudar, por eso he pensado que quizá tu nieta y tú podríais ayudarme. Quizá sea una buena oportunidad para que tu nieta salga de ese restaurante de vez en cuando y para que tú te acuerdes de mí, espero. Sean os entregará todo esto y os explicará cómo funciona todo.

He incluido el cuaderno donde tengo todas las reservas y el teléfono que utilizo para el negocio de los helados. También he hecho el cambio de titular para facilitaros las cosas, así que ahora Rosie está a tu nombre.

Que Dios te bendiga, Lally.

Con cariño,

Basil

Elle se llevó la mano a los labios y tragó saliva. Su tío abuelo. Vivía a pocos kilómetros de allí y ella ni siquiera sabía que existía. Intentó recordar a algún cliente del restaurante al que había atendido hacía unos meses, pero pasaban por allí tantos hombres solos que era imposible.

Haughton Manos estaba a unos diez kilómetros, pero tenía que prepararse para irse a trabajar, por lo que no podía acercarse para averiguar más cosas. Pero tampoco podía dejarlo todo hasta el día siguiente, así que marcó el número de información y pidió el número de Basil Amery. Lo marcó de inmediato y esperó hasta que saltó el contestador.

¿Se habría marchado ya? ¿Qué habría sucedido que lo obligaba

a marcharse? Había mencionado escándalos del pasado… Finalmente decidió dejar un mensaje pidiéndole que la llamara; seguramente escucharía los mensajes aunque estuviera fuera.

Había empezado a leer de nuevo la carta cuando sonó el teléfono y Elle respondió de inmediato con la esperanza de que fuera él.

—¿Elle?

Era su jefe.

—Ah, hola, Freddy.

—Siento decepcionarte.

—Perdona, estaba esperando otra llamada. ¿Qué ocurre?

—Estamos algo cortos de personal y quería saber si podrías venir antes.

—¿Dentro de veinte minutos te parece bien? —le sugirió.

—Eres un ángel. Escucha, ¿y a tu hermana no le interesaría hacer algún turno? Es muy lista, aprendería rápido y seguro que le viene bien ganar un poco de dinero.

—Sorrel no está, pero yo iba a pedirte hacer unas horas más —añadió Elle, aprovechando que esa vez era él el que le pedía un favor.

—Ya haces más que suficientes. Hablaré con ella la próxima vez que venga a utilizar la conexión *Wi-Fi.*

—Tiene que concentrarse en… —dijo Elle, pero su jefe ya había colgado.

Volvió a leer la carta antes de guardarla y dejarlo todo en el cajón del vestíbulo. Quería averiguar qué demonios estaba ocurriendo antes de que su abuela viera la carta.

No podía hacer nada con *Rosie*, pero al menos sus hermanas y su abuela no se enterarían de nada hasta la mañana siguiente.

* * *

Sean se dijo a sí mismo que no era asunto suyo. Basil no era más que un inquilino que le había pedido si podía guardar la camioneta en su granero porque la casa que le había alquilado no tenía garaje.

Se había visto envuelto en todo aquello porque Basil había desaparecido mientras él estaba en Londres. Y si Lovage Amery

hubiera sido una anciana, Sean no habría vuelto a pensar en todo aquello.

Lo que realmente le extrañaba era por qué Basil no había dejado que la camioneta siguiera en el granero, donde estaba perfectamente segura.

A no ser, claro, que no tuviera intención de volver.

O que no se hubiera ido a ninguna parte.

Maldijo entre dientes, agarró una copia de llaves y se montó en el coche para ir hasta Keeper's Cottage.

Llamó a la puerta, llamó a gritos y sólo entonces, al ver que nadie respondía, abrió con sus propias llaves y entró. Todo parecía estar en orden. Sobre la repisa de la chimenea atrajo su atención la foto de una joven vestida con una minifalda exageradamente corta y unas botas hasta las rodillas. Tenía unos ojos enormes, enmarcados por unas pestañas postizas típicas de otra época. Aquel estilo no tenía nada que ver con Lovage Amery, sin embargo los ojos de la joven no dejaban lugar a dudas sobre el parentesco que las unía. Tenían el mismo color y la misma forma.

Así que era cierto.

Basil debía de tener encargos de trabajo que no podía suspender y había decidido cargar con ellos a su familia, sin importarle si estarían dispuestos a hacerlos o no.

La luz del contestador no dejaba de parpadear. Sean lo dudó unos instantes, pero finalmente no pudo resistirse y apretó el botón para escuchar los mensajes.

La dulce voz de Lovage Amery inundó la habitación.

—¿Señor Amery? Mi nombre es Lovage Amery. Acabo de leer su carta y no entiendo nada. ¿Quién es usted? Llámeme, por favor —y dejaba su número.

¿Entonces realmente no sabía quién era Basil? Estaba a punto de agarrar el teléfono cuando le sonó el que llevaba en el bolsillo.

Miró el número. Olivia.

—Sean. Estoy en el granero —dijo antes de que él pudiera pronunciar una palabra—. ¿Dónde estás?

El tono acelerado de la familia Haughton nada tenía que ver con la voz suave que aún resonaba en su cabeza, trayéndole a la memoria el recuerdo de unos ojos cálidos en los que podría sumergirse fácilmente. De una boca peligrosamente seductora. Esas

sensaciones deberían haber hecho saltar la señal de alarma dentro de él… pero sólo hicieron que deseara volver a verla.

Mala idea.

—Estoy en la otra punta de la finca —le dijo.

—Son casi las seis —casi se podía ver el ceño fruncido de su media hermana.

—Ya sabes, hermanita —le dijo, a sabiendas de lo mucho que odiaba que la llamaran así—. No hay descanso para los hermanos pequeños e ilegítimos. ¿Qué haces aquí?

—A lo mejor porque es mi casa.

—Perdona, pero la última vez que viniste fue en Navidad, estuviste aquí dos días y luego dejaste a tus hijos con la niñera el resto de las vacaciones para irte a esquiar.

—Se lo pasaron de maravilla —protestó Olivia.

Por supuesto. Sean se había encargado de que fuera así, pero aun así, seguro que habrían preferido estar con sus padres.

—Escucha, no quiero discutir contigo, Sean. Quería hablar sobre los establos. Quiero convertirlos en talleres de artesanos. Conozco muchos que podrían hacer demostraciones para el público. Y, claro está, venderían sus productos.

Sean se echó a reír.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido?

—Que tú conozcas algún artesano.

—Qué tonto eres. A Henry le parece muy buena idea.

—El mismo Henry que viene por aquí dos veces al año. En Navidad… —para abandonar allí a sus hijos e irse al Caribe—, y en la temporada de caza —además de alguna que otra visita extramarital en las que ocupaba la misma casita que había utilizado su padre de igual modo. De tal palo, tal astilla.

—Te recuerdo que es el dueño de todo esto, no tú —señaló su hermana.

—Sí. Y me paga para que lo dirija y me encargue de que dé beneficios, no de convertirlo en una especie de terapia ocupacional para mujeres que no saben qué hacer con su matrimonio.

Olivia no debía de tener nada que decir a eso porque colgó sin más.

Sean dejó la fotografía donde estaba, echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no se le había pasado nada por

alto. No había nada alarmante y sin embargo algo seguía inquietándolo. Lamentó no estar en casa de los Amery para poder ver lo que contenía el sobre de Basil.

Cuando Lovage Amery había asegurado no conocer a nadie llamado Basil, Sean no se había parado a pensarlo. El mismo tenía familiares a los que negaría conocer, pero el mensaje del contestador no dejaba lugar a dudas. No era el mensaje que una sobrina dejaría a su tío, por poco que le gustara. No, era un mensaje correcto, pero frío, sin la menor emoción y, si de algo estaba seguro, era de que Lovage Amery era una mujer llena de emoción.

Esa misma tarde tenía que ir en esa dirección, así que quizá podría pasarse por su casa. Sólo para quedarse tranquilo. Después de todo, Basil era su inquilino y debía averiguar si tenía intención de volver o no.

Por si acaso Lovage Amery seguía negando tener ningún tipo de parentesco con Basil, Sean hizo una foto con el móvil de la joven del retrato que había sobre la chimenea.

—Freddy…

—¡Elle! ¡Has venido volando! —era un buen comienzo, pero antes de que pudiera volver a pedirle que le diera otro turno, dijo —: Ahora no. Ponte a trabajar.

Rosie seguía donde él la había dejado, lo cual no era buena señal. Sean esperaba que el contenido del sobre le hubiera aclarado las cosas a Lovage y hubiera decidido meter la camioneta en el garaje, donde estuviera más protegida.

Respiró hondo antes de apretar el timbre, y no sólo por el efecto que había tenido en él Lovage Amery. Tenía la sospecha de que, después de haberle dejado allí la camioneta y desaparecer, no iba a recibir un recibimiento demasiado cálido.

Pero no era necesario prepararse tanto porque al otro lado de la puerta apareció una adolescente completamente de negro. Pelo negro, ropa negra y uñas pintadas de negro.

—¿Sí? —preguntó en un tono que no desentonaba con su imagen—. ¿Qué quiere?

—¿Podría hablar con Lovage Amery?

—¿De qué?

—Dile que es Sean McElroy —se limitó a decir—. Ya me conoce.

La muchacha se encogió de hombros.

—¡Abuela, es para ti! —gritó hacia el interior de la casa, pero sin apartar los ojos de él.

¿Abuela?

—No… No creo que sea la abuela de nadie. Busco a una mujer alta, de pelo oscuro y ojos marrones —añadió.

La joven lo miró con recelo.

—¿Quiere ver a Elle?

—No sé.

—Está trabajando y no vuelve hasta tarde.

—En ese caso volveré mañana.

—Tendrá que ser antes de las once porque empieza a trabajar a las doce —le recomendó antes de disponerse a cerrar la puerta.

—¿Quién es, Geli?

Detrás de la adolescente apareció la joven de la fotografía que había visto en el salón de Basil pero con cuarenta años más. Su pelo se había vuelto gris, pero no había ninguna duda de que eran los mismos ojos.

—No te preocupes abuela. No viene a buscarte a ti, sino a Elle.

—No sabía que hubiera más de una Lovage Amery —se apresuró a decir Sean, dirigiéndose a la señora—. ¿Le ha explicado Elle lo de *Rosie*?

—¿*Rosie*? —preguntó, visiblemente confundida—. ¿Quién es *Rosie*?

—No es quién, sino qué. Es la camioneta de helados que hay afuera.

—Ah. Me había llamado la atención. ¿Es suya?

—No… —era aún más difícil que hablar con Elle—. Le dejé una carta para usted… de Basil.

—¿Basil? —la mujer dio un paso atrás arrugando el rostro y prácticamente el cuerpo entero—. No —susurró—. No debería haberlo hecho. Bernard se va a poner furioso.

—Abuela…

La muchacha le pasó un brazo por la cintura con gesto protector, dedicó una mirada de furia a Sean y, por segunda vez en el día, la

puerta de Gable End se cerró de golpe frente a él.

Freddy la detuvo poniéndole la mano en el brazo y Elle tuvo que recordarse que era un gesto amistoso para no apartársela bruscamente. Su jefe la conocía desde hacía años y era lo bastante viejo como para ser su tío, o incluso su padre.

—Hay un grupo grande en la mesa del rincón. ¿Podrías encargarte de atenderlos?

No había parado un momento desde que había llegado hacía casi tres horas, pero estaba claro que aún no iba a poder descansar. Esbozó una leve sonrisa y respondió:

—Claro, Freddy.

La mesa del rincón era para doce personas y estaba llena, lo que significaba que quizá dejaran una buena propina… claro que también podía significar mucho trabajo y poco dinero. En cualquier caso, trató de sonreír al dirigirse a ellos.

—¿Quieren pedir ya? —les preguntó—. ¿O necesitan un poco más de…?

Enmudeció de golpe al encontrarse frente a frente con Sean McElroy y se le aflojaron las rodillas, pero no de cansancio. Ponerse a gritarle y a preguntarle por qué había desaparecido dejándole a *Rosie* no iba a ayudarla a conseguir una buena propina, así que respiró hondo, afirmó bien las piernas, se aclaró la garganta y habló sin dirigirse a nadie en particular.

—Si necesitan más tiempo, puedo volver más tarde.

—No es necesario —dijo uno de los comensales.

Fueron pidiendo uno a uno y todo iba bien hasta que llegó el turno de Sean.

—Lo siento, pero no sé qué pedir —dijo—. El pollo sobre un lecho de hierbas aromáticas suena muy tentador. ¿Puedes decirme qué hierbas lleva exactamente? Elle —añadió.

Tenía muy buena vista si podía leer desde el otro lado de la mesa la chapa de identificación que llevaba.

Elle levantó la mirada y se encontró de lleno con aquellos ojos azules a los que habría preferido no tener que volver a enfrentarse. La expresión de su rostro daba a entender que Elle le debía una explicación.

La mujer que había junto a Sean, una rubia que parecía sacada de un desfile de modelos, lo miró con desconfianza; sin duda se había dado cuenta de que ahí había algo más que una simple conversación entre camarera y cliente.

—Pensé que ibas a pedir las costillas. Es lo que pides siempre, cariño —añadió para marcar su territorio.

—Vaya, no me había dado cuenta de que fuera tan aburrido, cariño —dijo él sin apartar la mirada de Elle.

Ese «cariño» lo había añadido mucho después y la mujer debió de darse cuenta también porque siguió su mirada hasta Elle y frunció el ceño.

Elle consiguió explicarle el plato sin apenas mirarlo y tomó nota mientras se aseguraba que sólo era una mesa más.

Poco después volvió a ofrecerles pan y tuvo que hacerlo uno por uno.

—¿Un poco de pan, señora? —le preguntó a la rubia.

Ella negó con la cabeza sin mirarla.

—¿Pan, señor?

Sean levantó la cabeza. Lo tenía tan cerca que le vio una cicatriz que tenía sobre la ceja. ¿Se habría caído de la bici? ¿Se habría cortado con algo? O quizá se lo había hecho alguna mujer a la que había hecho enfadar.

Tardó varios segundos en elegir el tipo de pan que quería y, cuando Elle lo agarró con las pinzas para dárselo, murmuró:

—Dime, Lovage, ¿quién es Bernard?

Al oír aquello, la barrita de pan integral se le escapó de las pinzas y tiró un vaso de agua. El resto del pan que quedaba en la cesta cayó sobre el regazo de Sean y también al suelo.

—Me habría valido con uno —dijo él mientras la ayudaba a recogerlo.

—Ve a buscar más pan, Elle. Rápido —era la voz de Freddy, que lo había visto todo—. Les pido disculpas, señores. ¿Puedo traerles algunas bebidas a cuenta de la casa?

—¿Por qué no, mejor, nos trae otra camarera? Alguna que controle mejor sus propias manos. Y sus ojos —sugirió la rubia.

—No hay ningún problema con la camarera —dijo Sean enseguida.

—Ya nos hemos dado cuenta de lo que piensas de ella…

—Ha sido culpa mía —continuó diciendo, dirigiéndose a Freddy y sin hacer el menor caso a su acompañante.

Sean vio alejarse a Lovage Elle Amery y se dio cuenta de que deseaba ir tras ella. Quería tomarle la mano y caminar con ella, acompañarla hasta su casa, darle un beso junto a la puerta y pedirle una cita, como se hacía antiguamente.

—¿Qué le has dicho? —la pregunta de Charlotte no hizo sino intensificar sus deseos.

—Le he pedido el pan integral —dijo él.

—Y ella te ha dado todos los que había —bromeó uno de sus amigos.

Todo el mundo se echó a reír excepto Charlotte.

—No te creo. Has estado coqueteando con ella desde que ha venido a atendernos —lo acusó Charlotte.

Sean se fijó en que el jefe seguía por allí y estaba escuchando.

—En tal caso, la culpa es sólo mía porque, desde luego, ella no ha coqueteado conmigo.

Siguió atendiéndoles otra camarera, pero Sean no pudo dejar de mirar a Elle mientras ella trabajaba, sin duda encantada de poder alejarse de él.

¿Qué demonios le ocurría?

Apenas se había sentado a la mesa cuando la había visto. Llevaba el pelo recogido en una trenza y el uniforme negro del restaurante le marcaba las curvas. Al verla reírse con otros clientes se le había vuelto a cortar la respiración, como le había ocurrido cuando le había abierto la puerta esa tarde.

Mientras la observaba, había visto también el modo en que su jefe la había agarrado del brazo. Parecía tener mucha confianza con ella. Demasiada.

Tampoco le había gustado el modo en que la había seguido con la mirada mientras ella se acercaba a la mesa.

Se había dicho a sí mismo que no era asunto suyo, pero entonces ella había levantado la cabeza, lo había mirado, y Sean no había podido contenerse.

Después de pasar toda la noche dando vueltas, soñando con camionetas de helados y hombres de ojos azules, Elle agradeció el

silencio que reinaba en la casa por la mañana.

Sorrel debía de haber llevado a su abuela a la iglesia y Geli estaría en el refugio de animales. Dejó el sobre y las llaves de la camioneta sobre la mesa de la cocina y abrió la puerta de atrás. El sol inundó la cocina y Elle sintió que la bañaba de nuevas energías. Trató de olvidarse de las cosas desagradables de la noche anterior. Quizá la acompañante de Sean McElroy fuera guapa y elegante, pero la belleza no lo era todo, como bien decía siempre su abuela.

Aunque era evidente que Sean McElroy estaba encantado con ella.

Debería haberse sentido aliviada de que Freddy la hubiera liberado de esa mesa. Ya tenía bastantes problemas teniendo que decidir qué hacer con *Rosie*. Pero antes necesitaba tomarse un té y comer algo.

Desgraciadamente, en la panera no encontró nada más que migas. Y seguramente tampoco habría cereales.

Estaba de rodillas buscando la caja de galletas que había escondido al fondo de uno de los armarios inferiores cuando una sombra le tapó el sol.

Era demasiado pronto para que regresaran Sorrel y su abuela, así que levantó la mirada esperando ver a Geli.

Pero no era ella.

Era el mismísimo hombre de los ojos azules, que no esperó a que lo invitaran a entrar para cruzar el umbral de la puerta antes de que Elle pudiera preguntarle qué demonios creía que estaba haciendo.

Aprendía rápido.

Capítulo 3

La vida está llena de incertidumbres. Mejor cómete primero el postre. El diario de Rosie.

Sean McElroy parecía mucho más grande y peligroso desde esa perspectiva. Quizá era consciente de ello y por eso se inclinó a ofrecerle una mano. Elle sintió que la envolvía un aroma masculino que hizo desaparecer de golpe el olor a lilas que llegaba del jardín.

Tenía los ojos a la altura de sus caderas, de unos muslos fuertes, ocultos tras la tela vaquera de los pantalones. No había estado tan cerca de un hombre, al menos de un hombre del que deseaba estar aún más cerca, desde que había renunciado a sus sueños y había aceptado un empleo cuyos turnos anulaban cualquier posible vida social.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó.

—La puerta estaba abierta.

Estupendo. Nadie la tomaba en serio cuando hablaba de respetar ciertas medidas de seguridad.

—Eso no quiere decir que pueda entrar cualquiera —replicó al tiempo que se ponía en pie sin ayuda.

—¿No? Entonces he hecho bien en cerrarla. A esa puerta le vendría muy bien una cerradura nueva, por cierto.

—Y a mí me vendrían bien muchas otras cosas nuevas. Lo que no necesito es una camioneta vieja. ¿Debo suponer que te has dado cuenta del error que cometiste y has venido a llevártela?

—Lo siento —dijo él.

—Pues no pareces sentirlo mucho —no estaba sonriendo, pero a Elle le estaba costando seguir enfadada.

—¿Serviría de algo que te dijera que pensaba que la estabas esperando?

—¿De verdad? —le preguntó en tono sarcástico—. ¿Por eso no lo entendiste cuando te dije que te marcharas y te llevaras a *Rosie*?

Él hizo caso omiso a su sarcasmo.

—Pensé que lo comprenderías todo en cuanto abrieras el sobre.

—¿Entonces qué haces aquí ahora?

—No estoy seguro. Tengo la sensación de que hay algo que no

está bien. ¿Basil dejó alguna nota? —le preguntó, señalando el sobre—. Estoy preocupado por él.

—Pero no por mí, como es obvio. La bromita de ayer podría haberme costado el trabajo. ¿Te gustó la cena?

—Debo reconocer que la noche fue de mal en peor desde que me tiraste encima la cesta de pan caliente.

—Supongo que no esperarás que te pida disculpas.

—No. Supongo que no has recibido el mensaje que te dejé.

¿Le había dejado un mensaje? Elle negó con la cabeza.

—Anoche fue una locura y después no me quedé a charlar.

—¿No? —había algo raro en la expresión de su rostro.

—¿Tú lo habrías hecho después de llevar seis horas de pie?

—Depende de lo que me esperara —dijo, pero al ver que ella fruncía el ceño, meneó la cabeza—. No, olvídalo. Siento mucho si anoche te ocasioné algún problema, pero tienes que admitir que, si bien no conoces a Basil, el nombre de Bernard os pone nerviosas a todas.

—¿A todas?

—Tu abuela casi se desmaya cuando le pregunté si había recibido la carta de Basil —le explicó.

—¿Quieres decir que viniste ayer mientras yo estaba en el trabajo?

—Pasé por aquí de camino al Blue Bar y le dije a la muchacha vampiro que volvería hoy por la mañana.

—Geli… —Elle trató de contener la sonrisa—. Todavía no la he visto. Acabo de levantarme. Pero ¿qué te dijo mi abuela?

—No fue del todo coherente, pero dio a entender que Bernard no le permitiría recibir una carta de Basil. La idea parecía aterrarla.

—Es ridículo. Bernard era mi abuelo y hace años que murió —le explicó Elle. Pero estaba claro que había algo porque también se percibía en la carta—. Háblame de él —le pidió.

—¿De Basil? —Sean se encogió de hombros—. No sé mucho. Es un hombre ya mayor con dos pasiones, *Rosie* y el póquer.

—¿Es jugador? ¿Crees que utiliza a *Rosie* de garantía para sus apuestas?

—No, nunca se arriesgaría a perderla —le aseguró, pero luego añadió—: Pero eso no quiere decir que alguien a quien le deba dinero del juego no pueda querer quitársela como pago.

—¿Qué estás diciendo entonces? ¿Crees que te pidió que la trajeras aquí para ponerla a salvo? —desde luego eso explicaría por qué se había tomado la molestia de ponerla a nombre de su abuela.

—Supongo que sí —admitió y luego estiró el cuello para descargar un poco los hombros.

—¡No hagas eso! —le pidió al ver el modo en que el polo azul marino que llevaba se le ajustaba al pecho. Era demasiada distracción.

Sean frunció el ceño. No tenía la menor idea de qué estaba hablando. Afortunadamente.

—¿Desaparece a menudo? —preguntó Elle antes de que tuviera tiempo de comprender nada.

—No lo sé. Soy su casero, no su amigo. Guarda a *Rosie* en mi garaje. Yo estaba en Londres cuando se marchó, por lo que no pudo entrar a sacarla. Parece que tenía demasiada prisa por marcharse como para esperar hasta el día siguiente.

—¿Y por eso te dejó una nota pidiéndote que la trajeras aquí?

—Lo siento mucho —parecía incómodo—. Di por hecho que, en cuanto leyeras lo que había en el sobre, sabrías qué hacer.

¿Qué hacer? Aquello no hacía más que empeorar.

—Lo siento mucho, Sean, pero si esperas que te pague el alquiler, no vas a tener mucha suerte. No conozco a Basil Amery, pero aunque lo conociera, tampoco podría ayudarte. Tendrás que vender a *Rosie* para recuperar tu dinero.

—¿Vender a *Rosie*? ¿Bromea?

—Claro, es el orgullo de Basil —respondió Elle, con nuevo sarcasmo.

—No pareces muy convencida.

—Se me ocurren cosas más importantes de las que sentirse orgulloso. Dígame, ¿qué pensaría si alguien que no conoce de nada le pidiera que comience a trabajar con una camioneta de helados a modo de favor?

Sean se paró a pensar en ello un segundo.

—¿Qué te parece si preparo un café? Me sale muy rico.

—No tengo café —dijo ella, retirándose un mechón de pelo de la cara.

—Un té, entonces.

No hizo falta que Elle le dijera nada. Llenó la tetera de agua, la

puso a calentar, agarró dos tazas y sacó dos bolsitas de té de la lata que decía: TÉ. Eso era mucho más de lo que había hecho nunca cualquiera de sus dos hermanas.

Elle deseaba decirle que se marchara y se llevara la camioneta consigo, pero tenía razón. Debían de llegar al fondo de todo aquello.

—Ha tenido que haber algún extraño error. Tiene que ser eso.

No eran una familia muy convencional, pero no tenían secretos. Más bien al contrario; cualquiera podría contarle con pelos y señales…

Sean se quedó mirándola fijamente.

—¿Qué es lo que te asusta, Elle?

—¡No estoy asustada!

—¿No?

—¡No! —se había enfrentado a lo peor que podía pasarle, pero Sean tenía razón, había algo en ese asunto que le ponía el vello de punta—. Tienes que mover un poco el enchufe —le dijo, aprovechando que la tetera eléctrica no había empezado a funcionar siquiera.

Sean la miró sin comprender, así que Elle se acercó a hacerlo ella misma.

—¡No! —exclamó al darse cuenta de lo que iba a hacer, pero no llegó a tiempo de impedírselo.

Se oyó un chisporroteo y, mientras la tetera comenzaba por fin a calentar el agua, Elle sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero, partiendo del lugar donde la había tocado. Las mejillas empezaron a arderle y una ola de calor invadió su cuerpo. Afortunadamente, ninguna de esas sensaciones hizo el menor ruido.

O quizá sí. Quizá Sean pudo sentir los latidos de su corazón, porque retiró la mano con tal rapidez que cualquiera habría pensado que le había dado calambre.

Sin decir una palabra, Sean agarró una cuchara de madera, apagó la tetera con el mango y después la desenchufó. Pero eso no fue todo. Una vez desenchufada, comenzó a abrir cajones hasta que dio con un destornillador.

—Es inútil —le dijo Elle al ver que se disponía a desmontar el enchufe—. Es… —vieja—. Una antigüedad, como *Rosie*.

—No tiene nada que ver con *Rosie* —replicó él—. Esto es

peligroso.

—Eso es su opinión.

—No es una opinión, es un hecho. *Rosie* funciona de maravilla —levantó la mirada hasta Elle—, si no, no se la habría traído.

—¿No? —de pronto se dio cuenta de que estaba siendo grosera—. No, claro que no. Lo siento.

—No te preocupes.

Elle volvió a mirar el sobre que había sobre la mesa, como una bomba a punto de explotar.

Aquélla era la casa de la familia Amery desde hacía generaciones. Allí había nacido su abuelo y todo estaba lleno de huellas y recuerdos de todos los que habían pasado por allí. Había decenas de álbumes de fotos con los rostros de bebés, niños, novios, soldados, padres y abuelos.

Y en ninguna de esas fotos había ningún Basil.

Era cierto que había algunos huecos de fotos que se habían perdido. ¿O quizá alguien las había quitado?

Según Sean, la abuela había reconocido el nombre. Por lo visto había estado a punto de desmayarse. Y también estaba la carta en la que Basil había mencionado a Bernard y se había referido a él como su hermano. Era obvio que había alguna relación. Lo que ocurría era que Elle no quería admitirlo.

Respiró hondo y agarró el sobre. No quería que nadie la llamara asustadiza. Puso todo el contenido sobre la mesa para que Sean se diera cuenta de que no ocultaba nada.

—Aquí está la carta de Basil —se la ofreció a Sean, que seguía destripando el enchufe de la tetera eléctrica—. Léela —se lo dio y ella agarró el cuaderno.

En la primera página se podía leer: *Si me pierdo, devuélvanme a ROSIE*. Así, el nombre figuraba en mayúsculas junto a un número de teléfono móvil, que seguramente fuera el que había sobre la mesa.

Era una agenda en la que había un día por página. Elle la hojeó con la esperanza de descubrir allí alguna pista sobre Basil y su paradero.

Estaba llena de nombres y números de teléfono. En alguna página había algún comentario. También había citas de famosos y frases irónicas o divertidas del propio Basil, en las que hablaba de las delicias del helado. Sólo había un par de cosas escritas

recientemente.

—En la página de ayer pone: RSG. ¿Conoces a alguien con esas iniciales?

Sean se paró a pensar un momento y luego negó con la cabeza.

—Y en el viernes pasado pone: Taller Sean. ¿Eres mecánico? En Haughton Manor hay una colección de coches antiguos, ¿no es cierto? ¿Son tuyos?

—Yo los cuido —respondió—. Basil me pidió que le cambiara el aceite a *Rosie* y le hiciera una revisión básica para mantenerla en buena forma porque tenía algunos encargos de trabajo.

—¿Cuánto te paga por todo eso? —le preguntó. Lo último que necesitaba era un trasto viejo y caro de mantener.

Sean se encogió de hombros y sonrió con una timidez que lo hizo aún más atractivo, y que acabó por completo con el enfado de Elle.

—Basil prefiere pagarme en especie —confesó.

—¿Te paga con helado? —lo miró de arriba abajo, tratando de no entretenerse más de la cuenta—. ¿Cuánto helado comes?

—Por suerte, no me lo como yo solo. Trajo a *Rosie* llena de helado a una fiesta de cumpleaños familiar.

—¿Familiar? ¿Tienes hijos?

—No. Era el cumpleaños de mi sobrina. Bueno, mi media sobrina. Mi familia es un poco complicada —añadió, encogiéndose de hombros.

—Como todas —admitió ella, con pesar—. Pero es mucho helado para el cumpleaños de una niña.

—Fue una gran fiesta. Mi familia no hace las cosas a medias.

—¿No? —ya tenían algo en común, sólo que en el caso de la familia de Elle, solía tratarse de cosas dramáticas en lugar de celebraciones—. ¿De qué lo conoces?

—¿A Basil? Es inquilino de Haughton Manor.

—Sí, de Keeper's Cottage. Lo pone en los documentos del vehículo —le explicó—. Es una propiedad preciosa.

—Eso dice todo el mundo.

—¿Tú también vives allí?

—Vivo y trabajo, para pagar mis pecados. O más bien los de mi madre —añadió antes de volver a la carta—. ¿Lally? ¿Así es como llaman a tu abuela?

—Sí —Elle habría preferido hablar de los pecados de su madre, pero, por el modo en que había cambiado de tema, era mejor no preguntar—. No creo que mucha gente sepa su verdadero nombre.

—¿Y el tuyo?

—Tampoco —admitió.

—Pues está claro que Basil sí lo sabe y tiene una foto suya en su salón que lo demuestra.

—¿En serio? ¿Tiene una foto de mi abuela?

Sean sacó el teléfono móvil y se la enseñó.

—Se la hice ayer cuando entré para asegurarme de que no… había hecho ninguna tontería.

—¿Pensabas que podía haberse suicidado?

No respondió, pero estaba claro que eso era lo que había querido decir. Por eso había ido a verla y había querido ver la carta.

—¿Tienes sus llaves?

—Sólo para casos de emergencia.

—Como cuando algún inquilino desaparece —añadió ella agarrando el teléfono.

—¿Es ella?

—Sí. Debe de ser de finales de los sesenta, de antes de que se casara con mi abuelo.

Iba completamente a la moda, con aquel corte de pelo, las pestañas postizas y aquel vestido, un emblemático diseño de Courréges.

—¿Cómo supiste que era mi abuela?

—No lo supe hasta que la vi ayer, pero sabía que era algún familiar tuyo. Sois muy parecidas.

—Pero ella era…

Se detuvo en seco. Su abuela había sido la hija mimada del hijo menor del conde de Melchester. Toda una belleza que había aparecido a menudo en las revistas de sociedad de la época.

Mientras que los Amery eran una familia de clase media, sin fortuna, ni mansiones, ni títulos nobiliarios. El padre de su abuela había esperado mucho más para su hija y por eso se habían distanciado cuando ella había insistido en casarse con Bernard Amery.

—No me parezco en nada a ella —aseguró Elle.

—Puede que no a simple vista, pero tenéis la misma boca y los

mismos ojos. Basil también te reconoció —dijo, señalando la carta —. ¿Está tu abuela en casa?

—¡No! No puedes molestarla con todo esto, Sean.

—¿No le has enseñado la carta?

—Aún no.

Una vez que leyera la carta y confirmara la relación que la unía a Basil, Elle ya no podría deshacerse de la camioneta… y de los gastos que acarrearía.

Claro que ya habían confirmado que existía dicha relación. Sean ya sabía que había entregado a *Rosie* en el lugar correcto, así que Elle ya tenía una nueva carga sobre sus hombros.

Era cierto, aquellos sobres marrones nunca traían nada bueno. Pero no, esa vez no iba a permitirlo. No sabía lo que habría ocurrido en el pasado, pero Basil iba a tener que solucionar sus problemas solo. Ella ya tenía suficientes cosas de las que ocuparse.

—Da la sensación de que estuvieron muy unidos —dijo Sean, con la vista clavada en la carta—. Dice que tu abuela le salvó la vida.

—Le habría costado mucho suicidarse en el pueblo —afirmó ella con sequedad—. No hay manera de hacer nada sin que alguien te vea.

—Está claro que en este caso fue tu abuela la que lo vio y lo ayudó.

¿La despistada de su abuela?

—¿Entonces por qué no se han vuelto a ver en cuarenta años? —preguntó Elle—. A menos que… puede que Basil se enamorara de ella y cuando ella se casó con su hermano… Mi abuela era muy guapa.

—Sí…

—Pero eso no explica por qué mi abuelo eliminó cualquier rastro de su hermano. Al fin y al cabo, fue él el que se llevó a la chica.

—Claro que se la llevó. Basil es gay, Elle.

—¿Es gay?

—¿Crees que fue por eso por lo que lo rechazó la familia?

—¡No! —era demasiado horrible—. Jamás harían algo así.

—Esas cosas pasan, incluso hoy en día.

—Pero mi familia no era así —protestó Elle.

¿O sí? Sean tenía razón, cuarenta años era mucho tiempo. No tenía ni idea de cómo habrían reaccionado sus bisabuelos ante la noticia de que uno de sus hijos era homosexual. Se podían cambiar las leyes, pero se necesitaba mucho más tiempo para cambiar la actitud de la gente.

En cuanto a su abuelo, Bernard había sido un hombre imponente que aparecía cada seis meses o así. Durante el tiempo que estaba en casa, todo el mundo iba de puntillas y se respiraba una especie de alivio cuando volvía a marcharse a África o a Oriente Medio, a seguir con lo que fuera que hacía allí.

—No sé qué ocurriría, pero no podemos preocupar a la abuela con todo esto. No está muy bien de salud, Sean.

Así que, como siempre, ella tendría que hacerse cargo de todo. Para empezar, tendría que anular todos aquellos encargos de trabajo. Si podía descifrarlos.

—¿Qué es esto? —preguntó al ver una de las anotaciones del cuaderno.

Levantó la vista al ver que Sean no contestaba y enseguida se arrepintió de haberlo hecho porque lo encontró mirándola fijamente. El brillo de sus ojos azules la dejó atolondrada. Por un instante deseó agarrarlo y bailar, subirse a *Rosie* y tocar la campana.

Tuvo que respirar hondo para recobrar la compostura.

—Dice: *Sylvie. PRC.* Es para el próximo sábado —explicó, sin mirarlo.

—Será el Pink Ribbon Club, el Club del Lazo Rosa, una organización benéfica que ayuda a pacientes de cáncer y…

—Y a sus familias —terminó ella, con un nudo en la garganta—. La conozco.

—Este sábado es la fiesta anual y la celebran en la casa de Tom y Sylvie MacFarlane, en Longbourne Court.

—Sí, he oído que por fin estaba habitada de nuevo.

—Basil lo mencionó cuando me pidió que le cambiara el aceite a la camioneta. Me dio la sensación de que era importante para él por algún motivo y que por eso se había ofrecido a ayudar desinteresadamente.

—Pues debería haberlo pensado mejor antes de apostarse la granja —dijo, furiosa de pronto con aquel hombre que no había tenido el valor de pedirles ayuda personalmente en lugar de

encargar a alguien que le hiciera el trabajo sucio—. Por la carta parece que tiene la costumbre de defraudar a la gente.

—Estás dando por hecho que ha sido culpa del juego.

—Has sido tú el que has dicho que era una posibilidad —le recordó.

—Quizá fuera eso lo que ocurrió con su familia —sugirió Sean —. Puede que vendiera algo para pagar las deudas. Pero no tengo ni idea. Sólo lo conozco desde hace un año. A lo mejor sólo juega cuando es infeliz, para castigarse.

No, no, no. Elle no quería escuchar más.

—No puedo meter a mi abuela en todo esto.

—Lo único que os pide es que sigáis con el negocio de *Rosie*.

—¿Tú crees?

—Eso era lo que ponía en la nota que me dejó —volvió a mirar la carta—. Aunque debo admitir que aquí parece algo más permanente.

—Sea lo que sea, es imposible —zanjó Elle—. Yo no tengo tiempo y mi abuela no tiene carné de conducir y además no está en condiciones. Acabaría regalando los helados o se largaría por ahí con la camioneta en cuanto se aburriera.

—¿Tiene Alzheimer? —le preguntó Sean sin rodeos.

—No. Siempre tuvo fama de despistada, pero estos últimos años ha tenido muchos disgustos. Se culpa de la muerte de mi abuelo, lo cual es ridículo porque murió en un accidente de coche en Nigeria. Después murió mi madre y desde entonces está aún más abstraída. El médico cree que simplemente borra de su mente las cosas que no puede afrontar.

—A todos nos gustaría poder hacer eso de vez en cuando —murmuró él en tono comprensivo.

—Sí —asintió Elle, pero no quiso revelarle más de la cuenta—. Supongo que entenderás que no quiera preocuparla más.

—Por supuesto. Pero tú estás perfectamente y, ya que recibiste la carta que era para ella, podrías al menos sustituir a tu abuela el sábado.

Capítulo 4

No hay nada en la vida que no pueda arreglarse con un poco de helado. El diario de Rosie.

Elle debería haberlo visto venir.

—¿Es que no me has oído? —le dijo—. Yo trabajo todos los sábados.

—De noche. La fiesta acabará antes de las seis porque por la noche hay un concierto —añadió para convencerla—. Te aseguro que será mucho más divertido que atender mesas.

—¿Tú crees? ¿Estar de pie todo el día sirviendo helado a todo el mundo? ¿De verdad puedes asegurármelo?

Sean sonrió.

—Empiezas a dudarlo. Te lo noto en los ojos.

Era difícil no sonreír también, pero Elle hizo un esfuerzo.

—No es cierto, pero aunque así fuera, seguiríamos teniendo un problema. No tengo la menor idea de cómo funcionan esas máquinas de helados.

—No es un cohete espacial. Yo te enseñaré.

—¿Tú?

El corazón le dio un vuelco. No esperaba que él fuera a ayudarla, eso sí era una tentación.

—¿Quién crees que servía el helado en la fiesta de mi sobrina mientras Basil charlaba con todo el mundo?

—Si te parece tan divertido, *Rosie* es toda tuya —le dio la agenda y las llaves—. Que tengas un buen día.

Sean esbozó una sonrisa.

—No hay duda de que Basil y tú sois familia.

—Encantada de conocerte, Sean. No olvides cerrar la puerta al salir.

—Buen intento, pero no cuela —se cruzó de brazos y se apoyó en la encimera—. Si no quieres hacerlo, tendré que esperar aquí hasta que vuelva tu abuela.

—¡Sean!

—O puedo enseñártelo todo ahora —sugirió—. Podría darte una vuelta en la camioneta para que la conozcas.

—Eso es chantaje —lo acusó.

—Sabes conducir, ¿verdad?

Se sintió tentada a mentirle y decirle que no, pero ni siquiera tuvo tiempo de hacerlo.

—Me he fijado en que tienes un bonito coche en el garaje y, dado que tu abuela no sabe conducir…

—Yo no he dicho que no supiera conducir, sino que no tiene carné, pero es por culpa de las multas de velocidad. Y no es un coche bonito, sino un montón de chatarra insalvable, según el mecánico. Lo siento, Sean, pero lo que menos necesito es otro vehículo inservible.

—*Rosie* no es inservible.

—Para mí, sí. ¿O me sugieres que me ponga a vender helados cada vez que necesite ir al supermercado?

—¿Por qué no? —le preguntó, sonriendo—. Yo te compraría siempre que te viera.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera evitarlo.

Había algunas mujeres de las que era mejor huir corriendo. Mujeres que aún se ruborizaban, que con sólo mirarlas, uno sabía lo que estaban pensando, que aún no habían levantado un muro defensivo alrededor de su corazón. Mujeres que seguían creyendo en el amor, en el matrimonio y en la familia. Si un hombre que no creía en dichas cosas coqueteaba con esa clase de mujer, sabía el riesgo que corría.

Sean acababa de traspasar una línea invisible y ambos lo sabían.

Elle aprovechó el momento para quitarse la cinta que llevaba en el pelo y volver a colocársela con un rápido movimiento. Sean deseó impedírselo y decirle que se lo dejara suelto.

Estaba a sólo dos pasos. Uno y dos…

—¿Crees que Basil tiene intención de volver, Sean? —le preguntó de pronto, acabando con el silencio—. Has dicho que estabas preocupado por él y lo cierto es que esa carta parece una despedida.

Sean habría querido tranquilizarla, pero el hecho de que Basil se hubiese tomado la molestia de poner su posesión más preciada a nombre de una mujer a la que no había visto en los últimos cuarenta años hacía sospechar lo peor.

—No sé más que tú —dijo, mirándola a los ojos—. Sólo intento

interpretar las pistas que ha dejado.

—Lo sé —hubo un largo silencio—. ¿No hay algún lugar donde poder llevar a descansar a los coches viejos como *Rosie*?

—¿A descansar? —repitió Sean, sonriendo de nuevo—. ¿Como si fuera un caballo cansado de trotar?

—Sí… No. Ya sabes a lo que me refiero —Elle parecía confundida.

—Sí, sé a qué te refieres —admitió sin molestarse en dejar de sonreír, lo que la hizo ruborizar—. Esos lugares se conocen como desguaces.

—A ti todo esto te parece un chiste, ¿verdad?

Seguía ruborizada, pero ahora era de rabia. Era encantadora. Y peligrosa.

—Por lo que dijiste, es un modelo clásico. ¿No podría llevarla a algún museo del transporte? Algún lugar donde pudiera ir a verla la gente como Basil y tú y pudieran babear tranquilos.

—Aquí es donde Basil decidió que estuviera —le recordó—. Quería que os la quedarais tu abuela y tú.

—¿Por qué? Si pensaba que la abuela era tan estupenda, ¿por qué no vino a visitarla? ¿Por qué no nos pidió ayuda si la necesitaba? No tenemos dinero y nuestra dieta es muy modesta, pero tenemos espacio de sobra. Si realmente es familia nuestra —dijo, como si aún hubiera alguna duda—, lo habríamos ayudado.

—¿De verdad?

—No tenemos muchos parientes. Puede que él no nos necesitara, pero ¿nunca se le ocurrió pensar que quizá nosotras podíamos necesitarlo a él? Cuando murió el abuelo. Y luego mi madre —cuando todo se derrumbó—. ¿Qué demonios le ocurría?

Sean se encogió de hombros y con ello volvió a atraer la atención de Elle a aquel torso contra el que cualquier mujer con sangre en las venas desearía apretarse.

—Lo siento, pero me temo que tendrás que pedirle a la otra Lovage que te ponga al corriente de los secretos de tu familia.

—No puedo —Dios sabía cuánto daño podría hacerle eso al cerebro confundido de su abuela—. Ya la viste, Sean. Es obvio que hace años ocurrió algo realmente malo y no pienso ser yo la que la obligue a recordarlo.

—Creo que eso responde a tu pregunta de por qué Basil no ha

acudido a su familia en busca de ayuda en los últimos cuarenta años. Ayer tu abuela vio a *Rosie* —siguió diciéndole Sean—. Querrá saber de dónde ha salido.

—No porque te las vas a llevar al mismo lugar de donde salió.

Sean volvió a mirarla.

—¿Lavender era tu madre?

Elle asintió.

—¿Y las «hijas de Lavender» sois la mariposa negra y tú?

—¿Geli? —tuvo que contener la risa al oír esa descripción de su hermana—. Angélica —le dio el nombre completo a modo de explicación—. Tiene dieciséis años y luego está Sorrel, que acaba de empezar la universidad.

—¿Cuándo murió tu hermana?

—Cuando yo tenía la edad que tiene ahora Geli. Por culpa de un cáncer —le dijo antes de que él se lo preguntara—. Fue de ésos tan virulentos que aparecen ya con la sentencia de muerte. Y, no hay nadie más, sólo estamos las cuatro; mis dos hermanas, mi abuela y yo.

De pronto sintió un nudo en la garganta y los ojos húmedos. ¿Por qué había aparecido para remover el pasado? ¿Para hacerla recordar?

—¿Hay alguna posibilidad de que me hagas ese té que me habías prometido?

—En cuanto termine de arreglar la tetera. ¿Por qué no vas a sentarte al jardín? —le sugirió, poniéndole la mano en el hombro—. Te lo llevaré enseguida.

Elle habría preferido quedarse allí y disfrutar de la calidez que le había prometido esa mano, habría preferido sentir el calor de un brazo sobre los hombros. Quizá él adivinó la necesidad en su mirada porque se dio la vuelta bruscamente para enchufar la tetera. Ella se retiró al jardín, bajó un ramo de lilas y enterró la cara en su dulzura, como le había visto hacer a su madre tantas veces sin entender nunca por qué lo hacía.

El aroma de las lilas no era de ésos que había que buscar detenidamente, sino que invadía todo el jardín, pero en ese momento Elle necesitaba sentirlo dentro, en los pulmones y en el corazón. Necesitaba que borrara los dolorosos recuerdos que Sean le había llevado a la memoria.

A pesar de lo que había dicho, Elle sabía que iba a tener que aceptar a *Rosie*. Pero no por Basil, que no era diferente a todos los hombres que habían pasado por su vida de un modo u otro. Uno más que le ocasionaba problemas y desaparecía.

Su abuelo nunca había estado demasiado tiempo cerca de ellas y, cuando había estado, nunca había habido abrazos ni muestras de cariño. En cuanto a Basil, nunca le habían importado lo bastante «las hijas de Lavender» como para ir a verlas, como para formar parte de su vida y ejercer de figura paterna en los momentos en los que ellas lo habrían necesitado.

Quizá por eso su madre siempre había elegido hombres con los que, aunque inconscientemente, sabía que la relación estaba condenada a terminar desde el comienzo.

La carta de Basil la había alterado, pero en realidad sólo había despertado una falsa autocompasión. No podía ser otra cosa, puesto que ni siquiera conocía a Basil.

Sí conocía, sin embargo, el Club del Lazo Rosa y les debía mucho más que una camioneta cargada de helado.

Un día de su vida no era nada a cambio de toda la amabilidad y la ternura que le habían dado a su madre durante sus últimos días de vida. Y no sólo habían ayudado a su madre, también a su abuela y a ellas tres, a esas tres muchachas cuyas vidas quedaban destrozadas.

Entonces se había prometido a sí misma que algún día, cuando tuviera tiempo o dinero, haría algo en agradecimiento a aquella organización, pues bien, ahí tenía la oportunidad de ayudar a recaudar fondos para que otras familias pudieran recibir la ayuda que les habían dado a ellas.

Sean apareció enseguida con las dos tazas de té.

—Ven —le dijo de inmediato—. Deja que te presente a *Rosie*.

Elle sabía muy bien lo que pretendía. Por eso había querido que lo esperara en el jardín. Era la misma técnica que utilizaba siempre Geli con sus perros abandonados.

—Sólo quiero que lo veas un momento.

Sean no la esperó, fue directamente hacia la puerta, llevándose las dos tazas. El jardín se quedó vacío sin él, como si lo hubiera llenado de esa energía que le había acelerado el pulso a Elle.

—Vamos, voy a hacerte una visita guiada —le dijo de lejos.

Bum, bum, bum.

Sintió una especie de descarga eléctrica cuando llegó junto a él y la agarró del brazo. Debería haber protestado, haberle dicho que no la tocara, que se alejara de ella, pero para eso tendría que haber tenido un poco de sentido común y todo el mundo sabía que las mujeres Amery carecían de tal cosa.

Elle no había dado un mal paso en los siete años que habían pasado desde que había quedado a cargo de todo, pero sabía que el pueblo entero la observaba, a la espera de que lo hiciera.

Sean se sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta. La musiquilla comenzó a sonar de inmediato.

—¡No! —exclamó Elle.

Demasiado tarde.

—Ya veo que lo has encontrado —dijo una voz antes de que pudieran apagarla.

Allí estaba la señora Fisher, observando desde la valla de su casa. No miraba a *Rosie*, sino al hombre que había junto a Elle. Seguro que la muy bruja llevaba pendiente desde el día anterior y la música le había dado la excusa que necesitaba para salir.

—Ya le pregunté a Elle si iba a empezar a vender helados por el pueblo —le contó a Sean con una risilla.

—*Rosie* está un poco vieja para eso, pero sí que se puede reservar para fiestas de todo tipo.

Elle clavó su mirada en Sean, que respondió dándole su taza de té.

—Vaya, qué interesante —la señora Fisher estaba entusiasmada observando a Sean para después poder dar todo tipo de detalles al resto del pueblo—. Podrías poner un anuncio en la tienda.

—No es necesario —intervino Elle.

—¿Entonces es que ya tienes muchos encargos?

—Más de los que me gustaría —respondió con una tensa sonrisa con la que había aprendido a manejar a los chismosos.

La vecina continuó mirando a Sean, pero él había captado la indirecta y no dijo nada más, por lo que la señora Fisher no tuvo más remedio que marcharse.

—¿Me he perdido algo? —le preguntó Sean en cuanto volvieron a quedarse solos.

—Puede ser, pero seguro que ella no —dijo Elle, secamente—.

¿Por qué demonios le has dicho que *Rosie* estaba disponible.

—Porque es así. Basil te ha dado vía libre para utilizarla y te aseguro que es mucho mejor que aguantar a gente como yo en el Blue Bar.

—No lo dudo, pero no todo el mundo ocasiona tantos problemas como tú, ni es tan grosero como tu novia. Allí al menos tengo asegurado un mínimo en propinas. ¿Cuántas reservas hay en la agenda de *Rosie*?

—No lo sé. Quizá no es mala idea poner ese anuncio.

—No es necesario. Gracias a la señora Fisher mañana todo el mundo en un radio de diez kilómetros sabrá que tengo una camioneta de helados aparcada frente a mi casa y un hombre que se mueve con total libertad en mi cocina.

—¿Y eso es noticia en Longbourne? —preguntó él con curiosidad.

—Toda una exclusiva —dijo antes de tomar un sorbo de té y comprobar que estaba delicioso—. Todo el pueblo estará haciendo redoble de tambores y la mujer de la oficina de correos habrá marcado la fecha en el calendario para empezar la cuenta atrás.

Sean frunció el ceño.

—Mi madre tenía cierta debilidad por los viajeros —le explicó —. No es ninguna coincidencia que las tres naciéramos en febrero.

—¿Os concibió a todas en junio?

—No sólo preparas bien el té, también sabes matemáticas.

Eso lo hizo sonreír.

—Por cierto, he acabado la leche. Puedo llevarte a la tienda. Nada como una aparición en directo para hacer publicidad al negocio.

—Las viejecitas van a ponerse como locas.

Y no sólo ellas. La idea de sentarse junto a él en la camioneta le provocó un escalofrío. Iban a hablar de ella de todos modos…

—Cuando quieras.

—¿Qué es lo que pasa en junio? —le preguntó él.

Necesitó un segundo para saber de qué estaba hablando.

—La primera semana de junio es el gran acontecimiento anual del pueblo. El único que hay.

—¿La feria?

—Sí. Yo nunca voy. Sólo observo de lejos a los hombres de los

puestos.

—¿Tratando de encontrar algún parecido?

—Sé que es una tontería —dijo con tristeza—. ¿Te imaginas? Usted no me conoce, pero creo que conoció a mi madre hace veinticuatro años.

—Creo que es más probable que ese hombre te mirara, viera cómo te brilla el pelo con el sol y de pronto recordara aquel romance de verano que tuvo con una chica tan hermosa como tú.

Elle dejó la taza sobre el muro de la casa antes de que se le cayera de la mano. No estaba acostumbrada a recibir piropos y aquél en particular la dejó sin aliento. Por eso habló tan rápido como pudo.

—Su recuerdo no estará manchado por la noticia del embarazo, ni por las náuseas matinales.

—No sé qué decirte.

—No tienes que decir nada. Mi madre no fue precisamente un buen ejemplo para sus hijas, al menos en cuestiones de sexo seguro.

Ella, por el contrario, no le había dado al pueblo mucho tema de conversación; había estado demasiado ocupada trabajando y cuidando de sus hermanas y de su abuela como para dejarse tentar por la feria de Longbourne. Tampoco habían tenido demasiada suerte con Sorrel, que estaba completamente centrada en los estudios, quizá porque no quería acabar como su hermana mayor, con un trabajo sin futuro.

Angélica empezaba sin duda a parecerles prometedora. Acababa de cumplir los dieciséis, se había teñido el pelo de negro, se ponía el maquillaje más pálido que encontraba y se pintaba los labios de rojo escarlata. Era una edad peligrosa. Claro que ninguna carecía de peligro para las mujeres Amery. Lo había descubierto cuando le había llegado aquella citación judicial nada más empezar la universidad.

Volvió a retirarse de la cara un mechón que no dejaba de escapársele de la cinta del pelo. Trató de controlarlo, pero parecía que el caos se había apoderado de su melena al igual que del resto de su vida.

—Maldita sea —protestó cuando se le cayó la cinta y toda la melena le cayó sobre la cara y los hombros—. Tengo que cortarme el pelo.

—No —murmuró Sean al tiempo que se lo retiraba suavemente de la cara—. Créeme. Está perfecto tal y como lo tienes.

Capítulo 5

El helado perfecto es como la mujer perfecta: fresco, delicado, sutil y con un sabor inolvidable. El diario de Rosie.

Aquel gesto denotaba tal intimidad que por un momento Elle se vio incapaz de pensar, incluso de respirar. Se quedó clavada en el sitio, lo único que se movía era su corazón, desbocado como un caballo salvaje. Sintió que la invadía el deseo de algo desconocido y que, al mismo tiempo, le resultaba tan familiar como respirar.

Se inclinó suavemente hacia él, como si hubiera un imán que la atrajera, y entonces Sean le soltó el mechón de pelo.

—Ven, quiero que conozcas a *Rosie* —dijo, al tiempo que se dirigía a la parte delantera de la camioneta.

Elle se quedó donde estaba unos segundos. Era como si se le hubiera encendido el cuerpo y ahora estuviera rebosante de energía.

—Elle, permíteme que te presente a *Rosie* —continuó, con cómica formalidad—. *Rosie*, ésta es Elle la sobrina nieta de Basil que va a ser tu nueva dueña.

—Sean —protestó ella—. Eso es jugar sucio —sólo había accedido a ir a la celebración del Club del Lazo Rosa—. Ni siquiera tengo lugar para guardarla.

—¿Y el garaje?

—Está mi coche y no puedo permitirme trasladarlo al desguace —admitió.

—Yo lo haré.

Después de todos los años que había estado llevándolo al mismo taller, el dueño nunca le había ofrecido tal cosa y sin embargo ahora lo hacía un desconocido.

Un desconocido que quería algo a cambio, se recordó.

—¿Alguna otra objeción?

Debía de haber cientos, pero de pronto no se le ocurrió ninguna.

—Está bien, *Rosie*, parece que me guste o no, voy a tener que quedarme contigo por el momento. Pórtate bien o acabarás también en el desguace.

—Un consejo, Elle —intervino Sean—. Al igual que la mayoría de las mujeres, *Rosie* responde mejor cuando la tratan bien.

Algo que sin duda alguna sabía por experiencia, pensó Elle mientras le daba una patada a uno de los neumáticos.

—¿Estás buscando problemas? —le preguntó él.

—No necesito buscarlos, vienen solos —problemas de ojos azules y sonrisa seductora—. Esta vez al volante de una camioneta —añadió a modo de indirecta.

—No es la primera vez que me consideran un problema —admitió él—. Dime, ¿qué te parece?

—¿Quieres que te sea sincera?

—Suele ser lo mejor.

—Sí —asintió Elle y, por un momento, sus miradas se encontraron y se hizo un momento de silencio que se prolongó hasta que no pudo aguantarlo más—. Sinceramente, me parece muy… —parecía salida de un cuento infantil— brillante. Dime, ¿la has puesto guapa antes de traérmela, para que me resultara más atrayente?

—Sólo la he lavado —confesó—. Pero Basil siempre la tiene así de brillante.

—Y supongo que también esperará que yo haga lo mismo.

—Seguro que te perdonará que no la enceres, pero nadie querrá comprar un helado en una camioneta sucia.

—Me parece que Basil tiene más cara que espalda —sentenció Elle y comenzó a rodear la camioneta, fingiendo que la estudiaba detenidamente, pues era mejor que mirar a Sean y perderse en sus ojos azules.

—¿Sinceramente? —la presionó él.

—Sinceramente, tengo que reconocer que es bastante bonita.

—¿Quieres verla por dentro?

Sean no esperó la respuesta para abrir la puerta. Elle entró al lugar desde el que se atendía a los clientes y se vio invadida de inmediato por el aroma a vainilla, por el recuerdo de las risas de los niños y el de su propia infancia, cuando había hecho cola para comprar helados en alguna camioneta como *Rosie*. El recuerdo de la felicidad.

En sus labios se dibujó una espontánea sonrisa y de pronto se le pasó por la cabeza que quizá fuera divertido.

Peligro.

No podía ser tan fácil. Siempre había alguna trampa. La vida no

era un cuento de hadas y Sean no era ningún príncipe azul.

—Dime una cosa, Sean —se volvió a mirarlo a los ojos—. ¿Cuánto dinero debe exactamente Basil del alquiler?

Él dejó de sonreír al oír aquello.

—¿De verdad crees que quiero que trabajes con *Rosie* para que pagues las deudas de Basil?

—Tienes mucho empeño en que me guste el negocio.

Sean la miró sin hacer el menor gesto, con una expresión vacía.

—No conoces a Basil, Elle, y está claro que tampoco me conoces a mí. Baja de la camioneta —le pidió al tiempo que le dejaba paso para que lo hiciera—. Sal de ahí y olvidémonos de todo.

—¿Así de simple? —¿después de todo lo que se había esforzado por convencerla?—. ¿No querías cumplir los deseos de Basil, aunque eso significase molestar a una anciana confundida?

Quería que le dijera que jamás habría hecho nada parecido, pero no fue así.

—Le diré la verdad a Basil. Que no estabas interesada.

—¿Y si no vuelve?

—En ese caso ya no importará, ¿no crees?

En ese instante desapareció de pronto la conexión que había surgido entre ellos desde el momento en que había visto a Sean de pie tras la puerta de su casa. Se sintió desorientada, como si de pronto le hubieran cortado la energía y hubiera perdido el rumbo en medio de la oscuridad.

Sean McElroy no se había enfadado cuando había criticado a Basil, ni siquiera cuando había puesto en duda los motivos que lo impulsaban a él. No había perdido los nervios, ni había levantado la voz. Se había limitado a alejarse, a cortar de golpe toda conexión con ella.

Era lo mismo que hacía Elle con la gente como la señora Fisher, pero aquello era distinto. Nunca había bajado la guardia con nadie, ni siquiera con su propia familia. Sin embargo aquellos ojos azules habían derrumbado todos sus muros defensivos con una sola mirada.

Nunca había entendido que su madre se dejara engañar una y otra vez por el mismo tipo de hombre. Ahora sí lo entendía. Era una respuesta tan mecánica e incontrolable que una lo olvidaba todo. Pero ahora que él se había alejado era como si le hubiera quitado el

suelo que la sostenía.

¿Cómo era posible que aquella cara tan expresiva, con esa sonrisa capaz de iluminar toda una habitación, de repente estuviera tan vacía?

Como de costumbre, Elle tenía más preguntas que respuestas. Lo único de lo que estaba segura era de que todo sería más sencillo si se alejaba de *Rosie*, si se olvidaba de Basil y dejaba que Sean se marchara de allí y saliera de su vida para que ella pudiera seguir preocupándose por cosas tan tediosas como pagar las facturas. Era menos peligroso olvidarse de cómo se le había acelerado el pulso con sólo sentir el roce de su mano.

Pero no era tan sencillo. Quería cumplir con el compromiso que Basil tenía con el Club del Lazo Rosa, por el club y por ella misma. Y, para hacerlo bien, necesitaba la ayuda de Sean, pues ella no tenía la menor idea de cómo funcionaba la máquina de helados.

En cuanto volvió a mirarlo se dio cuenta de que iba a tener que hacer algo más que pedirle disculpas para devolverle la suavidad a sus ojos y recuperar aquella increíble sonrisa.

Respiró hondo y recordó que llevaba mucho tiempo teniendo que afrontar sola situaciones más difíciles que aquélla. Además, estaba en todo su derecho de dudar de él. ¿Por qué había vuelto después de haber desaparecido de ese modo el día anterior? Ella tenía las hormonas descontroladas, pero dudaba mucho de que fuera su atractivo lo que lo había hecho regresar. Sólo tenía que recordar lo guapa que era su novia para darse cuenta de que era imposible.

—Tienes razón, Sean. No conozco a Basil, él no me lo ha permitido —le recordó—. Y, efectivamente, tampoco sé nada de ti, pero yo podría decirte lo mismo.

Sean no dijo nada, parecía seguir esperando a que se bajara para poder largarse de allí, como ella le había pedido varias veces. Pero lo cierto era que no era eso lo que quería Elle.

De pronto descubrió que quería saberlo todo. Quería saber algo más de su misterioso tío abuelo; por qué había desaparecido durante cuarenta años y dónde había estado. Y quería conocer más a Sean McElroy.

No. Eso no.

—De verdad pensabas que esperábamos que nos trajeras a *Rosie*,

¿no? —le preguntó después de unos segundos durante los que comenzó a examinar el interior de la camioneta—. Supongo que cualquiera lo habría creído.

Lo vio fruncir el ceño y se alegró de que su rostro hubiera recuperado cierta expresión, aunque fuera negativa.

—Me imagino que Basil debió de crecer aquí, en Gable End —comentó mientras abría una caja llena de barquillos de chocolate—. Mi tatarabuelo, el padre de Bernard y parece ser que también el de Basil, era juez y también concejal —siguió diciendo mientras sacaba uno de esos barquillos y lo mordía—. Todo un pilar de la comunidad.

—Un hombre de férreos modales y actitud rígida, supongo —dedujo él, respondiendo por fin.

—La verdad es que no lo sé porque no llegué a conocerlo —entonces lo miró detenidamente y le dijo—: ¿Tienes algún problema con las figuras respetables de la sociedad?

Sean se encogió de hombros antes de responder.

—Esa respetabilidad suele ser sólo una fachada para esconder sus pecados.

—¿De verdad piensas eso? —le preguntó, olvidándose de golpe de la historia de su familia, con la que pretendía explicarle por qué tenía problemas para confiar en los demás—. Es curioso porque tú también pareces algo rígido y de férreos modales.

Aquello lo agarró por sorpresa y tardó en recuperarse del desconcierto. Elle había conseguido romper la máscara con la que había cubierto su rostro.

—No me gusta la gente tan estrecha de miras que ven todo lo diferente a ellos como una amenaza —explicó Sean—. Que interpretan un papel que realmente no corresponde a su naturaleza.

¿Acaso se sentía un intruso en el círculo social en el que vivía? ¿Por qué?

—Estoy de acuerdo en eso —afirmó ella con precaución—, pero creo que es necesario que haya ciertas reglas —dijo, aunque de pronto ya no estaba tan segura de esos personajes tan respetables a los que siempre había querido emular, personajes como su abuelo.

¿Qué clase de persona borraba por completo de su vida a un miembro de su familia?

Siguió examinando la carga de la camioneta, caja por caja, hasta

llegar a la máquina de helado. Levantó una compuerta y empezó a tocar los botones.

—¿Por dónde se meterá el helado?

Él la observaba sin decir nada.

—Lovage Amery —dijo a modo de advertencia cuando la vio mover una palanca.

Pero Elle hizo como si no lo oyera. Sean maldijo entre dientes antes de entrar en la camioneta y agarrarla de la muñeca. Había conseguido lo que quería, lo había hecho entrar, lo había obligado a escucharla y a hablar con ella.

Quizá siguiera ruborizándose como una adolescente, pero no era ninguna tonta. Era lógico que hubiera desconfiado de él; Sean también lo hubiera hecho si un desconocido hubiera aparecido de pronto hablándole de un pariente al que no conocía y hubiera querido cargarlo con una vieja camioneta.

No le importaba lo que pensara de Basil, pero sí de él. De pronto era como si hubiera vuelto al pasado, siempre sintiéndose fuera de lugar por culpa de su origen. No había sido uno más en la escuela porque el título de su padre había sido como una barrera que lo separaba de los demás, ni tampoco después, en el carísimo internado, donde el problema había sido el pasado de su madre.

—¿Quieres saber por dónde se mete el helado? —le preguntó al tiempo que la giraba hacia sí y miraba la expresión de inocencia fingida que había dibujado en su rostro.

Pero la mirada la delató; en sus ojos había un brillo de picardía que parecía desafiarlo a descubrir esa parte de ella que se escondía tras la imagen responsable que ofrecía al mundo. ¿Qué parte de ella aparecería si hacía lo que llevaba deseando hacer desde que le había abierto la puerta el día anterior? ¿Si la tomaba entre sus brazos y la besaba? ¿Se encontraría con la muchacha inocente y ultrajada, o con ésa que se adivinaba en su mirada?

Se imaginó el tacto suave de su piel bajo los dedos, el roce de su respiración en los labios, la sensación de acariciar su cabello…

Se fijó en que tenía algunos flósculos de lila entre el pelo. La había visto sumergir la cara entre las flores cuando había salido al jardín y ahora llevaba el aroma a lilo en la piel. Sean deseaba reposar la cara en su cuello y empaparse de dicho aroma.

Trató de no mirarla a los ojos. Era las reglas. Las reglas decían

que debía limitarse a estar con aquellas mujeres que comprendieran que con él nunca se comprometía sentimentalmente. Mujeres que sólo buscaran divertirse igual que él.

Aquellas reglas estaban en su mente, pero su cuerpo estaba reaccionando de manera instintiva, pidiéndole a gritos que diera el siguiente paso. Le decía que ella lo deseaba tanto como él, que si la besaba, ambos quedarían igualmente satisfechos.

Fue en ese momento cuando vio una pequeña mariquita caminando entre su pelo y la siguió con la mirada mientras se imaginaba que estaría preguntándose cómo demonios habría acabado allí si hacía sólo unos minutos había estado paseando entre las flores plácidamente.

Seguramente era algo parecido a lo que debía de sentir Elle, claro que Sean no creía que la vida de Elle hubiera sido tan plácida.

—No te muevas —le soltó la mano para agarrar al pequeño animal y dejarlo libre.

—¿Qué haces? —le preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Quitándote un bichito. Es lo que ocurre cuando metes la cabeza en las plantas.

—No le hagas daño —fue todo lo que dijo Elle, no gritó ni se echó en sus brazos.

—Eso intento, pero está enredado entre tu pelo. Dame un momento —le pidió, pero la verdad era que lo único que estaba consiguiendo era sumergir más en la melena al pobre bicho—. Me estabas contando la historia de tu familia —le recordó para distraerse y no pensar en lo cerca que estaba de ella—. ¿Tu abuelo, Bernard, heredó la casa?

—La versión oficial es que era hijo único. Ahora me preguntó si pagaría algo a Basil por su parte de la herencia, o quizá fue él el que renunció a todo —sintió un escalofrío involuntario que le sacudió todo el cuerpo—. ¿Cómo vas?

—¿Puedes echarte un poco a la derecha? —le preguntó con gran esfuerzo, porque apenas podía hablar.

—Yo apenas lo conocí… a mi abuelo —aclaró al tiempo que se movía, lo que hizo que se pegara aún más a él—. No era de ésos que sientan a sus nietos en sus rodillas. No creo que fuera muy feliz.

—Puede que tuviera cargo de conciencia —sugirió él.

—Puede ser. A lo mejor te cuesta menos si salimos.

—Mejor sigue quieta —le pidió, agarrándola por la cintura para que no se moviera y, justo en el ese momento, la mariquita se le subió al dedo—. ¿Qué pasó cuando murió?

—No mucho. Nos dejó lo suficiente para vivir bien y ser madre soltera tampoco era ya ningún escándalo. Aunque el hecho de que fuéramos de tres padres distintos si que causaba alguna que otra sorpresa.

—¿Tres?

—Ya te lo he dicho. No nos parecemos en nada. Sorrel es pelirroja; debajo del tinte negro, Geli tiene el pelo rubio.

—Debió de ser muy duro cuando murió tu madre.

—Sí, nos dejó bastante trastocadas durante un tiempo, pero entonces mi abuela conoció a alguien. Andrew, al menos así fue como dijo que se llamaba. Era encantador, educado y hacía que todo pareciera más alegre. Yo aprobé los exámenes y conseguí una plaza en la universidad. Tenía muchos planes de futuro…

Hizo una pausa para retomar fuerzas.

—Pero era todo un engaño. Le quitó todo el dinero a mi abuela, convenciéndola de que iba a invertírselo y a conseguirle grandes beneficios.

—Y desapareció —adivinó Sean.

En algún momento de la conversación, mientras Elle seguía explicándole por qué le costaba tanto confiar en los demás, Sean le había puesto el brazo alrededor de la cintura.

—Ella debió de darse cuenta bastante rápido, pero yo no me enteré de todo aquello hasta que un día abrí la puerta y un hombre me preguntó si yo era Lovage Amery —se apartó sólo un poco para mirarlo a los ojos—. Le dije que sí, igual que te dije a ti ayer, y de pronto me encontré con un sobre marrón en la mano.

Sean recordó que no había querido agarrar el que él había querido darle.

—¿Era una citación?

—La primera de muchas. La abuela nos había ocultado todo lo que nos reclamaban por los gastos de luz, agua, de las tarjetas de crédito, la mayoría de ellas las había pedido él utilizando el nombre de mi abuela…

Sean murmuró algo entre dientes al comprender lo que había sucedido!

—Le había falsificado la firma y le había quitado todo el dinero que aún no le había entregado ella.

—Al menos no perdisteis la casa.

—Sólo porque mi abuelo se la había dejado en usufructo, pero realmente nos pertenecía a nosotras, así que no podía perderla. Aunque ella muriera, no podríamos venderla hasta que Geli cumpliera los veintiún años. Ahora tiene dieciséis —añadió casi como si fuera un aviso de que no podría obtener dinero alguno de ella… y seguramente era comprensible—. Mi abuelo no la conoció porque mamá estaba embarazada de Sorrel cuando él murió. Pero a veces creo que comprendía a la abuela mucho mejor que ninguna de nosotras.

Capítulo 6

Todo el mundo tiene un precio. El mío es el helado. El diario de Rosie.

—Te pareces a tu abuelo.

—¿Yo? —Elle hizo una mueca—. Estoy seguro que lo has dicho con buena intención, pero si lo hubieras conocido, sabrías que no es ningún piropo.

—Lo que quería decir es que eres la responsable de todo. La que se encarga del dinero y cuida de todo y de todos.

Elle cerró los ojos, recordando el día en que se habían llevado los cuadros de la casa, las joyas de su bisabuela, porque las de su abuela ya se la había llevado Andrew, los muebles antiguos, la porcelana y la plata de la familia. Todo lo que tuviera algo de valor, con lo que habían podido saldar las deudas.

En realidad tenían suerte de haber tenido tantas cosas, pero no era eso lo que habían sentido entonces; cuando todo el mundo dejaba de hablar en el momento en que entraban en la oficina de correos para recoger la prestación que se les había concedido para la manutención de las niñas, ni cuando su abuela se había metido en la cama y había pasado días hablando sola, tapándose los oídos con los dedos y canturreando para no oír nada.

Aquella ayuda del estado era lo único que habían recibido hasta que Elle había renunciado a la plaza que tenía en la universidad y había empezado a trabajar en la cocina del Blue Bar. Era el único trabajo que había podido encontrar al que pudiera ir caminando desde casa porque no podían permitirse los billetes de autobús y, mucho menos, la gasolina del coche.

Ahora sabía que los servicios sociales la habrían ayudado, pero entonces no había querido siquiera consultar su caso por miedo a que creyeran que su abuela no estaba capacitada para hacerse cargo de las niñas y se hubieran llevado a Geli y a Sorrel.

—Yo no elegí hacerme cargo de todas esas responsabilidades, Sean.

—Lo sé —hizo una pausa antes de añadir—: Escucha, olvídate de todo esto —dijo y la apretó contra sí—. Yo me quedaré con *Rosie*

hasta que vuelva Basil y me encargaré de lo del sábado.

Elle se echó hacia atrás para mirarlo a la cara de frente.

—¿Estás diciendo que después de todo no me necesitas?

No, no era eso lo que estaba diciendo. El tenerla tan cerca le había hecho sentir la necesidad más básica, que no tenía nada que ver con vender helados y, si no la soltaba de inmediato, ella también se daría cuenta. Pero Sean sabía perfectamente que no era más que una necesidad temporal, una atracción fugaz. Ese era el único tipo de relaciones que él tenía con las mujeres.

Sintiera lo que sintiera su cuerpo, su cabeza sabía que Elle no era el tipo de mujer que mantendría una aventura sin ataduras, ni compromiso alguno. Y Sean no quería romperle el corazón después de todo lo que había sufrido ya en su corta vida.

—El que te necesita es Basil —dijo, distanciándose mentalmente de ella—. Pero tienes razón, ¿por qué habrías de hacer semejante favor a un hombre que no conoces? Un hombre que nunca ha hecho nada por ti.

—Es un misterio —dijo ella—. Tan inexplicable como que haya decidido pedirnos ayuda después de cuarenta años de silencio. ¿A ti se te ocurre alguna explicación?

—No —admitió Sean—. Pero no soy ningún especialista en el mundo de la familia.

—Yo tampoco. Lo único que sé es que, sea como sea la familia que se tiene, debemos cuidarla. Hay que quererlos y velar por ellos hagan lo que hagan.

Y ése era el motivo por el que Sean debía alejarse de ella cuanto antes. Nada más verla se había dado cuenta de la importancia que le daba a la familia, a todo lo que él, que no creía en nada ni en nadie, despreciaba.

—Igualita que tu abuelo —insistió mientras su cabeza le decía que apartara las manos de ella.

—Puede ser. ¿Qué tal va el bichito?

—Salió volando hace ya rato.

«Apártate de ella».

—¿Sí? —Elle sonrió—. Me alegro por él. Me ha ayudado a captar tu atención mientras te explicaba por qué me cuesta tanto confiar en los demás.

«Suéltala».

—Estaba pensando que el sábado podríamos servir helados rosas, con algún tipo de colorante natural —comentó ella de pronto.

—¿Quiere eso decir que te quedas a *Rosie*?

—Quiere decir que voy a ir al encargo del sábado. Se lo debo al Club del Lazo Rosa.

—Entonces me necesitas.

—Sólo necesito una lección rápida sobre el funcionamiento de la máquina —replicó con ese brillo pícaro que daba a entender que sabía que había traspasado la barrera que él había levantado de manera instintiva.

Sean seguía sin moverse, seguía abrazándola sin hacer caso a lo que le decía el sentido común. Y esa vez no perdió el tiempo preguntándose qué se encontraría si la besaba.

Tenía que descubrirlo.

Ella abrió los ojos de par en par cuando Sean se inclinó lentamente hasta rozarle la boca, dándole todo el tiempo del mundo para que pudiera decir que no, para que hiciera lo que él no había sido capaz de hacer y se echara atrás.

Abrió los labios como si fuera a decir algo, pero lo único que salió de ellos fue una especie de suspiro que hizo que su aliento se mezclara con el de él, embriagándolo como un buen champán. Estaba al borde del precipicio cuando el sonido de unos pasos los advirtió de que no estaban solos.

—¡Sigue aquí! —exclamó alguien.

—Geli…

Elle dio un salto atrás como si la hubieran sorprendido robando dinero del monedero de mamá.

—No os esperaba tan pronto —le dijo a su hermana.

—Es obvio —respondió la joven con el sarcasmo propio de la adolescencia.

Elle cerró la ventana de la camioneta y salió rápidamente para alejarse cuanto antes de la sensación. No sabía si enfadarse con su hermana por haber llegado en el momento en que estaba a punto de entrar en el paraíso o sentirse aliviada por que la hubiera salvado de cometer un tremendo error.

¿En qué estaba pensando? Ése era el problema, que no había pensado.

Lo cual confirmaba que era hija de su madre.

—Bueno, ¿vas a decirme por qué tenemos una camioneta de helados aparcada frente a casa? —le preguntó Geli antes de mirar a Sean—. ¿Y éste quién es?

Bajo tanta agresividad, Elle reconoció también el miedo de una muchacha que, a pesar de estar madurando, seguía siendo la niña que no había conocido a su padre y había perdido a su madre demasiado pronto.

Antes de que pudiera responder para tranquilizarla, apareció Sorrel acompañada de su abuela.

Elle contuvo la respiración por un momento, pero su abuela sonrió.

—¿Vamos a tomar helado? —preguntó la anciana—. Qué buena idea. ¿Puedo pedirlo con chocolate caliente?

Elle sintió la mirada sorprendida de Sean, al que sin duda le extrañaba que su abuela no lo hubiera reconocido. No conocía la capacidad que tenía para borrar todo aquello que prefería no recordar.

—Ahora no, abuela. Sean está ocupado y yo tengo que irme a trabajar.

—¿Sean?

—Sean McElroy —se presentó él mismo y luego se dirigió a sus hermanas—. Tú debes de ser Sorrel.

Sorrel miró a Elle con gesto de aprobación.

—Sí, soy Sorrel Amery y ésta es Geli.

A pesar de ser cinco años más joven que Elle, Sorrel tenía la habilidad, tan mortificante para Elle, de parecer la más adulta de las tres. Estaba estudiando Gestión de Empresas y tenía la firme intención de ser millonaria antes de cumplir los veinticinco, pero ya actuaba y vestía como si lo fuera.

—Mi nombre es Angélica —corrigió Geli, mirando con rabia a su hermana. Sólo utilizaba su nombre completo cuando estaba de muy mal humor—. Y ya nos conocemos.

—¿Qué tal ha estado la misa? —preguntó Elle antes de que la conversación derivara hacia algún tema que podía alterar a su abuela.

—El sermón se me estaba haciendo interminable, así que me fui a buscar a Sorrel al Blue Bar —explicó la anciana.

—¡Pero se suponía que estaba trabajando! —exclamó Elle,

tratando de mantener la calma.

—No la he interrumpido. Me he quedado allí sentada mientras ella bajaba cosas de *Internet*.

Elle resopló.

—Vais a conseguir que me despidan.

—Vamos, hermanita —dijo Sorrel con tono cansado—. Freddy sería incapaz de despedirte. Lo que quiere es arrancarte la ropa interior.

—¡No, no! —protestó Geli, tapándose los oídos—. Soy demasiado joven para imaginarme semejante escena.

—Tienes razón, Geli. No seas tan vulgar, Sorrel —la reprendió la abuela—. El señor Frederickson ha sido muy amable. Te tiene mucho cariño, Elle, y quiere convertirte en su ayudante.

—Lo sé, pero no puedo aceptar el trabajo —eso significaría quedarse sin las propinas—. A no ser que me ofreciera pagarme más por hora.

—No creo que vaya a hacerlo —opinó Sorrel.

—Vamos a tomar otro café —sugirió de pronto su abuela—. Había olvidado lo mucho que me gusta.

Por desgracia, Geli no siguió a su hermana y a su abuela.

—Freddy ha invitado a café y tarta a la abuela mientras trataba de sonsacarnos qué hacías en tu tiempo libre.

—Geli… —Elle trató de impedir que siguiera, pero no lo consiguió.

—Como se entere de que has estado coqueteando con el de los helados, ya puedes despedirte de tu trabajo.

—No seas tonta —dijo con evidente incomodidad—. ¿No ibas a salir con tus amigos?

—Sí, pero han decidido ir a una hamburguesería nueva. Qué asco.

—Geli… Angélica es vegetariana —explicó Elle, atreviéndose a mirar a Sean por primera vez.

—Bueno, voy a comer algo.

—No queda leche —le recordó Elle—. Ni pan.

—A mí no me eches la culpa —le dijo antes de echar a andar hacia el pueblo.

—¿Es siempre así? —le preguntó Sean en cuanto se quedaron de nuevo a solas.

—Más o menos —así eran sus días, excepto cuando aparecían tíos perdidos y un hombre guapísimo estaba a punto de besarla.

—Será mejor que me vaya —dijo Sean—. Ya te he ocasionado bastantes problemas, no quiero además que llegues tarde a trabajar por mi culpa.

—No hagas ni caso a lo que han dicho. Llevo siete años trabajando para Freddy.

—Entonces tiene mucha paciencia. Aunque supongo que entonces habrías sido demasiado joven para él. ¿Qué edad tiene? ¿Cuarenta o así?

Elle sintió que le ardían las mejillas.

—Freddy no está interesado en mí. Sorrel estaba bromeando.

—Si tú lo dices —respondió Sean como si no le importara—. Al final no te he enseñado cómo funciona la máquina de helados.

Pero había estado a punto de enseñarle muchas otras cosas. Sin embargo no parecía muy ansioso por continuar donde lo habían dejado… abrazados y a punto de besarse. Era mejor así, se dijo a sí misma. No podía perder la cabeza por el primer hombre que le aceleraba el corazón y el resto del cuerpo.

—Ahora no hay tiempo. Déjalo para el sábado —sugirió ella.

—¿El sábado?

—¿No te habías ofrecido a ayudarme? —le preguntó, confundida.

—¿Yo? —ahí estaba de nuevo esa sonrisa apenas perceptible.

—Después puedes volver a llevarte a *Rosie* y guardarla hasta que vuelva Basil —añadió, tratando de ser sensata.

Otra cosa que se había ofrecido a hacer antes de que ambos se hubieran olvidado de *Rosie*, del helado y de Basil…

—¡Ay, no! ¡La carta!

Sean debería haberse sentido aliviado al ver cómo Elle se alejaba corriendo hacia el interior de la casa para impedir que su abuela viera la carta de Basil. Había estado a punto de perder el control y caer en la tentación que suponían aquellos labios; se había visto en una situación en la que en cualquier otro momento habría salido huyendo.

—Hasta el sábado, entonces —dijo para sí mientras cerraba la puerta de la camioneta.

Intentó no pensar en la perspectiva de pasar la tarde encerrado

con Elle en un espacio tan reducido. En la lección que le había prometido. O en lo posesivo que le había parecido el gesto del jefe de Elle cuando le había tocado el brazo.

Elle se detuvo en seco al llegar a la cocina, donde encontró a Sorrel, de pie junto a la mesa, leyendo la cara de Basil.

—¿Dónde está la abuela? —le preguntó.

—Lavándose las manos y peinándose. Poniéndose guapa para «ese muchacho tan guapo de los helados» —añadió Sorrel, imitando a su abuela.

—No va a haber helado, al menos hoy. Sean se ha marchado.

—Qué lástima. Tenía la esperanza de que te hiciera caso alguien más atractivo que Freddy —bromeó su hermana.

—He cerrado con llave.

Elle sintió la presencia de Sean incluso antes de oír su voz. Quizá porque cambió la luz y sintió un escalofrío en la nuca.

—Vendré luego con un remolque para llevarme el coche —anunció mientras dejaba las llaves de *Rosie* sobre la mesa.

—Ah, sí, sí —Elle había olvidado por completo que se había ofrecido a llevar el coche al desguace—. Yo no voy a estar en casa, pero Sorrel… —allí estaría su bella hermana, la que tenía todo bajo control, excepto quizá su propia lengua— estará aquí si necesitas algo.

—Si me dejas la llave, no tendré que molestar a nadie.

—Claro —Elle se la dio de inmediato, con mucho cuidado de no tocarlo.

—No sé cuánto me darán por él.

—Me habían dicho que tendría que pagar para que se lo llevaran.

—Voy a hacer algunas llamadas, a ver qué hace falta hacer para venderlo —le explicó Sean.

—No es necesario que te tomes tantas molestias —aseguró ella.

—¿Quién va a querer comprar ese trasto viejo? —intervino Sorrel al mismo tiempo.

Sean levantó la mirada y respondió a su hermana:

—Te sorprendería saberlo —se hizo un incómodo silencio al que él mismo puso fin enseguida—. Si te parece bien, el sábado estaré

aquí a las once para explicártelo todo.

—Gracias.

—Dile a tu abuela que entonces podrá tomar todo el helado que quiera.

—Se va a alegrar mucho.

Sean asintió y salió de allí.

Elle se volvió hacia su hermana con horror.

—¿Lo habrá oído?

—¿Qué más da?

—Va a pensar que estoy desesperada.

—Es que lo estás. Si no tienes cuidado, acabarás con Freddy por pura frustración.

—Eso no…

—Lo único que digo es que deberías aprovechar la oportunidad mientras esté disponible —concluyó su hermana.

—No lo está —se limitó a decir, pensando en que había estado a punto de besarlo aun a sabiendas de que tenía novia. Debería darle las gracias a Geli por haber aparecido.

—Pero…

—Vamos a dejarlo ahí —declaró Elle con firmeza.

—Está bien, pero hace unos segundos se podía cortar la tensión con un cuchillo —insistió Sorrel hasta que vio la mirada de su hermana mayor—. Está bien. Háblame de este Basil.

Elle agradeció el cambio de tema y se dispuso a poner al día a su hermana de todo lo ocurrido.

—Voy a investigar un poco en *Internet*, a ver qué encuentro —dijo Sorrel, agarrando el sofisticado teléfono móvil de Basil.

—Deberías alejarte del Blue Bar durante un tiempo, no quiero que Freddy te ofrezca trabajo.

—Ya lo ha hecho. Le he dicho que lo pensaría, la verdad es que no me vendría mal un ordenador nuevo.

No. Sorrel debía concentrarse en los estudios.

—Veré qué puedo hacer —le prometió Elle. Quizá hubiera algo en el ático que pudiera vender—. Tú céntrate en la universidad y sácate la licenciatura. Cuando seas millonaria podrás dirigir tu negocio y la familia si quieres, pero ahora limítate a estudiar y suelta ese teléfono.

—Tengo dieciocho años, puedo tomar mis propias decisiones y

ser independiente.

—¿Cómo? ¡Si ni siquiera sabes planchar! —le recordó Elle.

—No creo que sea tan difícil.

Ambas se quedaron calladas y la cocina se llenó de tensión, de años de resentimientos acumulados, de todos los sueños y ambiciones a los que Elle había tenido que renunciar para mantener a la familia.

—No, no es tan difícil —admitió Elle y respiró hondo—. No lo entiendes. Sólo pretendo evitar que acabes…

—¿Como tú?

—Que acabes sin ningún tipo de formación —sin sueños. Una mujer que se limitaba a sobrevivir día a día.

—Elle… —Sorrel meneó la cabeza—. Yo jamás podría hacer lo que hiciste tú. Gracias a ti, Geli y yo no acabamos en algún centro de acogida y la abuela no acabó completamente loca. Pero puede que ahora debas descansar un poco.

—No necesito descansar —aseguró Elle con demasiado ímpetu —. Pero lo tendré en cuenta, si tú te olvidas de trabajar en el Blue Bar.

—Con este teléfono no tendría que volver a acercarme al Blue Bar… Por cierto, aquí hay mensajes para Basil. Sobre todo son de gente que le pide que los llame. Deberías hacerlo tú.

—¿Eso crees? —le preguntó sarcásticamente.

—Aquí hay otra cosa —dijo, con la mirada clavada en la pantalla del teléfono—. *Cambio de hora* —leyó—. *Necesito la camioneta el martes en Upper Haughton, ocho a.m. Confírmamelo. KS* —levantó la mirada—. ¿Qué crees que significa?

—No tengo la menor idea.

—Podría llamar y averiguarlo —se ofreció Sorrel.

—Si quieres ayudar, demuéstrame lo independiente que eres y prepara la comida para Geli y para la abuela —replicó Elle a la vez que le quitaba el teléfono.

Sean fue a buscar el coche viejo de Elle mientras ella estaba en el trabajo.

Geli estuvo vigilándolo desde la puerta, cruzada de brazos. Varios vecinos que pasaban por la calle, se quedaron mirando. Sean

apenas levantó la cabeza, pero se arrepintió de no haber ido en otro momento. Cuando estuviera Elle.

¿Qué mejor manera de pasar una tarde de domingo que haciendo helado? Quizá podría haberla invitado a dar un paseo junto al río después y a tomar algo en el pub del muelle. Y quizá podrían haber acabado el día con un beso.

—¿Quieres que meta a *Rosie* en el garaje? —le preguntó a Geli.

—¿Elle te pidió que lo hicieras?

—No.

La muchacha se encogió de hombros y se metió en casa.

Sean respiró hondo y pensó que ya quedaba poco para el sábado.

Capítulo 7

Si se te derrite el helado, es que estás comiendo muy despacio. El diario de Rosie.

El lunes era para Elle un día de sensaciones encontradas. Por una parte era su día libre, por lo que no tenía que pasarse horas de pie y sonriendo aunque no tuviera ningún motivo para hacerlo. El lado negativo era que se trataba del día que dedicaba a pagar facturas. Algo que no disfrutaba en absoluto, pero ya había visto lo que ocurría cuando uno huía de las responsabilidades y las iba postergando.

Sentada a la mesa del improvisado despacho que se había montado en un dormitorio de la casa que en otro tiempo había sido el de la doncella, podía imaginarse que aquéllas eran las cuentas de su propio negocio. Durante una hora a la semana, mientras repasaba la contabilidad, planeaba los menús para la semana y hacía la lista de la compra, desconectaba por completo del resto del mundo.

Aquel lunes, gracias a Basil, tenía más cosas de las que encargarse una vez que terminó con todo lo relativo a la casa. Debía leer los mensajes y cancelar los encargos. No había tiempo para soñar.

—¿Basil? —contestó una voz de hombre en la primera llamada a la que respondió—. ¿Dónde te has metido?

—No soy Basil. Me llamo Lovage Amery… —empezó explicando Elle— y estoy respondiendo a un mensaje que dejaron en su teléfono móvil. ¿Con quién hablo?

—Con Sutherland. De Sutherland Productions —respondió el hombre con impaciencia—. Dígale a Basil que necesito la camioneta el martes a las ocho en punto en Upper Haughton. Tenemos que filmar unas escenas exteriores y hay que aprovechar el buen tiempo.

—Lo siento, señor Sutherland. Basil ha tenido que ausentarse y no podrá acudir.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Quién es usted?

—Lovage Amery —dijo de nuevo.

—¿Y qué es, su esposa, su hija?

—Su sobrina —supuestamente.

—Veamos, Lovage, te lo voy a explicar en pocas palabras, tu tío firmó un contrato con mi productora. Incluso aceptó un adelanto.

—Pero él no está aquí —insistió Elle, tratando de no perder la calma.

—¿Se ha llevado la camioneta?

—No, pero…

—¿Cuál es el problema entonces? Lo que ha contratado la productora es la camioneta, un conductor y los helados. Así que asegúrate de que esté en Upper Haughton mañana a las ocho en punto de la mañana.

—Pero no lo entiende…

—No, guapa, eres tú la que no lo entiende. Si no está allí a esa hora, Basil tendrá que correr con todos los gastos que ocasione el tener que buscar otra camioneta que la sustituya.

Elle sintió que se le encogía el estómago.

—¿Gastos?

—El equipo de la película, los actores y, si cambia el tiempo…

¿Actores? ¿En qué demonios la había metido Basil?

—No se preocupe —se apresuró a decir—. Estaré allí.

—No llegue tarde.

Era la primera llamada y ya había tenido que aguantar que la amenazaran. Y que la llamaran «guapa».

Y aún quedaban decenas de mensajes.

Consiguió llegar al baño antes de vomitar, después se sentó en el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas y sin poder dejar de temblar.

—¿Elle…?

Levantó la mirada y, al ver el miedo reflejado en el rostro de su abuela, recuperó la compostura.

—Estoy bien, abuela.

—¿De verdad?

—Sí —aseguró al tiempo que se ponía en pie, e incluso consiguió sonreír—. Creo que me ha sentado mal algo que he comido. Pero ya estoy mejor.

Ahora sólo estaba enfadada, muy enfadada.

Enfadada con Sean, que la había hipnotizado con aquellos ojos azules. Consigo misma por haberse dejado cautivar y por haberse

puesto a darle explicaciones de por qué no confiaba en él, cuando tenía todo el derecho del mundo a dudar; de hecho debería haber confiado en su instinto en lugar de haber dejado que la compasión, o quizá el deseo, le ganara la batalla. Debía de ser una debilidad genética.

Estuvo casi una hora devolviendo llamadas y revisando la agenda de los siguientes dos meses. Una vez hubo terminado, se encontró con una lista de fechas, lugares y nombres de más de una docena de personas de las que Basil ya había recibido dinero, personas que habían contratado la camioneta. Había siete fiestas de cumpleaños, no todas infantiles, unas bodas de plata, una despedida de soltera, una fiesta de empresa, otra de jubilación y la productora de cine.

Muy divertido. Sobre todo porque iba a tener que arreglárselas para poder hacer todo aquello sin faltar a trabajar.

Basil lo había planeado todo. Había aceptado todos aquellos adelantos para pagar el billete de avión y había puesto la camioneta a nombre de ella o de su abuela. El caso era que, como siempre, Elle tendría que hacer frente a todo.

—¡Gracias, gracias, muchísimas gracias!

Sean estaba mirando unas propuestas cuando Ellen irrumpió en su despacho. Tenía las mejillas sonrojadas, el pelo alborotado y un brillo en los ojos que iluminó la habitación como si acabara de salir el sol en un día gris.

—Lovage… —dijo Sean, pues «Elle» le parecía demasiado blando para ella.

—No te atrevas a llamarme así. Soy Elle.

—Lo siento, Sean —Jess, la secretaria de la propiedad apareció detrás de Elle con cara de circunstancias, pero Sean le dijo que no pasaba nada y se marchó enseguida.

El arquitecto que le había llevado la propuesta se excusó tan pronto como pudo y los dejó a solas.

Sean se contuvo de sonreír para no hacerla enfadar aún más.

—¿Hay algún problema?

—Se podría llamar así. Tengo un productor de cine que amenaza con demandarme si no acudo mañana a un rodaje con la camioneta

cargada de helado. Parece ser que Basil no sólo firmó un contrato, también aceptó un adelanto.

Del rostro de Sean desapareció cualquier atisbo de sonrisa.

—Y no es el único —siguió diciendo mientras Sean le ofrecía una silla que parecía necesitar—. He estado casi toda la mañana respondiendo mensajes. Ha aceptado adelantos de más de una docena de clientes y todos ellos quieren que cumpla con el encargo o recuperar su dinero.

—No fuiste tú la que firmó esos contratos.

—No, pero ahora soy la propietaria oficial de la camioneta y no sé en qué situación legal me deja eso.

—¿Quieres que hable con ellos?

Elle meneó la cabeza.

—El primer encargo es el de la productora de cine y es demasiado tarde para que busquen otra camioneta, así que supongo que tendré que hacerlo.

—¿Y qué hay del resto?

—No tengo el dinero necesario para devolverles los adelantos —explicó—. La novia se echó a llorar por teléfono. Parece ser que en su primera cita, su prometido y ella se compraron unos helados y él le dio su lámina de chocolate. Dice que en ese momento supo que era el hombre de su vida.

—Seguramente a él no le gustaba el chocolate.

—¡Sean!

—Perdona.

—El caso es que ahora ella quiere regalarle la lámina de chocolate de su helado durante la boda. Es una sorpresa.

—Seguro que tú también lloraste cuando te contó todo eso.

—No… sí… eres tonto —Elle tuvo que parpadear porque estaba a punto de echarse a llorar de nuevo.

Sean le tomó las manos entre las suyas. Le parecieron increíblemente pequeñas y temblorosas. No era de extrañar después de todo lo que se le había venido encima de pronto.

Y, sin saberlo, Sean había contribuido a que así fuera. Quería demostrarle que no iba a dejar que se enfrentara sola a todo aquello.

—Es el día más importante de su vida —le dijo, aunque le costaba mucho entender lo que parecía sentir casi todo el mundo

respecto a las bodas—, y si quiere una camioneta de helados, la tendrá. Sólo tienes que decirme qué quieres que haga.

—Encontrar a Basil —levantó la mirada, tenía las pestañas mojadas por unas lágrimas que no había podido contener.

Sean le secó las lágrimas suavemente y dejó la mano en su mejilla unos segundos.

—Voy a hacer todo lo que pueda —prometió—, pero no sé si será posible. ¿Has averiguado lo que significan las siglas RSG?

—No, pero estaba pensando si no podría ser el nombre de algún casino o algo así.

—A mí se me había ocurrido algo parecido. Empiezo a comprender por qué tu abuelo hizo desaparecer de su vida a Basil.

—Mi abuelo ya no necesita tu comprensión. Yo, sin embargo, necesito que me enseñes a manejar la máquina de helados y no puedo esperar hasta el sábado.

—¿Por eso has venido? —¿no había ido a gritarle? ¿Sólo quería pedirle ayuda?

—Lo siento, pero es que tu número no aparece en la guía, por eso he tenido que venir directamente.

—Si lo incluí en el mensaje que te dejé en el Blue Bar.

—Lo he preguntado esta mañana, pero nadie sabía nada.

—Se lo di a… —en lugar de terminar, Sean meneó la cabeza.

—¿A quién?

—A tu jefe —había escrito una pequeña disculpa por haberle ocasionado problemas en el trabajo y su número de teléfono—. Seguramente pensó que intentaba ligar contigo.

—Seguramente —Elle se encogió de hombros—. Llevo tanto tiempo trabajando para él, que sigue pensando que soy una niña y que tiene que protegerme.

—¿Tú crees? Yo diría que es más bien lo que decía Sorrel.

—No —replicó ella demasiado rápido y con las mejillas ardiendo.

—Tú sabrás. Bueno, vámonos —dijo él de pronto y le tendió una mano para sacarla de allí.

Al salir del despacho, Elle le pidió perdón a la secretaria por haber irrumpido de ese modo.

—No se preocupe, seguro que tenía un buen motivo —le dijo Jess.

—He interrumpido una reunión, ¿verdad? —le preguntó a Sean.

—Jess tiene razón, tenías un buen motivo —aseguró él, pero ella frunció el ceño.

—Pensé que eras mecánico.

—Hago un poco de todo —respondió él con una evasiva.

Jess enarcó ambas cejas, pero no dijo nada.

—¿Has venido en *Rosie*?

—Me pareció lo mejor porque en la bici no llevo máquina de helados.

Era un alivio ver que el sarcasmo había sustituido a las lágrimas.

—No olvide que tiene una reunión con sir Henry a la una —le recordó su secretaria—. No creo que haya problema, le diré que ha habido una emergencia en otra parte de la finca.

—Dile la verdad, nada más —le ordenó Sean antes de salir de allí.

—¿Dónde vamos? —preguntó Elle mientras caminaban hacia la camioneta.

—A algún lugar donde no se forme cola en cuanto pongamos en marcha la máquina. ¿Quieres que conduzca yo?

En otras circunstancias, Elle habría preferido conducir, pero aún estaba temblando y lo cierto era que le había costado arrancar a *Rosie* y llevarla hasta allí. Había perdido mucho tiempo buscando a Sean en aquella enorme finca y eso la había puesto aún más nerviosa. Sin embargo en cuanto había visto la sonrisa de Sean al verla entrar en el despacho, como si realmente se hubiera alegrado de verla, Elle había recuperado la compostura de inmediato.

Y el modo en que había pronunciado su nombre. Era la única persona que la había llamado Lovage y, por un momento, había dejado de pensar.

Después se había comportado como una tonta. Se había derrumbado contándole lo ocurrido y se había echado a llorar como una niña.

Incluso ahora, junto a él, deseaba apoyarse en su fortaleza y dejar que, por una vez, alguien la ayudara a llevar la carga.

Pero todo aquello no era asunto de Sean; él sólo le había entregado a *Rosie*. Por mucho que le hubiera ofrecido ayuda, Elle tendría que organizarse para poder hacer frente a los encargos y acabar con todo aquello cuanto antes.

—¿Puedes marcharte así como así?

—No te preocupes, no van a despedirme si se enteran de que estoy con la chica de los helados —aseguró mientras se subía a la camioneta—. Conociendo a Henry, sólo querría venir a verte personalmente.

Rosie arrancó a la primera. No era de extrañar, seguro que Sean conseguía poner en marcha cualquier cosa con sólo tocarla. Incluso a ella misma.

Recorrieron los tranquilos caminos privados de la finca hasta llegar a un enorme y antiguo cobertizo transformado en una magnífica casa, de ésas que salían en las revistas de decoración. Se encontraba en medio de un campo de flores silvestres y sus enormes ventanales daban al río.

—Lo primero es lo primero, vamos a poner en marcha el generador con el que funcionan las luces, el congelador y la máquina de helados —anunció Sean enseguida.

Le enseñó a hacerlo y luego le pidió que lo hiciera ella. Elle no tuvo ningún problema, pero Sean no estaría a su lado al día siguiente cuando tuviera que hacerlo todo de verdad; debía escuchar atentamente sus explicaciones y tomar buena nota de todos los consejos que le diera.

Una vez llenaron la máquina, Sean le explicó que tardaba quince minutos en estar preparada para empezar a servir helados.

—El tiempo justo para tomar un café y comer algo.

Dicho eso, echó a andar hacia la casa y Elle lo siguió.

—¿Sándwich de queso y tomate? —le ofreció mientras ponía en marcha la cafetera.

A Elle le rugió el estómago con fuerza al oír aquello.

—Supongo que eso quiere decir que sí —dijo Sean con una enorme sonrisa en los labios.

Hacía horas que había desayunado y después había vomitado, por lo que seguramente la debilidad que sentía y esa tendencia a llorar no eran más que síntomas de que tenía hambre.

—¿Te ayudo? —le ofreció.

—Si quieres, extiende la mantequilla en el pan.

Eso hizo mientras él cortaba el queso.

—Tú has hecho esto antes —bromeó Sean al ver lo rápido que lo hacía.

—Sí, y también he servido alguna que otra cerveza.

—¿Y has tirado alguna que otra cesta de pan encima de un cliente?

—Hago un poco de todo —respondió ella en el mismo tono, y recordó el mensaje que le había dejado Sean y que Freddy no le había dado—. Pero sólo tiro comida encima si el cliente me resulta muy molesto.

—Lo tendré en cuenta —hizo una breve pausa mientras ponía el café en la cafetera—. ¿Qué ibas a estudiar en la universidad antes de que surgieran los problemas?

—Cocina —respondió Elle con una mueca—. Resulta irónico, ¿verdad?

—Más bien trágico. ¿Cuál era tu sueño? ¿Abrir tu propio restaurante? ¿Conseguir una estrella Michelin antes de los treinta?

—Madre mía. No, nada tan ambicioso.

Sean la observó unos segundos.

—No, no te iría en absoluto.

—Vaya, muchas gracias.

—Tú soñarías con algo más cálido, más acogedor…

—Si de verdad quieres saberlo —lo interrumpió—. Me imaginaba con un lugar tranquilo y elegante, con manteles de tela y un servicio atento y amable. Serviría café por la mañana, comidas sencillas, té con pastas, tartas y sándwiches.

—Todo un canto a la nostalgia.

—Sí, hay que tener cuidado con lo que se desea. *Rosie* sí que es un canto a la nostalgia.

—Ya sabes que a muchas personas hoy en día les encanta comprar mermeladas y conservas que parece que hubieran hecho sus abuelas, aunque tengan que pagar una fortuna por ellas.

Elle miró a la despensa y sólo vio frascos de supermercado.

—Está claro que tú no eres una de esas personas.

—Yo no tuve esa clase de abuela —se limitó a decir mientras ponía los sándwiches en los platos.

Elle lo observó detenidamente.

—Pareces muy comprensivo con los demás, Sean, pero tú no te muestras en absoluto. Ahora mismo no tengo la menor idea de lo que estás pensando.

Durante unos segundos, Sean se quedó mudo por la sorpresa,

pero no tardó en reaccionar.

—Claro que lo sabes. Estoy pensando que es hora de comer y que tengo hambre.

—Supongo que eso quiere decir que tengo razón —dijo agarrando los platos con los sándwiches mientras él llevaba la cafetera y unas tazas.

Después lo siguió hasta un porche con vistas al río, para lo cual atravesaron el salón. Era una estancia de belleza sencilla que no reflejaba absolutamente nada del hombre que vivía en la casa. No había fotografías, ni recuerdo alguno de viajes o de su familia.

Sean había mencionado la fiesta de cumpleaños de su familia, lo que quería decir que tenía algún hermano.

El sol del mediodía brillaba sobre el agua del río, junto a la orilla había dos butacas de madera lo bastante cerca la una de la otra para que dos personas se sentaran allí dadas de la mano, pero ellos las pasaron de largo y continuaron hacia un pequeño embarcadero.

Capítulo 8

Olvídate del amor. Yo prefiero perder la cabeza por el helado. El diario de Rosie.

La clave estaba en no hacer preguntas cuyas respuestas no quisiera escuchar. Era una lección que Sean había aprendido bien y que practicaba siempre. Se le daba bien tener relaciones superficiales, mantener alejada a la gente y no intentar nunca descubrir qué era lo que hacía palpitar a los demás.

Pero Elle se lo estaba poniendo difícil. Ella le contaba cosas que no quería saber, asuntos privados que se le colaban en rincones de la mente que llevaban mucho tiempo sin ocupar. Cosas que le removían por dentro, le quitaban las telarañas.

El día anterior se había alejado de ella con la intención de no volver a verla hasta el sábado; había llegado a convencerse de que en la fiesta estarían tan ocupados que no podrían hacer nada más que servir helados. Después ella se iría a trabajar y, después de dejarla en casa, Sean volvería con *Rosie*.

Pero ahora resultaba que *Rosie* no iba a volver con él y había vuelto a ver a Elle en poco más de veinticuatro horas.

Sean se había ido de Gable End con la intención de poner tiempo y distancia entre ellos, pero Elle se había marchado con él, se había hecho un hueco en su mente y había despertado su cuerpo de un modo imposible de ignorar. Había sido su recuerdo lo que lo había hecho despertar con las primeras luces de la mañana. Lo primero que había hecho había sido preguntarse qué estaría haciendo ella y qué se sentiría al darse la vuelta en la cama y encontrarla tumbada a su lado; el pelo extendido sobre la almohada, completamente relajada, con esa confianza que da el sentir la confianza con alguien como para dormir juntos. Por eso Sean nunca se quedaba a pasar la noche con ninguna mujer, porque se negaba a renunciar al control de sí mismo de tal modo.

Por eso había salido corriendo de la camioneta en cuanto habían puesto la máquina en marcha. Tenía demasiado fresco el recuerdo de su último encuentro en aquel reducido espacio. Y el deseo había sido demasiado intenso.

Pero ya se pasaría. Siempre lo hacía. Su padre y sus hermanos se lo demostraban cada cierto y tiempo con sus infidelidades y sus divorcios. Su familia no tenía demasiada capacidad de permanencia emocional.

Elle, por su parte, era un campo de minas emocional, algo que uno debía evitar y, si eso no era posible, había que actuar con la máxima precaución.

Se sentó junto a ella en el embarcadero del río. Elle se quitó los zapatos y levantó la cara hacia el cielo para disfrutar del sol. Sean la miró y supo que aquella imagen lo perseguiría y lo atormentaría durante días.

—Esto es precioso —comentó ella—. No es como esperaba.

Sean no le preguntó qué había esperado.

—¿Tú pescas?

—No, aquí sólo pesca el martín pescador —así, tenía que limitarse a hablar de cosas prácticas.

—Nunca he visto un martín pescador.

—Hay que estar muy quieto y no hacer ruido, preferiblemente sentado en la hierba —de pronto apareció en su mente la imagen de ellos dos tumbados sobre la hierba acariciándose y después… besándose.

¡No! Sólo tenía que responder a sus preguntas con sencillez.

—¿Entonces para qué está el embarcadero y esa barca de remos? —siguió preguntándole ella.

Afortunadamente, Sean pudo aferrarse a esa inofensiva conversación.

—El embarcadero se hizo para transportar cereales y madera por el río hasta Melchester. En cuanto a la barca, la utilizo para ir a observar a los animales, sobre todo a las nutrias.

—¿Aquí hay nutrias? —le preguntó Elle con gesto emocionado.

Sean optó por darle un mordisco al sándwich que habían preparado juntos para no decir ninguna tontería, como caer en la tentación de invitarla a pasar la tarde con él u ofrecerse a mostrarle las nutrias y algún martín pescador.

Elle rugió de placer al morder también su sándwich. No ocultaba nada, decía todo lo que se le pasaba por la cabeza su rostro delataba todos y cada uno de sus pensamientos. Algo que cada vez atraía más a Sean y le provocaba más preguntas.

—El queso está delicioso.

—Lo hacemos aquí —dijo él y al ver su gesto de incomprensión, le dio más detalles—. Mi trabajo consiste en conseguir que la finca sea autosostenible, para lo cual tenemos que desarrollar algunos negocios. Nuestros productos lácteos se venden en muchas tiendas de Londres.

En ese momento se acercó a ellos toda una familia de patos.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Elle—. Y parece que te conocen.

—De niño encontré un día un patito que se había quedado atrapado en una bolsa de práctico y decidí encargarme de limpiar la basura que pudiera llegar al río, para evitar que volviera a ocurrir algo semejante.

—No me extraña que mamá pato te quiera tanto.

—En realidad lo que quiere es el pan.

—Amor por interés.

—¿Hay alguno que no lo sea?

—¿Tú no lo sabes? —le preguntó ella suavemente.

—¿Quieres dar un paseo por la orilla? —le sugirió Sean, pues necesitaba hacer algo para huir de toda aquella emoción. No esperó a que le respondiera, sino que se puso en pie y le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

Ella la aceptó y Sean no se la soltó mientras caminaban.

—Está claro que te gusta mucho todo esto. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en la finca?

Por eso era tan peligroso hablar. Era como tirar una piedra en un estanque; la superficie apenas se movía, pero las ondas que provocaba eran imparables.

—Nací aquí —admitió.

—Qué maravilla crecer con tanta libertad.

—Supongo que sí —en realidad a nadie le había importado nunca lo que hiciera, siempre y cuando no ocasionara problemas. Ni molestara a los faisanes. Debería haber sido una infancia idílica.

De nada le había servido tratar de ser cauto.

—El difunto baronet tuvo una aventura con una secretaria de su oficina de Londres —explicó. Mejor contárselo personalmente antes de que se enterara por otra persona—. La instaló en una de las casitas de campo que hay en los límites de la propiedad.

—Comprendo —no fue necesario decírselo más abiertamente.

Elle no mostró morbo alguno, ni tampoco mostró demasiada sorpresa ante el hecho de que Sean fuera hijo de un baronet, aunque fuera ilegítimo—. ¿Y su esposa no puso ninguna objeción?

—Prefirió quedarse en Londres y esperar a que a él se le pasara el capricho, seguramente por eso mi madre lo cazó con el embarazo.

—Vamos, Sean. ¿Tienes la certeza de que fuera así?

—Me lo imagino.

—Fue una historia de amor y a veces los bebés llegan por sorpresa. Lo digo por experiencia. Tu madre decidió seguir adelante con el embarazo y tenerte.

—Por supuesto era su mejor baza.

—Eres muy cínico.

—Y tú muy romántica. Sir Henry nunca habría dejado a la hija de un conde por una mecanógrafa —dijo con agrio sarcasmo.

Elle no dijo nada, sólo le sujetó la mano con un poco más de fuerza.

Aquel gesto de empatía provocó en Sean una cálida sensación que hizo que por un momento se olvidara de seguir con la historia.

—Sir Henry dejó que mi madre se quedara con la casita y le asignó una mensualidad para mi manutención. Aquello fue cuando las amantes abandonadas aún no iban de inmediato a vender la historia a algún periódico.

—¿Sigue viva?

—No. Murió en un accidente de tráfico cuando yo tenía diez años.

—Dios mío, Sean… —esa vez se inclinó sobre él y a Sen le pareció normal pasarle el brazo por la cintura—. Háblame de ella.

Nunca nadie le había pedido que hablara de su madre. Nada más morir ella habían retirado todas sus cosas, habían limpiado la casa y en unos días cualquiera habría dicho que nunca había existido.

—No fue una mujer feliz.

—No me extraña. Debió de ser horrible para ella. ¿Por qué no se marchó con su familia?

—No todas las familias son como la tuya. La rechazaron por sus pecados… a ella y a mí.

—En estos momentos mi familia no me parece tan maravillosa

—comentó ella—. ¿Y qué hay de tu padre?
—Después de haberse salido con la suya la primera vez, pensó que tenía carta blanca para ser infiel, pero su esposa no fue tan comprensiva la segunda vez, así que poco después él se vio libre para volver a casarse. Tuvo tres hijos más con la segunda y la tercera esposa antes de romperse el cuello en un accidente de caza.
—Una familia muy grande —dijo y casi parecía que le diera envidia.
—En realidad no se parece mucho a una familia —matizó él—. En el colegio del pueblo al que fui, los niños del pueblo me pegaban por ser un «niño bien». Después de la muerte de mi madre, me mandaron a un internado, donde mis hermanos consiguieron que todo el mundo me tratara como si fuera invisible —le contó en un tono neutro.
—Los niños pueden ser muy crueles. ¿Dónde vivías cuando no estabas en el colegio? Supongo que no con la familia.
—Los adultos sólo venían en Navidad y para la época de caza. En vacaciones dejaban aquí a los niños con las niñeras, pero yo vivía con el administrador de la finca. Era un buen hombre. Siempre alimentó el interés que yo sentía por los animales y mi animó a que estudiara para ser administrador.
—Siempre fuera de lugar —dijo Elle como si estuviera hablando consigo misma, más que con él, como si acabara de encontrar la respuesta a alguna pregunta que se había estado haciendo—. ¿Y ahora? ¿Diriges la finca?
—Sí. Este lugar nunca me falla, nunca me defrauda.
—Y tú lo cuidas para una familia que nunca te dio el amor que merecías —dijo, señalando lo raro que era que se hubiese quedado allí.
—Ellos no son los dueños, Elle. Es un bien vinculado, está en fideicomiso para la próxima generación. Ellos vienen unas semanas al año, pero yo vivo aquí siempre. Dirijo el lugar, tomo las decisiones, impulso proyectos para que sea más solvente, y Henry, mi medio hermano y actual baronet, tiene que firmarlos antes de que se pongan en marcha.
—¿Por eso viene hoy? ¿Para dar el visto bueno a tus ideas?
Era como si Elle pudiera ver su interior con sólo mirarlo.
—Al menos pude hacerme con mi casa en propiedad. Como

vivía con el administrador me enteré de que esta parte del terreno no era parte de los bienes vinculados y, en cuanto tuve oportunidad, lo compré.

—¿Y a tus hermanos no les sentó mal?

—Aparentemente, no. Están demasiado ocupados con sus negocios y casándose y divorciándose una y otra vez.

—Es una lástima. Un lugar como éste necesita personas que le den vida.

—Creo que Henry lo vendería de inmediato si pudiera hacerlo. Yo debo encargarme de que no les ocasione ningún gasto.

—¿Y lo del matrimonio?

—Eso no es para mí, Elle. He visto demasiados fracasos y el daño que les hace a los niños. No pienso entrar en esa locura —le advirtió.

—¿Tu novia sabe lo que piensas?

—¿Mi novia? Supongo que te refieres a Charlotte.

—Si es la rubia que habría pedido que me echaran del trabajo, sí.

Sean esbozó una sonrisa.

—Charlotte no es mi novia, sólo es una amiga con la que me acuesto de vez en cuando. Pero después de cómo se comportó el sábado, ni siquiera es eso.

—¿Una amiga? ¿O una compañera de cama?

Sean la miró y tuvo la sensación de que se lo preguntaba por algo más que simple curiosidad. Eso le gustó.

—Nunca tengo lo uno sin lo otro —dijo, mirándola a los ojos—. Mis amigas no suelen ponerse como fieras con alguien que no puede defenderse.

—¿Te refieres a mí? —le preguntó después de un momento de duda.

—¿A quién si no? —de pronto la situación se hizo demasiado intensa, demasiado importante—. Si llego a saber que Freddy jamás te despediría —añadió con una sonrisa pícara.

—Muy gracioso —dijo ella entonces y se apartó de él para volver a recoger las tazas y los platos—. Vamos, tienes que enseñarme a hacer el helado perfecto.

Sean sintió un frío repentino en el lugar donde antes había estado ella, su calor, y por un momento deseó olvidarse de Henry y

del helado y poder pasar la tarde con ella.

No era necesario hablar cuando uno se dejaba llevar por la corriente y dejaba que lo empujara hasta la orilla, donde se podría olvidar de todo excepto de la mujer que tendría entre sus brazos.

—Aprendes rápido —le dijo Sean cuando por fin consiguió que un helado quedara con forma de helado en lugar de parecer un montón deforme—. Después del primer intento pensé que íbamos a tener que utilizar todo el depósito de la máquina.

—¿Para cuántos helados da el depósito? —le preguntó mientras se permitía el capricho de probar el helado que acababa de servir.

—Unos veinte por envase, creo.

—Gracias por el voto de confianza. Ya sé que tú eres un experto.

—No tanto, pero mi sobrina y sus amigas me obligaron a servir muchos. Créeme, después tuve que tomarme un whisky para descansar. Fue agotador.

Elle empezaba a conocer a Sean McElroy y estaba segura de que había sido un encanto con aquellas niñas. Un hombre capaz de limpiar de basura el río para proteger a los patos debía de ser un tío magnífico, y también sería un buen padre, si se atreviera.

Aunque no con Charlotte. Había hecho bien en librarse de ella.

Elle se reprendió de inmediato por pensar eso. Al fin y al cabo, aquella mujer sólo había luchado por lo que consideraba suyo, como habría hecho cualquiera. Pero la rubia no era la mujer apropiada para él.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Sean.

—Estaba pensando en ti. Y en las chicas.

—No digas que no te advertí del peligro —dijo, pensando que se refería a las niñas.

—Si quieres, puedes venir conmigo y decirme que ya me habías advertido.

—Conténtate con tenerme el sábado.

—¿El sábado? Pero…

—¿Qué?

—Nada.

El propósito de que la acompañara el sábado era enseñarle a utilizar la máquina, pero ya lo había hecho, y tampoco tenía que

llevarse a *Rosie* de vuelta.

—Ya no tienes por qué venir —le dijo con total sinceridad—. A menos que quieras —añadió, aun sabiendo que era ridículo, que nadie elegiría pasar una tarde de sábado sirviendo helados.

—No te gusta nada aceptar la ayuda de los demás, ¿verdad?

—¿A mí? No…

—Vamos, Elle. Tú lo haces todo: llevas la casa, trabajas para mantener a todo el mundo. Ni siquiera quieres que tu hermana acepte un trabajo a media jornada.

—Tiene que concentrarse en los estudios y hacer algo con su vida.

—¿Por qué tú no pudiste hacerlo? —al ver que no respondía, Sean siguió hablando—: A lo mejor deberías pararte a pensar qué vas a hacer cuando tus hermanas se vayan de casa —le puso la mano bajo la barbilla y le levantó la cara para que lo mirara—. ¿Y qué pasa con tus sueños, Elle?

Elle tragó saliva. Teniéndolo tan cerca sólo se le ocurría un sueño y no tenía nada que ver con helados.

—Ya pensaré en eso cuando terminen la universidad las dos.

—Muy bien —dijo él y se retiró unos centímetros—. Conviértete en una mártir si es lo que quieres, pero piensa que Geli tiene la edad que tenías tú cuando te hiciste responsable de toda la familia.

—¿Me estás diciendo que yo ya he hecho lo mío y que ahora debería echárselo todo encima a ella?

—No —hizo una pausa y meneó la cabeza—. Olvídalo, no me hagas caso. Te acompañaré el sábado, está decidido. Ahora sólo necesitas un poco de práctica real.

—¿Tú no tienes una reunión?

—Puedes servir helados mientras yo acudo a la reunión, después volveremos aquí y acabaremos la lección.

No le dio oportunidad de protestar, ni de preguntarle a qué lección exactamente se refería. En un abrir y cerrar de ojos se había sentado al volante y se dirigía hacia el edificio principal de la finca, el que estaba abierto para las visitas del público.

—Es hora de que te metas en ambiente.

—¿Entonces puedo hacer que suene la música?

—Primero tengo que enseñarte cómo hacerlo —agarró una palanca que había en la puerta del conductor—. Primero tienes que

girar esto para dar cuerda y luego apretar aquí.

Elle miró a la puerta y pensó que tendría que echarse encima de Sean, tendría que acercarse peligrosamente a aquellos muslos.

—No llego —dijo con cobardía—. Sería peligroso hacerlo desde aquí mientras conduces.

La respuesta de Sean fue salirse del camino y parar la camioneta.

—Ya no estoy conduciendo.

—Pero sigue estando…

Elle se calló de inmediato cuando Sean la agarró por la cintura y la acercó hacia así.

—¿Mejor así o necesitas estar más cerca?

—¡Si me acercas más, acabaré encima de ti! —respondió ella, riendo con cierto nerviosismo.

Cuando quiso darse cuenta, Sean le había pasado la mano por debajo de las piernas y la había acercado un poco más. Elle trató de no pensar en que tenía la mejilla apoyada sobre su pecho, podía sentir el calor de su cuerpo y los latidos de su corazón.

—¿Quieres intentarlo?

—¿El qué? ¡La música! —exclamó y se habría ruborizado, si no hubiera tenido ya todo el cuerpo ardiendo.

Estiró el brazo y movió la palanca hasta que empezaron a sonar las primeras notas de Greensleeves. Pero la música acabó demasiado pronto.

—¿Otra vez? —le preguntó y ella se echó a reír.

De pronto se dio cuenta de que su boca estaba muy cerca y sintió el aroma de su piel. Alargó la mano para acariciarle una cicatriz que tenía sobre la ceja izquierda.

—¿Cómo te hiciste esto?

—No lo recuerdo. A lo mejor cuando me caí de un árbol, o con la bici. Aún me duele un poco —añadió, mirándola a los labios—. Por si quieres darme un beso para que se me cure.

Elle no titubeó. Sólo tuvo que inclinar la cara unos milímetros para que sus labios se encontraran. Quizá él fue a su encuentro. No sabía, ni le importaba. Sólo sabía que quería más.

¿Sería eso lo que había sentido su madre? ¿Ese deseo que le invadía el cuerpo y hacía que sintiera un hormigueo en los pechos? Un deseo que hacía que se sintiera poderosa…

—Ahora me acuerdo —dijo él y su voz grave la hizo vibrar—.

Fue en el árbol. También me rompí la clavícula.

—¿Aquí?

Sintió que se le cortaba la respiración al ponerle la mano bajo el cuello de la camisa y sentir el hueso. Bajó la cara y le besó ahí.

—También me rompí un par de costillas y me hice una magulladura horrible…

Capítulo 9

Un mundo sin helado de fresa es un mundo sin verano. El diario de Rosie.

Unos golpecitos en el cristal de la ventana devolvieron a Elle de golpe a la realidad. Le hicieron falta unos segundos para desenredarse y volver a su asiento, acalorada, despeinada y nerviosa, mientras Sean bajaba la ventanilla.

—¿Henry? —dijo Sean con aparente calma.

—Siento interrumpirte, es evidente que estás muy ocupado. Pero no tengo mucho tiempo.

—Un segundo, enseguida estamos contigo.

Sean, no parecía estar avergonzado, ni siquiera incómodo, llevó la camioneta hasta el aparcamiento del personal y la dejó de manera que la ventana por la que se atendía a los clientes quedara mirando hacia el edificio principal.

Enseguida aparcó también un cuatro por cuatro de color plata, del que salió Henry, que era tan parecido a Sean que no podía ser otra cosa que su hermano.

—¿Qué hace aquí esta camioneta? —preguntó Henry en cuando se bajó Sean.

Elle aprovechó a aquellos segundos para darse aire y recuperar el aliento.

—Un acto benéfico. Elle te sirve un helado y tú le das una donación para el Club del Lazo Rosa.

—¡Claro! —Henry se echó a reír antes de ofrecerle la mano a Elle—. Soy Henry Haughton.

—Elle —tuvo que aclararse la garganta—. Elle Amery. Encantada.

—¿Amery? —repitió y miró a Sean.

—Es la sobrina nieta de Basil —le explicó—. Está sustituyéndolo.

—Me parece estupendo.

—No creo que siga pesando lo mismo cuando vea lo mal que sirvo los helados —dijo Elle al tiempo que se ponía un delantal blanco impoluto.

—¿Qué te ponemos? ¿Un cornete de vainilla con todos los

extras?

—Me parece que los extras ya te los has llevado tú —bromeó Henry con sonrisa maliciosa—. Creo que voy a dejar el helado para otro momento, pero aquí tienes mi contribución a la causa.

Elle miró boquiabierta el billete. ¿Cincuenta libras?

—Muchísimas gracias, sir Henry. Es muy generoso por su parte.

—Llámame Henry. Las novias de Sean son…

—Las novias de Sean —lo interrumpió Sean tajantemente.

Henry se encogió de hombros sin el menor arrepentimiento.

—Tenía que probar. ¿Vamos, Sean?

Sean asintió y luego miró a Elle.

—¿Te quedas bien aquí? —le preguntó, caminando ya hacia el edificio donde se encontraba su despacho.

—Perfectamente —aseguró ella.

—Si tienes cualquier problema… haz sonar la música.

Novia…

No, Henry había creído algo que no podía ser porque Sean no tenía novias; sólo amigas con las que se acostaba.

Como si hubiera oído sus pensamientos, Sean se dio media vuelta en ese instante, la miró y esbozó una sonrisa con la que parecía decirle que sabía lo que estaba pensando, que él estaba pensando lo mismo. El corazón le dio un vuelco, pero no fue la única parte de su cuerpo que reaccionó a esa sonrisa.

Sorrel le había dicho que estaba desesperada, quizá tuviera razón. Pero Freddy jamás podría despertar esa reacción en su cuerpo.

Jamás.

—Una chica muy guapa —comentó Henry mientras se encaminaban al despacho—. Y muy bien… dotada.

—Ni te acerques —dijo Sean sin pensar.

Su hermano enarcó una ceja.

—No te pega ser tan posesivo.

—Prefiero advertirte antes de que se te ocurra alguna idea. ¿Qué tal las cosas en casa? —le preguntó deliberadamente.

Henry sonrió.

—No hay mucha diversión. Hattie está embarazada.

Sean necesitó unos segundos para reaccionar.

—Felicidades. No sabía que tuvierais intención de tener un segundo hijo.

—Ha sido idea de Hattie. Ya sabes, las segundas esposas —añadió, como si con eso lo dijera todo, pero estaba sonriendo. Había confirmado su potencia sexual.

—¿Se encuentra bien?

—Con náuseas matutinas mañana, tarde y noche. Pero ya ha pasado el primer trimestre, así que puedo dar la noticia.

—Debe de estar muy contenta.

—Entusiasmada, cuando no está vomitando. Pero va a haber algunos cambios; voy a trabajar menos en la ciudad y a pasar más tiempo aquí.

—¡Vaya! ¿Algún problema?

—El negocio bancario no es lo que era, pero voy a recibir una cuantiosa gratificación y voy a vender la casa de Londres para comprar un apartamento.

—Veo que lo tienes todo planeado. A la casa le hará bien que haya una familia. Me he fijado en que al público le gusta ver estas casas históricas habitadas.

—Hattie sugirió que podríamos celebrar bodas. Le dije que hablara contigo. Y Olivia también tenía algún plan —dijo Henry.

—Algo hablamos de ello.

—Ha roto con ese idiota con el que está casada. No quería que te lo contara; tenía miedo de que la juzgaras, así que podrías ser un poco comprensivo con ella.

¿Que la juzgara? ¿Eso era lo que hacía? Se preguntó Sean con horror.

—Sólo tienes que darle algo en qué entretenerse y pronto perderá el interés —le sugirió su hermano.

—Terapia ocupacional.

—Exacto. ¿Puedo confiar en ti?

Sean miró por la ventana y vio que había empezado a acercarse gente a la camioneta. Vio a Elle riéndose mientras le daba un helado al agrimensor; parecía completamente relajada, pero era lógico porque estaba acostumbrada a tratar con el público.

Sean sabía perfectamente qué le diría si estuviera a su lado en ese momento. Que las medio hermanas también eran parte de la

familia, por lo que había que cuidarlas y protegerlas.

Eso era lo que había hecho ella siempre; hacerse responsable de todos, renunciar a sus sueños e incluso a la posibilidad de formar su propia familia porque no había muchos hombres capaces de aceptar semejante carga. Dos adolescentes problemáticas y una abuela sin demasiada conciencia sobre la realidad. Él, por el contrario, llevaba toda la vida manteniendo a distancia a su familia, viendo cómo rompían sus matrimonios y sintiéndose superior.

Era cierto que fracasaban a menudo, pero al menos no habían tenido miedo a correr el riesgo.

¿No sería él el que se estaba equivocando?

—Supongo que no hay ninguna posibilidad de que vayas a sentar la cabeza pronto —dijo entonces Henry—. Me ha parecido que la chica de los helados y tú estabais muy unidos —miró por la ventana, hacia donde estaba Elle—. No debe de estar mal encontrarse con esa sonrisa al llegar a casa. Claro que tampoco tiene nada de malo darse un revolcón de vez en cuando. ¿Dónde está Amery, por cierto?

—Ha tenido que marcharse y ha dejado a Elle para que lo sustituya. Yo he estado enseñándole cómo funciona todo.

—Por lo que visto, le estás enseñando mucho.

—Cuidado con lo que dices, Henry.

Su hermano sonrió, satisfecho con la reacción de Sean.

—Recuérdale que Basil siempre participa en la feria que se celebra a final de mes.

—No creo que… —empezó a decir Sean, pero luego pensó que quizá figurara ya en la agenda de *Rosie*—. Dime una cosa, Henry, ¿te dicen algo las siglas RSG?

Henry lo pensó unos segundos.

—Quizá una sociedad de algo.

—No lo creo.

—Míralo en *Internet*.

—¿Qué tal te ha ido?

En el rostro de Elle se dibujó una enorme sonrisa.

—He servido catorce helados con una forma más o menos correcta. Catorce clientes satisfechos que, junto a la contribución de

tu hermano han dejado un total de ciento veinte libras para el Club del Lazo Rosa.

Sean sonrió también.

—¿No había dicho yo que aprendías rápido?

—Los trabajadores de Haughton Manor son muy generosos.

Explicó con aquella enorme sonrisa de satisfacción y Sean sintió el deseo de estrecharla entre sus brazos. Estaba emocionada y no ocultaba nada. Su hermano tenía razón, sería una maravilla llegar a casa y encontrarse con esa sonrisa.

—Acuérdate de descontar los gastos —le advirtió mientras hacía un esfuerzo por no hacer lo que realmente deseaba.

Se había convencido a sí mismo de que se mantenía a distancia para protegerla a ella, pero en realidad sus motivos no eran tan nobles. Sería él el que acabaría dolido si las cosas no salían bien.

Tenía que ser práctico.

—Tendrás que rellenar la máquina y poner combustible a la camioneta —le explicó mientras se sentaba al volante—. Estás dedicando mucho tiempo y nadie espera que lo hagas gratis. Además, tampoco puedes permitírtelo.

—Supongo que tienes razón —reconoció finalmente.

—Sólo tienes que apuntar todos los gastos para después justificarlos.

—Estoy acostumbrada a llevar la contabilidad al día —dijo con desánimo, pero enseguida recobró el buen humor—. Me ha gustado tu hermano.

—Suele pasarles a las mujeres, quizá por eso se divorció de él su primera esposa —a pesar de su cinismo, debía reconocer que Henry había sido muy generoso—. Le has pillado en un buen día. Su segunda mujer está embarazada.

Elle frunció el ceño.

—¿No te parece bien?

—No es asunto mío —iba a tener que esforzarse más en ser más humano y comprensivo para que la alarma de la empatía de Elle no saltara a cada momento.

Su nacimiento no había provocado ninguna alegría y, al ver la sombra que planeaba sobre el rostro de Elle, supo que estaba pensando en ese padre al que había buscado año tras año en la feria de Longbourne.

Sean nunca había sentido muy cerca a su padre, pero al menos había hecho frente a su responsabilidad.

—La mala noticia es que Olivia, otra de mis hermanas, se ha separado de su marido —dijo para cambiar de tema.

—Lo siento.

—Era su segundó matrimonio. Mi familia tiene bastante afición al matrimonio.

—Y tú eres la excepción.

Sean la miró a los ojos.

—Eso es lo que suele decir Henry —de pronto temió haber dicho demasiado, por eso volvió a cambiar de tema—. Por cierto, me ha recordado que Basil tenía que llevar a *Rosie* a la feria que celebramos el último fin de semana de mayo. ¿Has visto si estaba en la agenda?

—No.

—Supongo que pensaba que yo te lo diría.

Entonces fue ella la que lo miró a los ojos.

—¿Por qué? Yo soy familia suya, pero… ¿por qué ibas a tomarte tú tantas molestias?

Sean ya se había planteado esa misma pregunta. ¿Por qué lo habría metido Basil en todo aquello? Apenas eran algo más que conocidos, alguna vez se habían tomado una cerveza juntos, pero nada que hiciera pensar que podía pedirle algo así.

—Quizá pensó que era hora de que lo hiciera.

—¿El qué, tomarte molestias?

Implicarse en algo, sí. Para no terminar como Basil, viejo y solo.

—¿Le has explicado la situación a tu hermano?

—Vas a ganar un montón de dinero —le dijo, evitando su pregunta porque no le había explicado nada. Quería que Elle estuviese allí aquellos días, quería tenerla lo bastante cerca para poder levantar la vista y verla en aquel lugar que consideraba su casa. Que ella lo mirara y sonriera al verlo.

—Yo no voy a ganar nada, será Basil —replicó ella.

—Vuelve a leer la carta. Basil ha dejado la camioneta a tu nombre y deja bien claro que lo que ganes con ella te pertenece. La ha dejado bien provista, quizá con el dinero que recibió en concepto de adelanto.

—¿Estás diciendo que utilizó el dinero para dejarlo todo listo

para que yo pusiera en marcha el negocio?

—Él no solía hacer más que uno o dos trabajos al mes. No habría necesitado tanto material.

Elle frunció el ceño.

—Pero…

—Para Basil esto era una afición, no un negocio, y rechazaba más encargos de los que aceptaba. Sin embargo hay muchas cosas reservadas para los próximos dos meses.

—Y yo pensé que había aceptado el dinero y había salido corriendo con él —admitió Elle con culpabilidad.

—No parece que sea así.

—¿Entonces por qué no dejó más información sobre los clientes? ¿Por qué no explicó mejor lo que estaba haciendo?

—No lo sé, pero me da la sensación de que sabe más de ti de lo que crees. Quizá pensó que ya era hora de que salieras del Blue Bar y persiguieras tu sueño.

—Te prometo que nunca soñé con dedicarme a vender helados.

—No es eso lo que vas a hacer. Vas a trabajar con una productora de cine, con una empresa y una boda.

—Sí, y una fiesta de jubilación.

—No son las típicas fiestas infantiles —hizo una pausa antes de añadir—: No sólo vas a vender helados, Elle. Tienes un negocio de eventos sociales.

Ella abrió la boca para protestar, pero después volvió a cerrarla.

—¿Dónde está, Sean? ¿Qué es RSG? Empiezo a estar preocupada por él.

Sean le agarró la mano para consolarla y lo hizo de manera instintiva, pero lo cierto era que empezaba a sospechar que aquello era un juego de Basil para volver a hacerse un sitio en su familia sin romper la promesa que había hecho.

Upper Haughton era un pequeño pueblo muy pintoresco que Elle llegó a conocer bien en todas las horas que pasó allí con *Rosie* mientras se grababa lo que resultó ser una serie de televisión.

Y habría sido divertido ver el rodaje si no hubiera sido porque debería haber estado en el Blue Bar a las doce y ya eran y media. Ni siquiera había podido llamar a Freddy para avisarlo de que iba a

llegar tarde porque le habían quitado el teléfono nada más llegar al rodaje.

Había tenido que enseñar a uno de los actores a servir los helados con la máquina e incluso había tenido que conducir la camioneta por el pueblo sin que se le viera la cara, para que en cámara pareciera que era él el que iba al volante.

Y cuando por fin podría haber escapado, la agarró un periodista del *Country Chronicle* que quería entrevistarla. Elle dio por hecho que todos los demás estaban muy ocupados, pero por lo visto no era así. Aquel periódico local estaba haciendo un reportaje sobre el rodaje y les interesaba dar protagonismo a los negocios de la zona que estuviesen participando de un modo u otro, y así aprovechar la serie de televisión para dar publicidad a la zona. Después de hablar un rato con él tuvo que responder también a las preguntas de una periodista de un canal de televisión local.

Después de las dos entrevistas apareció por fin la ayudante de producción y le devolvió el teléfono junto a un papel.

—Muchas gracias, Elle, siento que hayamos tardado tanto, pero lo has hecho muy bien.

—Gracias —Elle miró el papel—. ¿Qué es esto?

—El plan de rodaje para los próximos días. Te he marcado los días que vamos a necesitar a *Rosie*.

—¿El resto de días? —Elle miró la lista y vio marcados por lo menos media docena de días—. Pensé que esto sería una sola vez.

—No. El dueño de la camioneta de helados es uno de los protagonistas de la serie.

Elle sintió el deseo de comenzar a gritar y pedir ayuda.

—*Rosie* es parte del reparto —le dijo la mujer, como si fuera algo de lo que debía alegrarse—. Pero vas a ver que te hace publicidad al negocio. Bueno, aquí tienes tu dinero —anunció a continuación.

Cuando estaba a punto de decirle a aquella mujer que no necesitaba publicidad y que no pensaba volver, Elle vio la cantidad que figuraba en el sobre. Trescientas libras por un solo día de trabajo.

Tragó saliva.

—Gracias —consiguió decir con la boca seca—. Aquí estaré el próximo día.

Capítulo 10

Escribe «comer helado» en tu lista de quehaceres para hoy y habrá por lo menos una cosa que consigas cumplir. El diario de Rosie.

Sean era incapaz de concentrarse. Lo único que podía hacer era pensar en Elle. Lo relajada que parecía con los pies descalzos, colgando del embarcadero y la cara levantada hacia el sol. El gesto de concentración mientras intentaba llenar el primer cucurucho de helado. El rubor de sus mejillas cuando se había inclinado sobre él para poner la música. Y cuando se habían besado.

Debería estarle agradecido a su hermano por haberlos interrumpido en ese momento; quién sabía qué habría pasado de no haberlo hecho porque el calor que habían generado entre ambos podría haber derretido todo el helado.

Por suerte no había nada como hablar un rato con Henry para recordarle por qué nunca tenía relaciones serias con nadie. En cualquier caso, Elle no tenía tiempo, necesitaba volver a Longbourne para estar en casa cuando volvieran sus hermanas. Otra buena razón para no perder la cabeza.

No era su tipo de chica. No era libre para coquetear, para quedarse o marcharse cuando quisiera. Sin embargo esa mañana, mientras tendría que haber estado pensando en la ampliación del edificio de la lechería, sólo podía pensar en si estaría bien sola con *Rosie*. En lo suaves que eran sus labios. En cómo le había acariciado el cuello y había seguido la forma de su clavícula con la yema de los dedos.

Era como si hubiera invadido su cabeza, apoderándose de todos sus pensamientos como ninguna otra mujer lo había hecho jamás.

Agarró el teléfono para llamar a Olivia y pedirle que fuera a Haughton Manor a hablar de los planes que tenía para el establo. Cualquier cosa con tal de apartar la cabeza de Elle. Pero de pronto se encontró marcando el número de Elle.

Saltó el contestador directamente y, en lugar de colgar, Sean se quedó escuchando su voz. Imaginó su rostro invitándole a dejar un mensaje y recordó el sabor de sus labios al pasarle la lengua por ellos, la inmediata excitación que le había provocado.

—Elle… —no había pensado dejar ningún mensaje, pero se le escapó su nombre sin darse cuenta—. Sólo quería comprobar que todo ha ido bien esta mañana. Estoy haciendo todo lo que puedo para localizar a Basil —tampoco entonces colgó—. Nos vemos el sábado.

Qué lástima. Cualquier adolescente lo habría hecho mejor.

—¿Qué hay de cena? —preguntó Geli nada más entrar en casa.

Elle levantó la mirada con horror, pues no imaginaba que fuera tan tarde. No se había tomado muy en serio lo que le había dicho Sean del negocio de eventos sociales, pero al llegar a casa el día anterior se había puesto a revisar lo que había en la camioneta y había encontrado una carpeta con los documentos de Basil.

No había demasiado. Algunas facturas, recibos de proveedores, una tarjeta de compra de un supermercado. No había tenido demasiado tiempo de mirarlo, así que se había puesto a ello nada más volver del rodaje. Antes había llamado a Freddy para disculparse por no haber ido a trabajar y le había dicho que tenía una crisis familiar. Al fin y al cabo Basil era de su familia y había desaparecido, sin duda podía considerarse una crisis. Su jefe le había dicho que se tomara todo el tiempo que necesitara. Se había quedado tan preocupado que seguramente Elle debería haberse sentido culpable, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Sean, entre otras.

Le había pedido su número de teléfono por si sabía algo de Basil, pero Elle no esperaba que fuera a llamarla sólo para ver qué tal iba todo. Le habría encantado llamarlo y contarle que lo del rodaje no era un contrato de un solo día, pero el modo en que se había despedido hasta el sábado daba a entender que no esperaba que le devolviera la llamada, así que Elle hizo un esfuerzo por dejar de pensar en él y en el beso…

Se negó a recordar la sensación de felicidad que había experimentado sentada junto a él en el embarcadero, oyéndole hablar de su familia. Intentó olvidarse de cómo la había estrechado en sus brazos.

Lo más importante en ese momento era que cabía la posibilidad de poder poner en marcha su propio negocio. Pero antes debían

encontrar a Basil y averiguar hasta qué punto le había traspasado la propiedad de *Rosie*.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó Sorrel al ver el papel en el que Elle había estado escribiendo posibles nombres para su negocio.

—Estoy muerta de hambre. ¿Qué hay de cena? —insistió Geli.

—Abre una lata de judías —respondió Elle, distraída.

—Estos nombres son para *Rosie*, ¿verdad? —adivinó Sorrel.

—¿No irás a dedicarte a vender helados? —quiso saber Geli, mostrando su horror.

—No, a organizar eventos sociales. Ya tengo algunos encargos.

Geli meneó la cabeza, pero Sorrel se sentó junto a ella y puso su ordenador portátil encima de la mesa.

—Hay mucho mercado para este tipo de cosas —aseguró su hermana.

—¿Dónde está el abrelatas?

—¡Por el amor de Dios! Está en el mismo sitio de siempre, llevamos quince años guardándolo en el mismo cajón.

Quizá Sean tuviera razón, quizá hacía demasiado por ellas. A la edad de Geli, ella llegaba de estudiar y preparaba la cena para todo el mundo.

—¿Qué clase de encargos? —le preguntó Sorrel.

—De lo más variado —le explicó uno por uno los trabajos que tenía para las siguientes semanas—. Pero lo más sorprendente es que *Rosie* es uno de los personajes de una serie de televisión que se está rodando en Upper Haughton. Esta mañana me han hecho una entrevista para el *Country Chronicle*.

—¿Qué? —eso sí atrajo la atención de Geli, que como a cualquier otra adolescente, le impresionaba mucho todo lo que tuviera que ver con el mundo del espectáculo.

—Estupendo —dijo Sorrel—. Podemos utilizarlo en la página *web* —hizo una breve pausa—. Y creo que también deberíamos crear un blog. El diario de *Rosie* —anunció con entusiasmo—. Es hora de que tus conocimientos de informática sirvan de algo, Geli.

—¿Gratis? —preguntó la hermana menor de inmediato.

—No, te pagaremos —respondió Sorrel antes de que Elle pudiera impedírselo—. Tendrás que llevar la cuenta de las horas que trabajas. Tendrás que diseñar también las tarjetas de visita y las facturas. Algo sencillo…

—Muy bien, pero no puedo trabajar con el estómago vacío —les recordó hábilmente Geli.

—Habrá que darse de alta para declarar el IVA —siguió diciendo Sorrel sin hacer el menor caso a su hermana—. Esto es perfecto para mi proyecto. Poner en marcha un pequeño negocio —entonces miró a su hermana mayor con una sonrisa picara—. ¿Supongo que te habrás dado cuenta de que necesitamos una conexión de ADSL?

—¿Qué? —Elle miró a sus dos hermanas—. ¿Qué es esto? ¿Sólo me ayudáis si os conviene? Gracias, muchísimas gracias —se puso en pie—. Voy a deciros una cosa, es mi negocio y si tengo que pagar a alguien, contrataré a un profesional, alguien que sepa abrir una lata de judías.

Se hizo un silencio ensordecedor y, de pronto, Elle recordó la voz de Sean diciéndole: «No te gusta nada aceptar la ayuda de los demás, ¿verdad?».

Elle lo había negado, pero era cierto. No confiaba en nadie y no era sólo con respecto al dinero, sino a todo. Ya fuera la compra, cocinar o limpiar, si no lo hacía ella, no estaría bien. Llevaba años haciéndolo todo, pero era culpa suya que sus hermanas no ayudaran en nada. Quizá había querido compensarlas por haber perdido a su madre. Había querido ser perfecta.

Pero también ella había perdido a su madre. Una madre cariñosa y divertida pero no perfecta. Ni siquiera ella habría hecho todo eso; no las había sobreprotegido de ese modo.

—Ya está —anunció Geli en cuanto abrió la lata—. ¿Abro otra y hago tostadas con judías para todos?

—Buena idea —respondió Sorrel—. Y enciende la tetera. Creo que a todos nos vendrá bien un té.

Elle no sabía si esconderse en un rincón o echarse a reír.

—¿Creéis que me vais a comprar con unas tostadas y un té? —dijo, haciéndose la dura.

—Por algo se empieza —dijo Sorrel—. Y ahora háblanos del negocio y dinos en qué podemos ayudarte.

—La verdad es que ibas muy bien —admitió Elle—. Justo estaba pensando que iba a necesitar una página web, pero lo del blog es muy buena idea, sobre todo con lo del rodaje.

—¿Qué ropa te vas a poner? —le preguntó Sorrel.

—Pues la serie está ambientada en los sesenta, así que se me

había ocurrido buscar aquel baúl con ropa de la abuela, ¿os acordáis?

—¡Genial! Habrá que lavarla, yo me encargo —se ofreció Sorrel.

En ese momento se abrió la puerta y apareció su abuela, que se había quedado dormida en el salón, viendo alguna película.

—Elle —dijo, sorprendida—. Estás aquí.

—Llevo aquí toda la tarde, abuela.

—Pero… también estás ahí —miró hacia el salón—. En la televisión, hablando con una periodista.

Salieron todas corriendo al salón, pero cuando llegaron ya estaban dando otra noticia. Estaba a punto de explicárselo todo a su abuela para sacarla de su confusión cuando sonó el teléfono.

Sorrel contestó de inmediato.

—Ah, hola, señora Gilbert. ¿Sí, en la tele? Vaya… ¿Para el cumpleaños de su nieta? Me temo que Elle no está en estos momentos —mintió con total calma—. Le diré que mire su agenda y la llamará mañana a primera hora. Gracias a usted —colgó y se volvió hacia Elle—. Era la señora Gilbert, dice que la señora Fisher le ha hablado sobre *Rosie*…

—Cómo no —murmuró Geli.

—… y que después te ha visto en la tele. Habría hecho la reserva, pero no sé si *Rosie* está disponible ese día, ni cuánto se cobra.

—¿Qué edad tiene la nieta? —preguntó Elle.

—Bien pensado y también debería haberle preguntado cuántos niños van a ser. Vamos a tener que hacer una lista de precios —decidió Sorrel.

—Creo que puedo hacerla ahora mismo, tengo todos los documentos de Basil.

—¿Quién es Basil? —preguntó Geli.

—Basil… —su abuela se apoyó en el respaldo de un sillón, pero, mientras Elle y Sorrel intercambiaban una mirada de desesperación, ella recuperó las fuerzas necesarias para responder a Geli—. Basil es el hermano del abuelo. Tu tío abuelo —entonces sí dejó que Elle la ayudara a sentarse en el sillón.

—Pero si el abuelo no tenía ningún hermano —protestó Geli.

—Sí, tenía uno. No se parecían en nada. Bernard era ingeniero, capitán del equipo de rugby… el tipo de hombre con el que quiere

dejarse ver cualquier chica. Basil era un par de años más joven, un artista y un poco payaso, pero las chicas también lo adoraban. Era muy fácil estar con él —meneó la cabeza con tristeza—. Pero era todo mentira, todo ese buen humor y sus payasadas. Un día lo encontré junto a la laguna, reuniendo el valor para acabar con todo. Qué tonto.

—¿Por qué quería hacerlo? —le preguntó Sorrel.

Elle la reprendió con la mirada, pero su abuela estaba en otro mundo, recordando el pasado.

—Había estado saliendo con una chica de Lower Haughton, pero sólo para poder estar cerca de su hermano. Sabía que era gay y estaba aterrado.

—Eso es horrible —dijo Sorrel.

—La ley había cambiado, pero la mentalidad de la gente no. No soportaba la idea de que se enteraran sus padres. Y Bernard… que era su héroe.

—¿Qué pasó? ¿Dónde ha estado todos estos años? —preguntó Geli.

—Yo desvelé su secreto porque la chica con la que había estado saliendo era mi mejor amiga. Estaba muy enamorada de él y yo no quería que le hiciera daño —les confesó su abuela.

—¿Tú se lo dijiste?

—Estaba loca por él y yo no podía soportarlo, así que le dije a Basil que le contara la verdad si no quería que lo hiciera yo. Bernard oyó la conversación. Nos había seguido porque pensaba que había algo entre Basil y yo. A veces pienso que sólo se casó conmigo para que el secreto no saliera a la luz.

—¿Entonces siguió siendo un secreto?

—Basil habló con su padre y éste le dijo que tenía que marcharse. Que no volviera jamás, ni tratara de ponerse en contacto con su familia nunca más. Le dio mucho dinero, pero aquello no estuvo bien. Si su madre hubiera estado viva, no habría permitido que ocurriera algo así. Creo que Bernard nunca se perdonó a sí mismo. Ni a mí.

—Dios, abuela —murmuró Elle con profunda tristeza.

La anciana la miró.

—Yo sólo intentaba ayudar.

—Lo sé.

Ahora comprendía muchas cosas, pensó Elle mientras abrazaba a su abuela. Tenía que encontrar a Basil y conseguir que volviera a casa.

—¡Las judías! —gritó de pronto Geli.

Algo más tarde, después de ventilar toda la casa hasta hacer desaparecer el olor a judías quemadas, Elle se retiró a su dormitorio para llamar a Sean.

—¿Elle? ¿Has tenido algún problema?

—No —dijo ella de inmediato. No podía haber ningún problema estando tumbada sobre la cama y escuchando su voz—. Tengo noticias. ¿Estás sentado? Es una larga historia.

Sean escuchó atentamente mientras Elle lo ponía al corriente de los secretos de la familia.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó al final.

—Me da mucha tristeza por ellos, pero eso explica por qué mi abuelo era como era.

—La vida es muy complicada.

—Sí, pero lo más curioso es que desde que nos lo ha contado, la abuela parece más… más centrada, como si hubiera vuelto a la realidad.

—Ha debido de sentarle muy bien quitarse de encima el peso de la culpa que lleva arrastrando tantos años. Ya os dijo el médico que olvidaba las cosas a las que no podía hacer frente, ¿no?

A Elle le sorprendió que se acordara.

—Puede ser. El caso es que ahora más que nunca es urgente que encontremos a Basil y consigamos que vuelva.

—¿Quieres que registre la casa? La otra vez que entré no miré a fondo —hizo una pausa antes de proponerle—: Podrías venir mañana y entramos juntos. Y después podríamos ir a dar otro paseo por el río, para dar de comer a los patos.

—Me encantaría —dijo y luego pensó que quizá se había mostrado demasiado entusiasta—. Ya has hecho mucho por mí.

—Pero no puedes faltar al trabajo —adivinó en un tono que sonaba a decepción—. Freddy debe de echarte de menos.

—*Rosie* no me permite dejar el trabajo, Sean. Al menos por ahora. Y tengo facturas que pagar.

—Lo sé. Déjamelo a mí y no te preocupes por nada —zanjó el asunto y luego le preguntó por la experiencia en el rodaje y las entrevistas.

Elle le contó todo lo ocurrido y le hizo reír cuando le dijo que el protagonista era muy guapo, pero no muy listo, porque no había habido manera de enseñarle a servir un buen helado.

—Pero lo mejor de todo ha sido descubrir cuánto iban a pagarme —admitió al final.

—¿Entonces empiezas a tomarte en serio lo que te dije?

—Desde luego —dijo sin dudarlo. Era tan fácil hablar con él que, cuando quiso darse cuenta, estaba contándole sus planes para *Rosie*.

—Acuérdate de traer tarjetas para el sábado y dime si necesitas que haga algo.

—He dejado a mis hermanas diseñándolas. Eres muy amable, Sean, pero si quiero que esto funcione, tendré que aprender a arreglármelas —hizo una pausa—. No es que no acepte tu ayuda, ya he aceptado la de mis hermanas. Estoy aprendiendo a confiar en otra gente.

—¿En mí, por ejemplo? —le preguntó él—. ¿Confías en mí?

Elle se quedó tan sorprendida, que no supo qué responder.

—Haces bien en dudar.

—¿De qué estamos hablando exactamente?

—Lo del dinero ya lo hemos resuelto —le recordó Sean.

Elle abrió la boca y luego volvió a cerrarla. El corazón estaba a punto de escapársele del pecho.

—¿Entonces?

Sean no respondió.

—Estoy segura de que un hombre tan empeñado en huir del compromiso como tú practicará sexo seguro.

—El sexo nunca es seguro. Los sentimientos siempre hacen que sea peligroso.

¿Acaso estaba diciéndole que, si bien los hombres podían huir del compromiso, las mujeres siempre acababan pasándolo mal?

—En la vida no hay nada seguro Sean. Mi madre murió muy joven, pero vivió al máximo. A mi edad ya había tenido amantes, tres hijas —quizá había sufrido desengaños, pero también había sido feliz.

—Tú no eres como ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú necesitas una relación estable, con un hombre que te considere el centro de su vida.

—Mi abuelo era así y por nada del mundo querría el tipo de vida que tuvo mi abuela con él. En cualquier caso —cambió de tono porque él ya había dejado muy claro que no quería compromisos y había dado por hecho que ella no podía vivir sin ellos—, quiero hacer las cosas bien y no puedo poner en marcha un negocio dependiendo de favores de amigos.

—Está bien, pero si surge algo urgente, cuenta conmigo.

—Te lo prometo. Pero sigo queriendo que cuides de *Rosie* el sábado. Y no a cambio de helado para tus numerosos sobrinos y sus fiestas de cumpleaños.

—En realidad estaba pensando en algo más… personal. Pronto es mi cumpleaños.

—Ah… —Elle sintió un escalofrío y un repentino calor entre los muslos que la hizo hablar sin pararse a pensar—. Bueno, si ésas son tus condiciones, tendré que encargarme de cumplirlas.

—¿Ves lo fácil que es?

No podía verlo, pero sabía que estaba sonriendo.

—Pero yo elijo la manera de servirlo —siguió diciendo como si él no hubiera hablado—. Dónde poner la nata.

—Elle… —Sean había dejado de sonreír.

—Dónde añadir un poco de chocolate caliente —sintió un murmullo al otro lado del teléfono que le confirmó que Sean estaba en la misma sintonía que ella.

—Un momento, señorita Amery, ¿vamos a practicar sexo por teléfono? —preguntó y su voz sonó tan cálida y dulce como el chocolate que había mencionado ella.

—¡Elle! —llegó el grito de Geli desde el piso de abajo—. Necesito que veas lo que hemos hecho.

Elle suspiró.

—Me parece que con mi familia, es lo único que vamos a poder hacer.

—Te olvidas de mi cumpleaños.

—No —no creía que pudiera olvidar aquella conversación. Jamás—. ¿Cuándo es? Lo apuntaré para reservar la tarde.

—Te dejo que elijas —le dijo él—. Cuando tengas una tarde o

una noche libre, llámame.

—¡Elle! —Geli irrumpió en la habitación—. Ah, ¿estabas dormida?

—Es posible —murmuró ella al tiempo que escondía el teléfono bajo la almohada—. Dame un minuto y enseguida bajo.

Se lavó la cara con agua fría, pero iba a necesitar algo más. Estaba tan excitada que cualquiera habría dicho que Sean había estado con ella en la habitación, tumbado a su lado, acariciándola, desnudándola. Necesitaba una ducha fría que la devolviera a la realidad.

Capítulo 11

A los seis o a los sesenta, duele mucho que se te caiga el helado al suelo. El diario de Rosie.

Sean se quitó la camiseta, los vaqueros y se tiró desnudo al río.

El agua estaba helada, pero no fue fácil apagar el fuego que Elle había encendido. Su hermano tenía razón. Lovage Amery tenía una sonrisa que uno querría encontrar al llegar a casa y una voz capaz de llegar a una parte de él que ni siquiera sabía que existía. Le daba miedo analizarlo por si descubría que lo había soñado.

Después de todo lo que la vida le había hecho pasar, Elle seguía aceptando las complicaciones que conllevaban los sentimientos. Y lo hacía sin condiciones, sin peros…

Sin miedo.

Seguramente lo había heredado de su madre. Él, sin embargo, era todo lo contrario; había dado un paso atrás porque no quería romperle el corazón, pero estaba claro que se había equivocado con ella. Parecía que estaba dispuesta a poner en peligro su corazón sin pensárselo dos veces, en lugar de protegerse como un avaro, como hacía él.

Estaba dispuesta a irse con él a la cama si él lo deseaba. Y Sean no tenía la menor duda de que lo deseaba.

Pero ¿para siempre?

¿Cómo podría saberlo y estar seguro de ello? ¿Acaso era eso lo que Elle quería decirle, que nunca se podía estar seguro, pero que merecía la pena arriesgarse de todos modos?

Dejó de luchar contra la corriente y se dejó arrastrar hasta el embarcadero, donde descubrió que no estaba solo.

—No creo que bañarte en el río te vaya a curar el resfriado —le dijo Charlotte—. De todas maneras, te he traído miel y limón.

—Nunca te habría imaginado en el papel de enfermera —respondió Sean al tiempo que salía del agua.

—Me has descubierto. Pero los dos sabemos que ese resfriado tan repentino tampoco era muy auténtico —al ver que Sean no decía nada, siguió hablando—. He venido a disculparme por comportarme como una bruja.

—Entonces has venido al sitio equivocado. No soy yo el que podría haber perdido el trabajo, sino Elle.

—Elle… —repitió Charlotte como si hubiera descubierto algo en el modo en que Sean había pronunciado su nombre—. Si tiene algún problema con su jefe, será por coquetear contigo.

—Tú también coqueteas siempre con los camareros —contraatacó Sean.

—Puede ser, pero nunca los miro como la mirabas tú a ella.

No pudo decir nada al respecto porque era cierto. Charlotte coqueteaba por naturaleza, mientras que él sólo lo hacía cuando sentía un interés especial y Lovage Amery había despertado su interés desde el mismo instante en que le había abierto la puerta de su casa.

—Oliver Franklin me ha pedido que cene con él —anunció entonces Charlotte al ver que Sean no respondía a sus ataques—. Le dije que lo llamaría.

—Hazlo. Llevas mucho tiempo haciéndolo esperar —la expresión de su rostro la delató—. Vamos, Charlotte, tú nunca te quedarías conmigo. No tengo dinero, ni un título.

—Y supongo que la camarera sí lo haría —parecía dolida, pero no lo negó—. Es hora de madurar, de dar el siguiente paso. ¿Es eso lo que te ha pasado, Sean?

No sabía lo que le había pasado, sólo que el tipo de relación que había tenido con Charlotte ya no le bastaba.

—Mándame una invitación para la boda —le dijo antes de acercarse a darle un beso en la mejilla.

Ella se estremeció.

—No creo —dijo—. Es duro, ¿verdad?

—¿El qué, crecer?

—Enamorarse. Pero tienes razón, eres una maravilla en la cama, pero no estás hecho para casarte.

No esperó a que respondiera, se dio media vuelta y se fue.

No era cierto, pensó Sean mientras miraba al cielo. Enamorarse no era duro. Comparado con el esfuerzo que suponía no enamorarse, enamorarse era muy sencillo. Sólo había que bajar la guardia un momento y el amor se colaba con la facilidad con la que se derretía el helado en un día de verano. Bastaba una sonrisa, una caricia o un beso para derribar hasta las murallas más sólidas. Y así,

sin previo aviso y sin poder hacer nada por remediarlo, uno acababa enamorado.

Después de lo excitado que lo había dejado la conversación telefónica, Charlotte habría sido un regalo del cielo. Una semana antes no lo habría dudado. Una semana antes su vida era mucho más sencilla.

Ahora sólo una mujer con la que deseara acostarse y no sólo eso, también deseaba despertarse con ella. Quería abrir los ojos y verla despertarse y sonreír.

Pero ¿para siempre?

Estaba claro que algo había cambiado, lo que no sabía era a donde lo llevaba ese cambio.

Elle apenas podía controlar los latidos de su corazón mientras esperaba que Sean entrara el sábado. Después de haberlo visto llegar por la ventana del salón.

Habían convertido la habitación en el cuartel general de Scoop!, nombre que habían elegido para el negocio, haciendo referencia a la cuchara con la que se servían los helados. Entre otras cosas, estaba el perchero con la ropa antigua que habían bajado del desván, de entre la que Elle había elegido un vestido rosa oscuro para la fiesta del Club del Lazo Rosa. Se había recogido el pelo con un moño clásico y se había pintado los labios y las uñas a juego con el vestido.

En cuanto vio entrar a Sean, Elle supo que había hablado con alguna de sus hermanas porque llevaba una camiseta negra en la que ponía Scoop! con las mismas letras que habían elegido para el negocio. No podía ser una coincidencia.

—Te han mandado los diseños —dijo Elle con voz rara, pues no sabía bien cómo comportarse después de la intimidad de la llamada de teléfono.

No habían vuelto a hablar desde entonces, sólo había recibido un mensaje de texto en el que Sean le decía que no había encontrado nada en casa de Basil y ella le había dado las gracias con otro mensaje. Era como si hubieran estado a punto de lanzarse por un precipicio y ahora se encontraran al borde sin saber hacia dónde avanzar.

—Estás impresionante, Elle.

—He elegido algo para ir un poco distinta —admitió con incomodidad. Quizá era eso, que con aquella ropa y tanto maquillaje no se sentía ella misma.

—He visto la página de *Internet* el *blog ¿El diario de Rosie?* Me parece que *Rosie* habla como tú —dijo Sean con una sonrisa en los labios.

Aquella sonrisa la ayudó a relajarse un poco. Deseaba preguntarle cómo hablaba ella y si le gustaba. Deseaba que la abrazara y la besara. Quizá si se dejaban llevar por el deseo que sentían, luego todo fuera más sencillo.

—No sé si tomármelo como un cumplido.

—¿No? A Jess le encantó, y también a Olivia.

—¿Tu hermana, la que acaba de separarse?

—Sí, se le ha ocurrido que podríamos poner talleres de artesanos en los viejos establos. Necesita estar ocupada.

—¿Y le has dejado meter mano en tu finca?

—Pensé qué habrías hecho tú en mi lugar.

—Eso sí es un cumplido.

Sean le agarró una mano y le besó los dedos.

—¿De dónde ha salido toda esta ropa?

—Del desván —respondió Elle, agradecida de poder hablar de algo superficial—. Era de mi abuela. ¿Qué te parece?

—Que los hombres que haya en la fiesta van a creer que están en el cielo —la miró un segundo a los ojos y luego dijo—: Deberíamos irnos.

No hizo falta decir nada más para que Elle saliera prácticamente volando de allí. Sean se quedó unos segundos tratando de recuperar la calma que había perdido nada más verla con aquel vestido. Había sido sólo un instante, pero por un momento había tenido la sensación de que Elle flotaba al verlo. Claro que quizá había sido su percepción, influida por la necesidad que había sentido de acercarse y tocarla, en un gesto íntimo propio de dos amantes.

Pero no eran amantes, sólo se habían besado una vez. ¿Entonces por qué sentía más intimidad con ella de la que había sentido nunca con ninguna mujer? Era una intimidad que no tenía nada que ver con el sexo; tenía la sensación de conocerla profundamente y la necesidad de volver a ella una y otra vez a pesar del miedo que

sentía.

Era una mujer increíble. Inteligente y fuerte. Capaz de enfrentarse a todo y a todos para salir adelante y proteger a su familia.

—¡Sean!

Sean sonrió al oírla llamarlo desde la puerta. Ya era hora de que alguien la cuidara y la valorara como se merecía. Quizá no pudiera darle el tipo de compromiso que también merecía, pero al menos podría darle eso.

La encontró en la cocina, con la tetera de estilo retro que le había llevado.

—¿Qué es esto?

—Una tetera —respondió él.

Sus ojos se encontraron durante unos segundos y Sean la desafió a rechazar el regalo.

—Gracias —dijo y bajó la mirada—. Sorrel va a venir con nosotros para aprender cómo funciona todo.

Su hermana levantó la mirada. Estaba claro que Sorrel no sabía que fuera a acompañarlos.

—¿Sólo Sorrel? —preguntó Sean, que en el fondo agradecía que fueran a estar acompañados, una carabina evitaría que ocurriera nada—. ¿Y tú, Angélica? ¿No estás deseando aprender a servir el helado perfecto?

—Estoy ocupada con el *blog* —dijo la adolescente sin apartar la mirada del ordenador—. Estoy poniendo algunas de las frases que escribió Basil sobre el helado de encabezamiento de cada página.

—Buena idea —dijo Sean.

Elle no pudo evitar observarlo detenidamente mientras él se inclinaba sobre la pantalla del ordenador.

—«Todo el mundo tiene un precio. El mío es el helado» —leyó Sean en voz alta y enarcó una ceja—. ¿Eso lo escribió Basil?

—Debía de estar pensando en ti —dijo Elle y como recompensa recibió una de sus magníficas sonrisas que hacían que le temblaran las piernas.

Aquello le recordó a Sean que tenía algo para Elle.

—He vendido tu coche —anunció y le dio un cheque—. Sé que no es mucho.

Elle miró el cheque y luego a él otra vez.

—¿Que no es mucho?

—Podría haber sacado más si hubiera tenido tiempo de hacerle algunos arreglos, pero pensé que quizá lo necesitaras ya.

—Muchísimas gracias —dijo Elle y después se dirigió a Geli—. Cuídalo bien. Es tu viaje de estudios a Francia y el examen de conducir de Sorrel —una vez dicho eso, le dio el cheque a su hermana y le agarró la mano a Sean sin decir nada.

—Es hora de irnos.

Elle no tuvo tiempo de pensar durante la primera hora de la fiesta del Club del Lazo Rosa, pero de vez en cuando levantó la cabeza de los helados para ver a Sean hablando con un invitado o con otro. Parecía conocer a muchísima gente sobre todo mujeres. Una de ellas era la rubia con la que había ido al Blue Bar.

Intentó no mirarlos, pero no pudo evitarlo. No estuvieron hablando mucho tiempo y, cuando ella se alejó rumbo al aparcamiento, Sean volvió por fin junto a Elle.

—¿Todo bien?

—Perfecto —contestó Elle sinceramente.

—¿Podrás arreglártelas sin mí? Parece que ha habido un problema en la finca.

Elle lo miró fijamente y supo que estaba mintiendo.

—¿Otro pato que necesita ayuda? —le preguntó con dulzura mientras se odiaba a sí misma por desearlo tanto—. No te mojes los pies —le dijo sin esperar a que le respondiera.

Sean frunció el ceño, pero no dijo nada y se marchó después de despedirse de Sorrel.

—¿Qué demonios os pasa a vosotros dos? —le preguntó Sorrel en cuanto él se hubo marchado.

—No sé a qué te refieres.

—Os miráis como si estuvierais deseando arrancaros la ropa y al mismo tiempo parecéis empeñados en guardar las distancias.

—Sean no es de los que se comprometen, Sorrel.

—¿Y?

Eso era lo que había pensado ella hasta que la había mirado a los ojos y le había mentido sin el menor reparo.

—Déjalo —le pidió Elle y se dispuso a atender a un nuevo

cliente.

El Royal St. George Golf Club estaba en la Costa Sur del país. Charlotte había recibido el correo electrónico que Sean había mandado a todos sus contactos preguntando si alguien sabía qué podrían significar las siglas RSG. Según le dijo, Oliver jugaba al golf y había participado en un campeonato que se había celebrado allí.

Sean había visto algunos trofeos de golf en casa de Basil.

Había llamado por teléfono, pero no había conseguido que le dieran información alguna sobre los socios o los huéspedes.

No había querido decirle a Elle dónde iba porque no quería que se hiciera ilusiones antes de saber si iba a conseguir algo. El caso era que ahora se encontraba en un motel de carretera barato en lugar de pasando la tarde con Elle y su familia, sentados bajo el lilo y, quizá con un poco de suerte, habría conseguido que Elle volviera a besarlo.

La llamó por teléfono, pero acabó saltándole el buzón de voz y no quiso dejarle ningún mensaje porque no la llamaba para nada en concreto. Sólo quería hablar con ella, que le contara cómo le había ido el día. Quería oírla reír.

La llamaría por la mañana y le diría dónde estaba. Qué tonto era.

Elle había oído la llamada de Sean y había dejado que saltara el buzón de voz.

Había sido un día bueno y malo al mismo tiempo.

Hasta que Sean se había marchado de la fiesta siguiendo a la rubia, todo había ido de maravilla. Habían ganado bastante dinero para el Club, lo bastante para que Elle no se sintiera culpable de descontar los gastos. Habían repartido todos los folletos y tarjetas del negocio, Sean se había encargado de ello antes de irse.

Pero a partir de entonces todo había ido de mal en peor. Sean no había vuelto a la fiesta y, a la hora de marcharse, *Rosie* se había negado a arrancar. Cuando por fin había conseguido convencerla para que resucitara, se habían ido a casa y allí le había tocado desmontar la máquina de helados.

Después había tenido que irse a trabajar. Otra vez tarde.

¿Cómo había podido hacerlo?

No esperaba que un hombre al que conocía desde hacía sólo una semana se comprometiera con ella para toda la vida, sobre todo después de que la hubiera avisado de que esa palabra no formaba parte de su vocabulario. Pero al menos podría haber hecho lo que le había prometido que haría, ayudarla durante la fiesta.

Pero parecía que también eso era mucho para él.

Por mucho que intentó no pensar en ello, acabó agarrando el teléfono para escuchar los mensajes.

Nada.

No se había molestado en dejarle un mensaje, ni siquiera para darle las buenas noches. A pesar de la buena temperatura que hacía, Elle sintió un escalofrío, así que se levantó de la cama y cerró la ventana, dejando fuera el aroma de las lilas.

Capítulo 12

No ahogues tus penas, sumérgelas en helado. El diario de Rosie.

Elle se levantó pronto al día siguiente y trató de no pensar en el domingo anterior, cuando Sean McElroy había entrado en su cocina y había puesto patas arriba su vida. Pero resultaba difícil no acordarse de él con aquella brillante tetera rosa sobre la encimera de la cocina.

Y con él apoyado en el umbral de la puerta.

Tenía que empezar a cerrar con llave.

—¿Hay alguna posibilidad de que me ofrezcas una taza de té? —le preguntó él.

—Ya sabes dónde está todo, sírvete tú mismo —Elle se sintió orgullosa de que no le hubiera temblado la voz—. Parece que has tenido una mala noche —era evidente que estaba agotado—. ¿La señora pato te dio muchos problemas?

Sean esbozó una sonrisa sin demasiada convicción.

—Ayer no tuve ningún problema en la finca, Elle, pero creo que ya lo sabes, ¿no?

—Sabía que me estabas mintiendo, si es lo que me estás preguntando.

—Sí, bueno… La verdad es que me fui a Kent.

Eso estaba en el otro extremo del país, así que no era de extrañar que pareciera cansado.

—Alguien me sugirió que RSG podría significar Royal St. George, un club de golf.

¿Había ido hasta allí en busca de Basil?

—Déjame adivinar, ese alguien fue Charlotte.

—No sabía que tenía nada que ver contigo —admitió él—. De haberlo sabido, seguramente no me habría ayudado.

—Seguramente. Pero, RSG podría significar cualquier cosa.

—Había visto algunos trofeos de golf en casa de Basil y pensé que quizá siguiera jugando. Podría haber estado allí y entonces yo habría sido un héroe, en lugar de un idiota. Pero, efectivamente,

podría significar un millón de cosas más.

—¿Por qué no me lo dijiste? Habría ido contigo.

—No quería que te hicieras falsas ilusiones.

—Puedo afrontar una decepción, pero gracias —no quería ni pensar en pasar otra noche pensando que Sean la había abandonado por otra mujer—. ¿Quieres desayunar?

—La verdad es que lo único que quiero en este momento es abrazarte, besarte y dormir unas horas. Pero también me vendría bien desayunar.

—Eso puede esperar.

Elle se puso en pie, le tendió una mano y, cuando él le dio la suya y se levantó, lo llevó al piso de arriba, hasta su dormitorio, donde cerró la puerta y le dijo:

—Abrázame.

—Elle…

Su corazón parecía el conjunto de tambores de la Orquesta Filarmónica de Londres.

Levantó los brazos y se los echó alrededor del cuello.

—No hagas preguntas y abrázame.

—¿Y ahora puedo besarte?

—Sí —murmuró ella.

—Cierra los ojos.

Elle obedeció y Sean le dio un beso en cada párpado, suave como el aleteo de una mariposa. Esperó unos segundos, pero cuando abrió los ojos lo encontró mirándola, así que lo besó ella a él. Se suponía que iba a ser sólo eso, pero con sólo rozarse se desató entre ellos algo mucho más apasionado y feroz. Finalmente tuvieron que separarse para tomar aire.

—Túmbate, Sean. Duerme todo lo que necesites.

La miró unos segundos sin decir nada.

—Recuérdame que la próxima vez que te cuente mis deseos sea un poco más ambicioso.

Elle sonrió.

Al despertar, Sean creía que había sido un sueño, pero entonces sintió el aroma de Elle en la almohada y se dio cuenta de que era real.

El beso y el abrazo que se habían dado habían sido algo muy especial. Elle tenía razón; necesitaban tiempo para construir algo duradero.

Cuando bajó a la cocina descubrió que Elle se había ido en busca de su abuela. Geli y Sorrel le contaron que a veces la anciana salía a pasear y se desorientaba, entonces llamaba a Elle para que fuera a buscarla.

En ausencia de su hermana mayor, Geli había llevado una perra del refugio cuyo dueño acababa de morir y Sorrel intentaba convencerla de que Elle no iba a permitir que se la quedaran.

—¿Está educada? —preguntó Sean.

—Claro —aseguró Geli, pero habría dicho cualquier cosa.

—¿Qué te parece si me la quedo yo?

—¿De verdad? —preguntó la muchacha, entusiasmada y al mismo tiempo decepcionada de no poder quedársela ella.

—Pero necesitaré que alguien la cuide cuando salga a ayudar a Elle con *Rosie*, o si tengo que irme de viaje. ¿Podrías recomendarme a alguien?

—Bueno, supongo que podrías traerla aquí —dijo como sin intención.

—¿Entonces te parece bien que la adopte?

Sean se oyó aceptar semejante compromiso y, en contra de lo que habría esperado, no le dio miedo.

—Te daré un periodo de prueba de un mes para ver qué tal os lleváis.

—Muy bien, ahora creo que voy a ir a buscar a Elle y a vuestra abuela —pero no encontró las llaves de su Jaguar descapotable, lo que quería decir que se lo había llevado Elle.

La llamó al teléfono móvil y, cuando no contestó, le dejó un mensaje diciéndole que esperaba que su abuela estuviera bien y que utilizara una tarjeta para comprar gasolina que había en la guantera del coche. Se despidió diciéndole que volvería por la tarde con una pizza, para que no tuviera que cocinar.

Cuando volvió hacia las seis de la tarde, Sean encontró su coche sano y salvo aparcado frente a la casa. Entró a la cocina seguido de su nueva perra, *Mabel*. No había nadie. Encontró a la abuela en el

salón, viendo la tele.

—¿Dónde está Elle?

—Creo que arriba.

Elle estaba tumbada en su cama, completamente exhausta. Siempre se ponía muy nerviosa cuando su abuela desaparecía porque nunca sabía en qué situación iba a encontrarla.

Resultaba muy reconfortante encontrarse ahora rodeada del aroma de Sean en las sábanas. Decidió que era un buen momento para devolverle la llamada que le había hecho antes.

Al mismo tiempo que daba el tono de llamada oyó el timbre de la casa, por lo que supuso que Sorrel había vuelto.

—¿Elle? —respondió Sean al otro lado de la línea.

—Sí, acabo de llegar a casa y he visto tu mensaje. Perdona por haberme llevado tu coche.

—No te preocupes, me alegro de que te haya sido útil. ¿Todo bien?

—Sí, mi abuela decidió ir en busca de Basil y se tomó un autobús a Melchester, pero luego decidió bajarse antes, en un pub al que solían ir juntos. Lo encontró todo tan cambiado que le entró miedo.

—¿Le has preguntado si le dicen algo las siglas RSG?

—Sí, pero no ha habido suerte.

—Lástima. ¿Qué haces?

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Tengo la cabeza apoyada en el hueco que has dejado en mi almohada.

—Me gustaría seguir allí —susurró él.

—A mí también. Me encantaría que estuvieras a mi lado para abrazarme y besarme.

—Tendrás que hacerme sitio.

—Ven aquí y lo haré —dijo y justo entonces llamaron a la puerta—. Adelante.

Se abrió la puerta y apareció Sean.

—Tus deseos son órdenes.

Elle no dijo nada, simplemente se echó a un lado y dejó que él

se sentara a su lado.

—¡Sean! *Mabel* acaba de comerse la mitad de la pizza —gritó Sorrel desde abajo.

—¿Sorrel? —preguntó Elle.

—Mi perra —Sean volvió a ponerse en pie y le tendió una mano a Elle para que hiciera lo mismo. La abrazó unos segundos y la besó —. Es una larga historia. Te lo cuento mientras damos un paseo. Ahora mismo debe de ser una bomba de relojería.

Elle no podía creer que un fóbico al compromiso que ni siquiera tenía un pez en su maravillosa casa hubiera adoptado un perro.

Pasearon juntos por la orilla del río, después cenaron algo en la terraza de un pub donde también pudiera estar *Mabel* y volvieron a casa antes de las nueve.

—¿Qué tenemos esta semana con *Rosie*? —le preguntó Sean.

—¿Tenemos?

—Tengo que compensarte por haberte abandonado ayer.

—Entonces estaré encantada de que me ayudes el miércoles en la fiesta de empresa.

—Allí estaré. ¿Algo más?

Con sólo una mirada Sean supo qué más quería Elle.

Le tomó el rostro entre las manos y la besó de tal modo que ambos quedaron con ganas de algo más. Pero se marchó cuando todavía tenía fuerzas para hacerlo.

Mabel hizo todo tipo de desastres, pero después se tumbaba a sus pies cuando Sean estaba trabajando. A pesar de las travesuras, aprendió muy rápido que tenía completamente prohibido acercarse a los patos.

Sean también estaba aprendiendo mucho. Aprendió que las personas, al igual que la tierra, respondía mejor cuando las trataban bien. Olivia estaba más relajada y lo cierto era que se le estaban ocurriendo muy buenas ideas para los establos. Y tampoco estaba mal el plan de Hattie de celebrar bodas.

Con tanta familia por la casa, Sean había decidido sacar una caja con algunas pertenencias de su madre y entre ellas encontró una

fotografía de cuando ella era joven.

—Esta foto la tomó tu padre —aseguró Elle cuando se la enseñó.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira cómo le brillan los ojos. Es evidente que está mirando al hombre que ama. Era muy guapa.

—Es cierto. No me había dado cuenta.

—Enmárcala y recuérdala, Sean.

A Elle le encantaba que Sean la acompañara a trabajar con ella, excepto a la despedida de soltera. No quería que las invitadas se acercaran a él; había empezado a considerarlo algo suyo. Sabía que era peligroso arriesgar su corazón de ese modo, pero bueno, para eso estaba el corazón. Para darlo. Y ella ya se lo había dado a Sean. Era suyo cuando quisiera aceptarlo.

Él… parecía empeñado en demostrarle algo. O quizá necesitaba demostrárselo a sí mismo. Que no era como su padre, ni como el de Elle. Que no sólo quería una cosa. Que estaba a gusto con la familia de Elle, y también parecía empezar a estarlo con la suya.

Y a ella no le importaba. Había cosas por las que merecía la pena esperar. Mientras, tenía los paseos, alguna cena que otra y unos besos que hacían que cada vez fuera más difícil separarse de él.

Además, gracias a Olivia había descubierto que pronto sería su cumpleaños.

* * *

Sean sentía que el corazón le crecía cuando estaba con Elle. Ella llenaba de alegría las tardes y su corazón, de amor. Empezaba a tener la certeza de que era más de lo que siempre se había considerado. Y mientras ella parecía haberse convencido de que podía confiar en él. Para siempre.

Capítulo 13

Las palabras más maravillosas de cualquier idioma: helado de vainilla con chocolate caliente. El diario de Rosie.

—Lo siento mucho, Freddy, pero mañana no puedo venir. De hecho, necesito hablar contigo sobre mi horario.

Aquel día había cambiado su turno con otra camarera, pero Freddy la había llamado en cuanto se había enterado y le había pedido que fuera antes. Elle no entendía por qué si tenía el turno cubierto.

—Es evidente que últimamente tienes cosas más importantes que hacer que venir a trabajar —dijo su jefe, dejando sobre la mesa la última edición del *Country Chronicle*, abierta por la página donde aparecía su entrevista y su foto—. Esto fue el día seis, el mismo que tuviste la crisis familiar que te impidió venir a trabajar.

—De verdad era una crisis familiar. Mi tío abuelo ha desaparecido y he tenido que sustituirlo con la camioneta. Pero siempre me he asegurado de que alguien hacía mi turno —añadió al ver que Freddy no parecía muy convencido con su excusa—. Por eso tampoco puedo trabajar el sábado.

—Sin embargo hace nada no dejabas de pedirme que te diera más horas.

—Es que ha sido todo muy repentino, Freddy…

Su jefe se acercó y le acarició la mejilla.

—Me siento engañado, pequeña Elle. Llevas años haciéndote la inocente y yo me decía que debía seguir esperando. Pero ya no eres tan inocente, ¿verdad?

Elle dio un paso atrás, pero quedó atrapada entre él y la mesa de su despacho.

—Siempre he sido muy bueno contigo. Muy bueno y muy paciente.

A punto estuvo de desmayarse al sentir sus dedos sobre los labios, mientras con la otra mano le agarraba el brazo.

—Así que ya es hora de que te dejes de juegos y de falsas inocencias. Vi cómo mirabas a ese hombre. Te dejó una nota con su número, pero no voy a permitir que seduzcas a nadie delante de mis propias narices.

Era todo culpa suya, pensó Elle sin poder salir de la parálisis que le había provocado el miedo. Aquel trabajo había sido siempre tan importante para ella, que no había hecho caso de las advertencias de su hermana, ni de las señales y se había convencido de que Freddy sólo trataba de protegerla.

—El otro día te vi caminando junto al río con él, cuando deberías haber estado aquí, conmigo…

No. No. No.

Si no hacía algo, iba a tocarla, a besarla, y quizá algo peor. Tenía que gritar, pegarle un rodillazo, pero era como si se hubiera transformado en cemento.

Sintió su respiración rozándole la mejilla, su boca a pocos centímetros de la de ella.

De pronto se oyó un ruido en la puerta.

—Está cerrado —protestó Freddy de inmediato.

—No he venido a comer —dijo Sean, saliendo de la sombra del vestíbulo, su rostro parecía cubierto por una máscara de frialdad—. Siento molestarte en el trabajo, Elle, pero tu abuela me dijo que estabas aquí.

—Es una reunión privada…

—Ya veo lo que es —respondió a Freddy con una voz gélida—. Pero vuestro encuentro clandestino va a tener que esperar hasta que le dé a Elle el mensaje que he recibido de Basil.

No dijo nada más, simplemente le dio una postal que Elle tuvo que leer varias veces para comprender, porque estaba demasiado confundida por lo ocurrido con Freddy y por la reacción de Sean.

Pensaba que era hombre muerto, pero resulta que sólo era un cálculo biliar.

Estoy pasando unos días junto al mar.

Cuida de Rosie por Lovage.

Estaré en casa el fin de semana.

Basil.

—Está bien —murmuró Elle.

—Parece ser que RSG sí que significaba Royal St. George, pero es el nombre de un hospital.

Una vez dicho eso, Sean se dio media vuelta y salió de allí para olvidarse cuanto antes de lo que había visto. Había sido un idiota por no darse cuenta de que Elle era capaz de llegar tan lejos con tal de no perder el trabajo con el que mantenía a su familia. ¿Cómo había podido dejarse engañar por su inocencia? ¿Cómo había podido enamorarse de ella?

Al menos con Charlotte todo estaba muy claro.

Pero Elle le había hecho creer que era posible algo más duradero, algo que durara para siempre. Se lo había hecho creer a él, al hombre que nunca se comprometía con nadie y que había prometido no complicarse nunca la vida con algo tan efímero como el amor, ni caer en la trampa del amor y dejar que le hicieran daño. Eso no podía perdonárselo.

Elle vio alejarse a Sean. ¿Iba a dejarla allí? ¿Creía que iba a acostarse con Freddy voluntariamente?

Si el miedo la había paralizado, la rabia le dio las fuerzas necesarias para darle un puñetazo a Freddy y salir de allí a toda prisa.

—Elle, si te vas ahora, no podrás volver —la amenazó Freddy desde la puerta del restaurante.

—Voy a denunciarte por acoso sexual e intento de agresión —respondió ella sin molestarse en volverse a mirarlo. La adrenalina hacía que el corazón le golpease el pecho con fuerza.

A su espalda oyó el motor de un coche que se había detenido junto a ella.

—Sube al coche —le dijo Sean desde dentro.

Lo miró y vio que sabía que se había equivocado, pero Elle no podía parar; si lo hacía, se derrumbaría. Así que le dijo qué la dejara en paz. Entonces él se bajó del coche y fue tras ella.

—Déjame que te lleve a casa —le pidió mientras caminaba a su lado.

—Me has dejado allí sola. No puedo creer que pensaras que iba a acostarme con él sólo para no perder el trabajo —él no lo negó—. Te dije que haría cualquier cosa por mi familia y supongo que me creíste.

—Si lo hubieras visto desde donde yo estaba…

—Yo no soy así —declaró.

Se sacó el teléfono del bolsillo y dejó un mensaje a cada una de sus hermanas pidiéndoles que no se acercaran al Blue Bar por nada del mundo.

Sean siguió caminando junto a ella, pero no volvió a decir nada. No intentó tocarla, ni abrazarla, ni consolarla de ningún modo. Sólo caminó a su lado hasta que llegaron a la puerta de su casa y allí la vio desaparecer.

* * *

Elle subió las escaleras corriendo y se metió en la ducha, donde el agua se mezcló con sus lágrimas. Estuvo así hasta que empezó a temblar de frío y tuvo que reaccionar. Recordó lo que le había enseñado su madre: en todo lo malo había que buscar siempre algo positivo.

La agresión de Freddy había sido terrible, pero la había obligado a admitir algo que no había querido ver durante años. Pero no quería perder más tiempo pensando en aquella rata. A partir de ahora iba a dedicar todo su tiempo a conseguir que Scoop! fuera un éxito.

Pero de pronto apareció en su mente la imagen de Sean McElroy, el dolor que había visto en su mirada cuando había entrado al despacho de Freddy y había dado por hecho que ella era otra mujer sin moral. Sean siempre pensaba lo peor porque nunca buscaba nada bueno.

Sintió ganas de llorar de nuevo. Pero no por sí misma, ni por lo que habían perdido, sino por él y el vacío que era su vida.

Respiró hondo y decidió que era hora de dejar de pensar en todo aquello e ir a decirle a la abuela que Basil estaba bien y que pronto volvería a casa. No a su casa de campo alquilada, sino allí, a su verdadero hogar, junto a ellas.

Encontró a su abuela en la cocina, pero no estaba sola.

—Sean me ha dicho que ha recibido noticias de Basil. ¿Desde dónde mandó la postal? —le preguntó su abuela nada más verla aparecer.

—Brighton —respondió Elle con pocas palabras y agarró la tetera para servirse, pero comprobó que no tenía fuerza en la mano con la que había pegado a Freddy.

Sean rescató la tetera antes de que cayera al suelo.

—Es imposible librarse de ti —le dijo sin mirarlo.

—No eres la primera persona que me dice eso. Déjame verte la mano.

—No es nada —no quería que la tocara, pero al retirar la mano se dio contra la mesa y eso sí le dolió—. ¡Ay!

—Seguro que a Freddy le duele más la nariz, si te sirve de consuelo.

—No, no me sirve —de nada servía seguir protestando, así que dejó que Sean le pusiera hielo en la mano—. Si le he roto la nariz, será él el que me denuncie por agresión.

—Seguro que le dice a todo el mundo que se cayó en la escalera.

—No creo que me deje escapar tan fácilmente.

—Entonces tendré que hacerle una visita.

—¡No! Por favor —exclamó, horrorizada.

—¿Estás protegiéndolo? —Sean parecía estar acusándola.

—No —por fin levantó la mirada y la clavó en sus ojos—. Te estoy protegiendo a ti.

Sean echó la cabeza hacia atrás como si le hubiera pegado una bofetada y, por un momento, ninguno de los dos dijo nada.

—¿No tienes cosas que hacer? —le preguntó Elle.

—Sí, debería estar en Melchester desde hace una hora.

—Entonces márchate. Estoy bien.

—Llámame si necesitas cualquier cosa. Y nos vemos mañana.

—No es necesario que me acompañes a la boda, Sean. Sorrel y yo nos encargaremos solas.

—Tú no vas a poder hacer mucho con esa mano —señaló—. ¿A qué hora hay que salir?

—A las doce.

Sean llegó hasta la puerta antes de detenerse en seco por culpa del dolor, el dolor de descubrir lo que había perdido. No, lo que había tirado por la borda.

¿Qué demonios le ocurría? ¿Sentía lástima de un pato atrapado en una bolsa de plástico, pero no de las personas? Con su madre y con el resto de su familia no hacía más que juzgar y criticar fríamente.

Había llegado a pensar que estaba abriéndose a los demás y convirtiéndose en alguien en quien Elle podría confiar, pero a la hora de la verdad, al encontrarla atrapada en los brazos de su jefe, sólo había visto lo que siempre esperaba ver. Lo peor. A pesar de conocerla, de saber la clase de mujer que era, no había dudado en pensar lo peor de ella.

Y, a pesar de haberla decepcionado tanto, Elle seguía preocupándose por él y protegiéndolo, como ella misma le había dicho. Tratando de evitar que hiciera alguna tontería sólo por redimirse.

«Te estoy protegiendo a ti».

Aquellas palabras rompieron definitivamente la barrera que había levantado durante años, una barrera que le había impedido sentir.

Respiró hondo y comenzó a andar hacia el coche. Era hora de hacer algo.

Elle se vio obligada a contarles lo sucedido a sus hermanas y a su abuela, para que supieran que no debían acercarse a Freddy ni al restaurante.

Sabía que debía ir a la policía, aunque sólo fuera para evitar que le hiciera lo mismo a otra chica. Pero en realidad sabía que Freddy era así sólo con ella. Mirando hacia atrás, se dio cuenta de que siempre había estado obsesionado con ella. La consideraba suya… su virgen. Y de pronto había aparecido Sean y se la había robado.

Sólo de pensarlo se le revolvía el estómago.

Nada más ver a Sean a la mañana siguiente, Elle supo que había sido una tonta por pensar que las cosas podían solucionarse.

Durante esos minutos en los que había creído que iba a acostarse con Freddy, algo se había roto dentro de ella. Había dejado de confiar en él.

Claro que también ella había pensado lo peor al verlo salir detrás de Charlotte de la fiesta del Club del Lazo Rosa.

—¿Qué tal tienes la mano? —le preguntó él al llegar.

—Mejor, gracias a tus cuidados.

Sean se la tomó entre las suyas.

—Lo siento mucho, Elle. Debería ser yo el que tuviera abiertos los nudillos.

Sus manos no tenían ninguna magulladura.

—Entonces, ¿qué le has hecho a Freddy?

—¿Qué?

—Algo has debido de hacerle porque su secretaria me trajo un cheque y una nota pidiéndome disculpas sólo una hora después de que te fueras ayer.

—Sólo tuve una pequeña conversación con él y le hice ver lo perjudicial que sería para el negocio que lo denunciaran por acoso sexual y agresión. Y, para que puedas estar completamente tranquila, va a tomarse unas largas vacaciones y ha puesto el Blue Bar a la venta.

—No sé qué decir…

—No tienes que decir nada.

Su rostro seguía sombrío y Elle deseó abrazarlo y besarlo para hacer que se sintiera mejor, pero sólo una persona podía perdonarlo por su error y era él mismo. El corazón se le encogió por él, pero no de dolor, sino de amor. Amor por un hombre que se había atrevido a abrirse a los demás, un amor que la llevó a darse cuenta de que su vida sin él sólo sería un enorme vacío.

—Vamos —dijo, tendiéndole la mano—, tenemos que asegurarnos de que esa boda sea perfecta.

Después de la ceremonia Elle le dio a la novia un helado que parecía un ramo de flores, con pequeñas láminas de chocolate que sirvieron para que la novia cumpliera su sueño.

—En nuestra primera cita, tú me diste tu lámina de chocolate y ahora yo te doy la mía —le dijo al que ya era su marido—. Igual que voy a compartirlo todo contigo. Lo bueno y lo malo. Y todo el chocolate.

Mientras veía aquello Sean se dio cuenta de que lo que hacía especial a Elle no era que fuera inocente, sino que carecía por completo de malicia. Actuaba tal cual sentía, de manera natural, seguramente como lo había hecho también su madre.

—Has hecho un trabajo magnífico —le dijo Sean, ya en el camino de vuelta a Longbourne.

—No podría haberlo hecho sin ti.

—Podrías hacer todo lo que te propusieras, Elle.

—No sé si me habría atrevido sin tus ánimos. Tenía mucho miedo —reconoció—. No me había dado cuenta de lo enfadada que estaba con todo el mundo. Basil era uno más que quería robarme, pero tú… —le puso la mano en el brazo, tocándolo por primera vez, y para él fue como una descarga eléctrica—. Tú me has devuelto la confianza.

—Elle… cada vez que pienso lo que podría haberte hecho Frederickson. Estaba tan furioso contigo por dejar que te tratara así, por no valorarte como te mereces, por no haberle pegado un puñetazo la primera vez que te puso la mano encima. Quería decirte que vales mucho más que eso y que te amo… —se quedó mudo al oírselo decir. Ya lo había hecho. Eso era lo que quería decirle—. Te amo.

—¿Lo bastante como para darme tu chocolate?

—Lo bastante como para darte mi vida entera, si la quieres.

Elle lo miró. ¿Cómo resistirse a un hombre que había crecido tanto en tan poco tiempo? Había aprendido a ser amable consigo mismo, a dejar que los demás se acercaran a él, incluso aunque pudieran hacerle daño.

Al principio sólo había sentido deseo por él, pero ahora lo amaba con todo su corazón. Se habían hecho mucho bien el uno al otro, se habían obligado mutuamente a superar sus miedos. Y eso sólo en unas semanas. ¿Qué no podrían conseguir en toda una vida?

Rosie llegó a la boda engalanada con lazos rosas y blancos. Basil estaba al mando, pero también acompañó a Elle hasta el altar al ritmo de la música de la camioneta. Fue una ceremonia breve, pero emocionante y la celebración posterior fue pura diversión.

Sean llevaba un rato buscando a Elle para preguntarle cuándo

podrían retirarse para disfrutar de su noche de bodas. Oyó el timbre de un teléfono y la abuela de Lally le dijo que era para él.

—¿Sean McElroy? ¿Recuerdas que me dijiste que te avisara cuando tuviera una noche libre?

—Perfectamente.

—Bueno, pues si puedes encontrarme, es tu cumpleaños.

Sean no tardó en dar con ella. La encontró sentada en una de las sillas de madera con vistas al río, tenía consigo una pequeña nevera. Se acercó y le dio un beso.

—¿Llevas helado ahí?

—He decidido que hoy es tu cumpleaños, Sean —se puso en pie y le echó los brazos alrededor del cuello—. Es hora de que abras tu regalo.

Él la estrechó en sus brazos.

—Volví a nacer cuando te encontré, Lovage. Desde entonces, cada día es un regalo.

El beso que le dio entonces sirvió para decirle que iba a encargarse de devolverle aquel tesoro día tras día. Para siempre.

Fin